JOSÉ HENRIQUE BORTOLUCI

Lo que es mío



JOSÉ HENRIQUE BORTOLUCI

Lo que es mío

Traducción de Antonio Sáez Delgado



RANDOM HOUSE

No hay texto sin filiación.

Roland Barthes

De cualquier modo, deseamos un milagro
de ocho millones de kilómetros para Brasil.

Graciliano Ramos

RECORDAR Y CONTAR

Si mi padre, siempre urdiendo ausencia: y el
río-río-río, el río emergiendo eterno.

JOÃO GUIMARÃES ROSA,
«La tercera orilla del río»

Recuerda que tu padre ayudó a construir ese aeropuerto para que puedas volar. Oigo esta frase de mi padre cada vez que tengo que coger un vuelo en el aeropuerto de Guarulhos. Y lo recuerdo siempre, aunque tardé en aprenderlo. El padre camionero visita la casa, a la esposa y los hijos. Llega, pero se va enseguida. Llegaban él y el camión, una pareja, casi una sola cosa, una entidad que estaba y faltaba, impositiva y pasajera. Yo, niño, quería que se quedasen, quería que se marchasen, quería irme con ellos.

Dijo esa misma frase cuando estábamos de camino a aquel aeropuerto en agosto de 2009, el día que embarqué para hacer mi doctorado en sociología en Estados Unidos. Durante los meses en que me preparaba para ese cambio, le enseñé varias veces el estado de Michigan en el mapa. Calculamos la distancia entre Jaú y Ann Arbor, donde viviría los seis años siguientes. Mi padre no entiende el mundo de las universidades, no domina las nomenclaturas ni los rituales académicos. Tiene una vaga noción de lo que significa hacer un doctorado. Pero de distancias sí que entiende.

Las dos ciudades están separadas por ocho mil kilómetros. Ese número no le impresionaba. Había recorrido cientos de veces esa distancia a lo largo de cinco décadas como camionero. Un día me pidió que calculase cuántas veces se daría la vuelta al mundo con la distancia que había hecho como conductor.

¿Será suficiente para llegar a la Luna?

En el imaginario de mi padre, un viaje de la Tierra a la Luna en camión es algo más concreto que mi vida académica, como profesor o escritor.

Las palabras son carreteras. Con ellas conectamos los puntos entre el presente y un pasado al que ya no podemos acceder.

Las palabras son cicatrices, restos de nuestras experiencias de cortar y coser el mundo, de unir sus trozos, de atar lo que insiste en dispersarse.

Las palabras eran el regalo que mi padre traía en el camión cuando yo era niño. Resonaban aisladas —*cabina*, *transamazónica*, *carreta*, *carretera*, *macareo*, *Belém*, *nostalgia*— o formaban relatos sobre un mundo que parecía demasiado grande. Tenía que imaginármelas con todos sus colores, grabarlas en la memoria, agarrarme a ellas, porque mi padre se marchaba enseguida y solo volvía en cuarenta o cincuenta días.

La mayor parte de esas historias eran reconstrucciones de hechos que había visto u oído en las carreteras. Otras eran creaciones fantásticas: la épica caza de un ave gigante en la Amazonia, la fábula de un carnero que había encontrado en una carretera y que se llevó como compañero de camino, viajes más allá de la frontera de Bolivia con grupos de hippies en los años setenta. Muchas, me imagino, mezclaban relato y fantasía. Describe al detalle la aparición de ovnis en una carretera de Mato Grosso, noches pasadas en aldeas indígenas aisladas, peleas con soldados armados, rescates homéricos de camiones caídos en barrancos.

Se llama José Bortoluci. En Jaú todos le llaman Didi, pero en la carretera era Jaú. Nació en diciembre de 1943 en la zona rural de esa ciudad del interior de São Paulo, quinto hijo de una familia de nueve hermanos.

Mi padre apenas estudió, a los siete años se puso a trabajar en un pequeño terreno familiar, a los quince se mudó a la ciudad. Solo tenía veintidós años cuando se hizo camionero. *Era joven, pero valiente como un león*. Empezó a conducir camiones en 1965 y se jubiló en 2015. El país que recorrió y ayudó a construir era otro, pero parece cada vez más familiar en los últimos años: un país tomado por la lógica de la frontera, del expansionismo al precio que sea, de la «colonización» de nuevos territorios, de la vandalización ambiental, de la lenta construcción de una sociedad de consumo cada vez más desigual. Las carreteras y los camiones ocupan un lugar destacado en esa fantasía de la nación desarrollada en la que selvas y ríos dan lugar a carreteras, minas, pastos y fábricas.

Mi padre llegaba con el camión, ropa sucia y poco dinero. Mi madre se angustiaba y doblaba el trabajo, cuidando de sus dos hijos y cosiendo para fuera.

Soy el hijo mayor. Entendí muy pronto que nuestra vida familiar estaba acechada por la extrema pobreza, por la inflación desenfrenada, por la enfermedad precoz.

Nos acostumbramos a vivir en un estado de inseguridad, sometidos a la urgencia de las cuentas a punto de vencer y de las limitaciones estrechas de lo que podíamos comer, conocer, desear. No conocimos el hambre, en algunos momentos gracias a la ayuda de vecinos, amigos y parientes, cuando se agotó la renta familiar y las deudas de mi padre estaban en su auge. Recuerdo, sin embargo, acostumbrarme a esa especie de «hambre que se siente con el olor de la cena que llega de las casas de las familias ricas», como lo describe la danesa Tove Ditlevsen en sus memorias. Un hambre insistente que solemos menospreciar, dándole el nombre engañoso de «ganas». En mi caso, esa sensación era azuzada por los anuncios de yogures y cereales

azucarados que inundaban la televisión en los años ochenta y noventa, y que aún hoy me provocan una incómoda tentación que brota como un eco desafinado de aquellos deseos pasados.

Buena parte de la ropa que usamos mi hermano y yo durante nuestros primeros veinte años de vida era de segunda mano, donada por un tío, por amigos de la familia o, si no, comprada en mercadillos. Mi madre, que cosía para ayudar con los gastos de la casa, se empeñaba en que estuviese impecablemente limpia y a punto. Las prendas más nuevas eran «ropa para ir a misa», las más viejas, para los días normales.

Nuestra casa era pequeña y agobiante, construida poco a poco al fondo de la casa de mis abuelos. La cocina se inundaba con cualquier lluvia intensa. Con esa comodidad estudiábamos mi hermano y yo cuando volvíamos de la escuela, y con ella trabajaba mi madre todo el día. El sonido de fondo en aquella casa era el ruido de su máquina de coser y la radio sintonizada en alguna emisora local. Mucho trabajo, poco dinero, no había tiempo para deshacer lo ya tejido: en esta historia no existen Ulises ni Penélopes.

Mi madre odiaba que él fumase dentro de casa. Por eso, cuando estaba en Jaú, mi padre se pasaba buena parte del tiempo sentado en un escalón entre la cocina y el pequeño patio que unía nuestra casa con la de mis abuelos maternos. Aquel escalón, que marcaba el límite entre dentro y fuera, representaba el estado incierto que mi padre ocupaba para mí, un hombre que era al mismo tiempo una parte esencial de mi vida y un visitante estacional que desorganizaba el ritmo de nuestros días.

Las deudas no dejaban de acuciarle. Por el aire de la casa circulaba un terror silencioso asociado a la expresión «cheque especial», que debo haber aprendido en mis primeros años de vida. Y, más que cualquier otra, «deuda»: palabra agobiante que invadía las habitaciones como el humo de los cigarros. Esa palabra llegaba con el camión y se quedaba cuando mi padre se marchaba. Incluso hoy, la palabra «deuda» me trae a la mente el olor a tabaco y la imagen del

escalón de la vieja casa de la infancia.

No hay prácticamente ningún testimonio escrito de esos cincuenta años de carretera, tan solo dos tarjetas postales enviadas a mi madre y algunos recibos en el cajón. Pero él se acuerda de muchas cosas y sus «magdalenas» aparecen cuando menos se espera: una imagen en la televisión le hace evocar cuando se quedó varios días seguidos sin comida, retenido en una carretera cenagosa del sur de Pará; cualquier noticia de un accidente grave en la radio abre un cajón de historias sobre los muchos que vio y el puñado que sufrió; historias de aldeas, de cazadores, de lejanos paisajes tropicales, de compañeros, unos leales, otros no, la mayoría ya fallecidos. Relatos que van desfilando y recomponiéndose sin el apoyo de fotos o anotaciones. Queda la memoria de un señor de casi ochenta años, ya un tanto embarullada por el tiempo.

He visto tantas cosas, hijo. Debería haber hecho fotos, haber escrito. Móvil, ese tipo de cosas, no tenía. No existían. Lo único posible hubiera sido hacer fotos con una Kodak, esa cámara de fotografías en blanco y negro, pero nunca tuve una. Porque si hubiera grabado todo lo que hice, te sentirías muy orgulloso de tu padre. Lo que es mío es todo lo que vi y grabé en la memoria. Por eso lo único que puedo hacer es intentar recordarlo y contarlo.

Son pocas también las fotografías en las que aparece mi padre en ese periodo de cinco décadas, y solo dos o tres hechas en sus viajes. La mayor parte es de celebraciones con la familia en Jaú.

En una de esas imágenes estamos los dos en la cocina de nuestra casa. Es mi primer cumpleaños, en noviembre de 1985. Él me sostiene en el aire mientras mis primos me cantan el cumpleaños feliz alrededor de la tarta. La escena la componen globos de colores, vasos azules de plástico y una botella de cristal de Coca-Cola. Sus manos me sujetan con firmeza y yo parezco confiado; mantengo el cuerpo recto, solo con las puntas de los pies tocando ligeramente la mesa con mis

minúsculas zapatillas rojas. Miro a la cámara, los ojos muy abiertos y atentos, mientras él me mira. Mi pelo era más claro de lo que es hoy y el suyo aún no había perdido el color: peinado hacia atrás, largo, brillante y embadurnado de Trim, el aceite de peinado que usó durante décadas, hasta que hace poco decidió que no lo usaría más y llevaría el pelo corto, con el mismo corte que mi abuelo en su vejez. Mis manos blancas, pequeñas, apoyadas en la piel quemada por el sol de mi padre, marcada por el bronceado desigual, típico de los camioneros, el mismo que sigue teniendo, aunque su piel se haya descolorido y esté salpicada de manchas y cicatrices. Una manita sobre su brazo, otra sobre los dedos de una de las manos que me sostienen. Esa es una de las pocas fotografías en las que no aparece mi madre (¿sería ella la que hizo la foto?).

Unos días después de la fiesta, mi padre volvería a la carretera para regresar a Jaú semanas después, quizá por Navidad o para el nacimiento de mi hermano, seis semanas más tarde. En un diario que mi madre llevó durante años, desde que empezó a salir con mi padre en 1976 hasta poco después de mi nacimiento, describe ese tiempo rasgado por la distancia: «Didi, cómo te amo, te lo repetiría millones de veces si estuvieses todo el día aquí, a mi lado. Pero sé que es casi imposible porque tengo que trabajar y tú también, para poder llegar a ese ideal que soñamos. La distancia trae la nostalgia, pero nunca el olvido».

No sé cuál es ese ideal del que habla ni si hoy cree haberlo alcanzado. Esa anotación es del 3 de junio de 1976, pero el tono de esas líneas se repite decenas de veces en las páginas del cuaderno a lo largo de los nueve años siguientes.

Aislado en casa por culpa del colapso del sistema de salud en la región de Jaú, una de las más afectadas por el coronavirus en el triste inicio de 2021, mi padre parecía animado a contar sus historias. Empecé a grabarlas en audio en enero de ese año, en sucesivas visitas a él y a mi madre, siempre en noches cálidas, después de cenar. Él prefería charlar conmigo fuera, tumbado en una vieja hamaca que compró en

los años setenta en alguna ciudad de Piauí y que le acompañó durante décadas en sus viajes.

Hijo, esta charla que estamos teniendo aquí la vas a conservar como recuerdo, porque ya sabes que me voy a marchar pronto.

Tras una de aquellas grabaciones, se preguntó en voz alta si conseguiría ver el libro publicado. Yo me he cuestionado lo mismo desde diciembre de 2020, cuando me habló por primera vez de unos dolores extraños que tenía en el abdomen y de la sangre que desde hacía algunas semanas aparecía en sus heces.

Mientras escribo estas líneas, a principios de 2021, mi padre, con setenta y ocho años, empieza el tratamiento para un cáncer de intestino. El tumor ha brotado en su cuerpo, se ha extendido por nuestra vida familiar y ha llegado a este libro.

Le diagnosticaron cáncer el 29 de diciembre de 2020, antes de empezar una serie de entrevistas con él pero después de haber dicho que me gustaría grabar nuestras conversaciones, para oírlo hablar de la carretera, de las historias de su vida, sus «aventuras», sus recuerdos y todo lo que quisiera contar.

La primera vez que le comenté que escribiría un libro, me preguntó si eso sería bueno para mí. Le respondí que sí, que creía que sí. *Si es bueno para ti, me quedo contento.*

El día anterior al diagnóstico, yo estaba en São Paulo y había pasado toda la tarde inmerso en mapas de ríos amazónicos y en rutas de carreteras por la región norte del país. Leí sobre periodos de inundaciones y sequías, sobre las épocas más adecuadas para visitar playas fluviales, navegar por riachuelos u observar la vegetación en sus entornos. Empecé a planear un viaje por la carretera Transamazónica (¿sería capaz de manejarme, sin saber conducir?). Encargué tres mapas de la zona, de esos plegables, además de guías detalladas, planos geográficos de las carreteras que atraviesan la selva, las venas de asfalto que mi padre ayudó a construir en esa región que

atravesó durante décadas.

Aquella misma noche, reventó una tubería en mi apartamento. El agua inundó todo el cuarto de baño, parte de la cocina, la despensa, el pasillo de entrada y salió por la puerta. Llamó la atención de la conserje del edificio, que me llamó preocupada. Yo había salido de casa, pero pude volver rápidamente. El salón era la zona más afectada, cubierta por un grueso manto líquido, un palmo de agua sobre el suelo de madera, como un espejo que oscilaba suavemente reflejando lámparas, sillones, plantas y la imagen de mi cuerpo. El pequeño apartamento en la región central de São Paulo, tan diferente de la casa donde crecí, con muebles modernos que por fin me permitían crear algo parecido a un hogar adulto de clase media, inundado de agua hasta los tobillos.

Sentí excitación y miedo. El agua fuera de sitio parecía una escenografía, un presagio terrible, como salida de una novela colonial de Marguerite Duras o de una pintura surrealista. Me empapó los zapatos, el dobladillo de los pantalones, cojines, muebles de madera y se filtró por miles de pequeñas ranuras en los tacos de madera del salón, provocando que se combasen para siempre. En la habitación, mi gato se escondía debajo de la cama, uno de los pocos sitios adonde no había llegado el agua.

El cáncer también tiene algo de desbordamiento: es materia desplazada, en frenética expansión.

A la mañana siguiente llamé a Jaú y le pregunté a mi madre por el resultado de la biopsia de intestino que acababan de recoger en el laboratorio. Ella se atascó al leer la palabra extraña. Prefirió deletrearla, y yo la escribí en un trozo de papel: a-d-e-n-o-c-a-r-c-i-n-o-m-a. Letra a letra, la palabra tomó forma, cada letra una célula que se unió a otras para formar un significante nuevo, una palabra-masa fuera de sitio.

Una búsqueda rápida en Google me aclaró que «adenocarcinoma» es el término médico para un cierto tipo de tumor que ataca a los tejidos epiteliales glandulares, como el del recto, en el caso de mi padre. Esa

fue la primera de muchas palabras que entraron en nuestro creciente léxico familiar en los meses siguientes. La enfermedad no es solo un fenómeno biológico, es también un nuevo reino de palabras, un enredo de vocablos y expresiones que colonizan nuestro lenguaje cotidiano. Todos lo hemos vivido en los últimos años, cuando el coronavirus nos ha forzado a sumergirnos en un lago terminológico de «velocidad de transmisión», «proteína spike», «inmunidad de rebaño», «ventana inmunológica» y tantas otras. En el caso de mi familia, también hemos sido rodeados por palabras en rápida multiplicación, que han pasado a circular por el cuerpo de mi padre, a unirse a él y darle una nueva realidad.

Tras aquel término inaugural, fueron apareciendo otras palabras y expresiones: «estoma», «colostomía», «marcadores tumorales», «escáner PET», «tumor colorrectal». Y «neoplasia maligna», la más cruel de todas, tal vez por remitir a una especie de drama moral, o tal vez por ser la más sincera.

Enseguida aprendo en las primeras consultas médicas que el tabú con la palabra «cáncer» no se limita al mundo de los pacientes y sus familiares. Un observador atento tendría que esforzarse para encontrarla en informes, pruebas, rutinas hospitalarias, conversaciones con médicos y enfermeros. «Murió tras una larga enfermedad» es aún una frase típica para referirnos a ese mal, y basta haber acumulado algunos años de vida para saber que «una larga enfermedad» no es gripe, cólera o neumonía. Su ausencia parece darle más vida; en ese silencio, todos sabemos que se trata de cáncer.

Susan Sontag escribió con lucidez: «Todos los que nacen tienen doble nacionalidad, en el reino de los sanos y en el reino de los enfermos. Aunque todos preferimos usar el pasaporte bueno, más tarde o más temprano nos vemos obligados, al menos por un tiempo, a identificarnos como ciudadanos de ese otro lugar». La escritora estadounidense conoció bien esa condición de doble pertenencia durante sus tratamientos contra el cáncer, en una serie de recidivas a las que se enfrentó durante sus últimos treinta años.

Mi padre se mueve con ese nuevo pasaporte. Las marcas con las que ahora carga y los rituales a los que lo someten —la perenne bolsa de colostomía, la intermitente sonda urinaria, las visitas frecuentes a hospitales, operaciones— desvelan su nacionalidad en el mundo de los enfermos.

En un famoso diálogo de *El sol también sale*, de Ernest Hemingway, un veterano de guerra y exmillonario insolvente explica a un compañero cómo se produjo su ruina económica:

> —¿Cómo te arruinaste?
> —De dos formas. Gradualmente y, después, de repente.

Observando a mi padre en los últimos años, he aprendido que envejecer también obedece a ese doble ritmo. Se envejece gradualmente: los músculos se vuelven más frágiles, aparecen nuevos dolores en el cuerpo, poco a poco las cataratas enturbian la visión, la audición deja de captar detalles, escaleras conocidas se convierten en obstáculos olímpicos; operaciones, ingresos y muertes de conocidos pasan a dominar las charlas con los amigos de la misma edad.

También se envejece de repente. El gran salto de mi padre llegó con el diagnóstico de cáncer colorrectal y con el tratamiento que siguió.

Después de los cuarenta la vida pasa rápido, pero es que vuela desde que estoy enfermo.

«Cardiopatía grave», dicen los informes; «Su padre es un paciente complicado», dicen los médicos que lo atienden; «Con usted tenemos menos opciones de tratamiento», repite el oncólogo en todas las consultas.

Los recuerdos emergen y se entrelazan: se acuerda de que su padre y dos hermanos murieron de cáncer de intestino. *Mi abuela Maria también lo tuvo. Se operó del tumor el día que se inauguró Brasilia. Vivió un tiempo más, creo que no se murió de eso, no sé bien.*

Su condición cardíaca frágil impide que los médicos realicen una operación intestinal que quite el tumor al inicio del tratamiento. O eso, al menos, fue lo que concluyó un primer cirujano, ya que los

consejos médicos pocas veces nos parecían convincentes. La duda pasó a ser la condición permanente en lo que se refería a su salud. Nunca estuvimos convencidos de que en realidad no le pudiesen operar del tumor y, al mismo tiempo, nos aterrorizaba pensar que fuese así.

Escribo entre dos devastaciones. Una acomete el cuerpo de mi padre, la otra es colectiva, nacional. Esta nos rodea, nos devora, nos ahoga. En los últimos años, hemos sido abatidos por el macabro experimento político del gran mal que muestra sus dientes a un montón de muertos que ya ni conseguimos contar.

Así como fortunas y cuerpos entran en crisis al ritmo doble de lo gradual y lo repentino, los países pueden ser devastados del mismo modo. Es verdad que la crisis actual del país se inscribe en su largo historial de violencia. Pero lo repentino de nuestro mal colectivo se produjo en octubre de 2018, cuando la encarnación de nuestra barbarie fue elegida para ocupar el puesto más alto de la República.

Unos meses antes, durante diez días de mayo de ese año, el país asistió atónito a la misteriosa paralización de los camioneros por todo el territorio nacional. Aquellos trabajadores de las carreteras irrumpían como un espectro incómodo en la política del país. Desde entonces, los camioneros se han convertido en un sujeto indeterminado que ronda la imaginación brasileña, aterrando a los políticos y excitando a los líderes oportunistas, deseosos de secuestrar la potencia política de esos trabajadores con la amenaza de una repetición de los hechos de 2018.

El cuerpo de mi padre, ya atravesado de cicatrices, sumaría algunas más desde el diagnóstico de diciembre de 2020. Entraba en un territorio extranjero y nosotros lo acompañábamos de cerca, como viajeros sin mapa que piden indicaciones a lo largo del camino y se orientan por la intuición y por recuerdos de otros viajes.

Le colocaron una bolsa de colostomía al lado izquierdo del abdomen en abril de 2021. Es una novedad a la que está obligado a

acostumbrarse. Hay que limpiarla varias veces al día y cambiarla semanalmente. Esas bolsas estarán ahí lo que le quede de vida, recogiendo los excrementos eliminados por un estoma, una especie de ano sin esfínter construido quirúrgicamente con el desvío del intestino hacia la superficie del abdomen. Después vendrían las sesiones de radioterapia y una sucesión alarmante de consultas, pruebas, ingresos, siempre antecedidos por invariables horas en salas de espera abarrotadas.

Poco después de la operación de colostomía se vio incapacitado para orinar, por culpa de un descomunal crecimiento de la próstata, lo que exigió que le pusieran una sonda que le acompañó durante tres meses, hasta que otra operación —un «raspado de próstata»— le devolviese parcialmente esa capacidad fisiológica básica, al menos por algún tiempo. El estoma funciona bien y él se acostumbra a los desagradables rituales de cuidado y limpieza, pero una hernia crece sin parar alrededor. La enorme protuberancia le molesta, deforma su cuerpo y le obliga a usar continuamente una faja ancha y apretada.

El tiempo pasa caminando al ritmo de la espera constante de nuevos resultados. Estamos rodeados por el miedo a posibles operaciones futuras, por el empeoramiento de su condición cardíaca, por el miedo a recibir noticias de nuevos tumores.

Las palabras «nódulo» y «pulmón» aparecen juntas por primera vez en febrero de 2022, cuando una nueva especialidad médica, la neumología, empezó a participar en el largo escrutinio de su cuerpo. De la misma forma que entró, salió de escena un mes y varias pruebas después, cuando los médicos concluyeron que «probablemente» no se trataba de un nuevo tumor. No, no teníamos que hablar de metástasis, al menos no todavía.

¿Cómo se narra la vida de un hombre común? Siento el reto del silencio de las fuentes, la ausencia de documentos que construyan su mundo, que escriban sus historias con pies y manos, con palabras

dichas y cantadas, con sudor y la piel llena de señales. Intento entrar en el territorio de ida y vuelta de los que no solían hacer fotografías, de los que no han escrito muchos diarios, no dieron entrevistas ni fueron grabados. Como sugiere Brecht, busco a los constructores de los palacios y murallas, no a los nobles y generales que los dirigen; a las cocineras, conductores, jardineros y limpiadoras, y no a los dignatarios en los salones del poder.

Un héroe olvidado. Con cincuenta años de camión, de carretera, puedo decirlo con seguridad: el camionero es un héroe olvidado. Maltratado, despreciado. Vosotros sois los únicos que no me olvidáis. Nadie nos valora, nadie. Nadie ve nuestro sufrimiento al levantarnos a las dos de la mañana, estar en danza hasta las once y media o las doce de la noche, quedarnos sin comer, correr el riesgo de morir en un accidente, de ser asaltados, lo duro que es estar lejos de la familia.

Me gusta oírle hablar sobre lo cotidiano, sobre las sensaciones y pequeños recuerdos que marcan el ritmo de los días: «Los relatos de la cotidianeidad de los sentimientos, los pensamientos y las palabras. Intento captar la vida cotidiana del alma», como nos enseña Svetlana Aleksiévich. Con frecuencia me encuentro a mí mismo intentando descubrir detalles sobre las paradas que hacía con el camión, dónde comía o se duchaba, qué olores sintió, con quién hablaba. Lo que vio y me podría contar, lo que jamás me contaría, lo que solo sugiere o aquello que ya se perdió en la memoria.

Desde el principio, renuncio a dejarme guiar por mi formación académica y producir una historia social de los camioneros brasileños o una sociología histórica de una categoría profesional de la que mi padre sería un «caso».

Esto tampoco es una biografía. A pesar de mi curiosidad, no se trata de traer a la luz la «verdad de los hechos», las informaciones precisas sobre los lugares que recorrió, la gente que conoció, cuánto ganaba y debía. Este padre no puede ser narrado de esa forma: no existe. Quizá exista el hombre José Bortoluci, brasileño, nacido en 1943, hijo de Demétria y João, en el barrio de Campinho, zona rural del municipio

de Jaú, casado con Dirce, padre de José Henrique y João Paulo, católico, camionero, del Palmeiras, gran cocinero, con una cardiopatía grave desde los cuarenta y ocho años, jubilado «por invalidez», en la actualidad paciente oncológico. Eso sería trabajo para un biógrafo, pero los biógrafos no se interesan por la vida de personas como él, un trabajador, un hombre común, que leyó y escribió poco, que no lideró corporaciones, no mandó ejércitos, no gobernó países ni conquistó territorios.

La forma como narra su historia también parece traicionar la fijación por la unidad y el sentido de una vida que es tan importante en la mayor parte de las biografías. A veces busco el pensamiento de Roland Barthes: contra el autoritarismo unificador de la biografía, intento recurrir a «algunos detalles, algunos gustos, algunas inflexiones, digamos a "biografemas", cuya distinción y movilidad pudiesen viajar fuera de cualquier destino y alcanzar, como átomos epicureanos, algún cuerpo futuro».

Esos átomos epicureanos viajan por las palabras de mi padre, uniendo diferentes tiempos y escenas. Pueden aparecer bajo la forma de un viaje por la línea férrea Madeira-Mamoré, la famosa «Línea del Diablo», conocida con ese nombre por el enorme número de trabajadores muertos durante su construcción, a principios del siglo XX.

Debe haber sido en 1967 cuando pasó, hace ya tanto tiempo que me pierdo. Surgió un viaje para ir de São Paulo a Rio Branco do Acre, para llevar maquinaria a una fábrica que estaban montando por allí. Pero yo sabía que de Porto Velho a Rio Branco no había carretera. Había que llegar a Porto Velho, subir el camión en un vagón de tren y andar quinientos kilómetros encima del vagón. Pura aventura en medio de la selva. Había seis o siete estaciones, que es donde el tren cargaba mercancías de los indios, de los mineros, de los caucheros; cada sitio donde el tren paraba se convertía en un punto de carga. Había un bar, tenía aguardiente, refrescos, no tenía nada más. En ese viaje subí el camión encima del tren en Porto Velho, tardó tres días en arrancar. Ahí empleamos cinco días en hacer unos cuatrocientos kilómetros en aquel vagón. El tren tenía cinco vagones y una máquina de leña. En todas las

estaciones tenían que recargar la máquina con leña para que sirviera de combustible para el viaje.

Pocos años después, en 1972, la línea férrea de 366 kilómetros sería desactivada. La imagen de un viejo tren movido a leña desgarrando lentamente la selva me remite a los delirios de la ocupación colonial de la Amazonia, a los cientos de trabajadores muertos en la construcción de esa línea a principios del siglo XX, al experimento prepotente de conquistar la selva.

La vieja línea es un esqueleto de nuestros planes incansables de grandeza nacional. El obrero que construye aquella línea férrea del diablo presagia a los obreros de Brasilia, de la Transamazónica, de Belo Monte, de los estadios construidos para la Copa del Mundo en 2014 y de tantas obras que sirvieron como tarjetas postales de nuestro remedo de modernidad. *Cinco vagones y una máquina de leña* atravesando el estado de Rondônia, uno de los gestos arrogantes y fracasados de «ocupación del territorio» que el capitalismo de devastación brasileño todavía llama progreso.

¿Qué hacer con las palabras de mi padre? ¿Cómo oírlas, transcribirlas, reorganizarlas sin que pierdan consistencia y color?

Renuncio a nombrar esa búsqueda que enlaza pasado y presente, historia nacional e historia de vida de un trabajador, hechos y fabulación, desplazamientos y condensaciones, oralidad y escritura, diferentes registros de lenguaje que se complican por el acto de la transcripción, que, por sí solo, ya implica un proceso nada inocente de traducción.

Al intentar reconstruir partes importantes de su historia, los hechos de su vida se van montando sobre una carretera que se abre entre mi padre y yo. Y esa historia solo puedo escribirla como hijo.

Las cuestiones de método y estilo, que me llevaron mucho tiempo al empezar este proyecto, se convirtieron en baratijas teóricas a partir del diagnóstico médico en diciembre de 2020. El «evento cáncer»

irrumpió como una llamada urgente. Impuso otros hilos que nos unieron como familia y apretó los nudos entre el pasado lejano y un presente que parecía estar en llamas.

Aquel tiempo nuevo era el tiempo de acompañarlo en ingresos y pruebas, el tiempo lento de las salas de espera y de las muchas noches en hospitales, de los viajes casi semanales entre Jaú y São Paulo, de ayudarlo a ducharse y a secarse, de la lucha contra burocracias médicas, de decidir entre alternativas de tratamiento radicalmente distintas. El nuevo ritmo del cambio de sondas, bolsas y pañales. Fue en ese presente centelleante donde oí de forma más atenta las historias de mi padre.

Hicimos seis largas entrevistas, grabadas en enero y febrero de 2021. También tomé apuntes de conversaciones en cuadernos o en el bloc de notas del móvil; acumulé comentarios garabateados de improviso, frases que oía al teléfono durante visitas a Jaú o en los cientos de horas que pasamos juntos en el hospital y en consultas a lo largo de los dos últimos años.

En esas conversaciones, pasado, presente y futuro conviven en estado de promiscuidad. La persona que narra habita simultáneamente el tiempo presente de cuando habla y el tiempo de lo sucedido, además de experimentar la ruptura del ritmo entre los dos. Yo, que pregunto y escucho, vivo también el ahora de la escucha, los recuerdos de mis tiempos pasados, cuando ya había oído parte de las historias, así como los varios tiempos futuros de la escucha de las grabaciones, de la lectura de las transcripciones y de la escritura.

En las entrevistas intento seguir los hechos, meditar sobre cómo elige el vocabulario, ejercitar una arqueología de sus silencios.

Al principio, insiste en que no tiene mucho que contar e intenta entender el motivo por el que grabo sus historias. *Creo que vas a guardar las grabaciones como recuerdo, para recordar mis palabras. Ojalá aproveches bien este tiempo nuestro, que todo salga bien, que seas feliz.*

A veces descubrimos cosas que estaban a un palmo de distancia pero que no habíamos mirado suficientemente, como cuando observamos nuestras manos y nos sorprenden las líneas que habíamos visto cientos de veces. O cuando nos asombra nuestro reflejo en un espejo que no sabíamos que estaba ahí y, en una fracción de segundo, vemos en la imagen la sonrisa de nuestro padre, la mirada de una abuela, la expresión de un hermano, el pelo de un tío al que vemos una vez al año, la postura de un bisabuelo que solo conocemos de fotografías.

Año tras año nos investigan parientes y conocidos que actúan con la astucia de genealogistas, introduciéndonos en un centenario linaje anatómico, gestual, afectivo y léxico. Nuestros cuerpos y nuestras voces anuncian constantemente la casa de nuestros padres y las formas de volver a ella o de intentar huir.

Pocos temas han sido más abordados en la historia de la literatura que la relación entre padres e hijos. Es uno de los temas esenciales de los relatos fundacionales de Occidente y, tal vez, de todas las culturas. Ninguno de nosotros escapa a esa condición trágicamente humana de la filiación, aunque esta asuma una enorme variedad de formas. Nacemos y morimos solos, es verdad, pero llegamos al mundo rodeados de atenciones, de gestos, palabras y caricias que nos marcan para toda la vida. Los cuidadores son nuestra conexión con los contemporáneos y con nuestros antecesores. Nuestra historia individual se amarra a la corriente de las generaciones y quienes ejercen las funciones paterna y materna son la barca en la que navegamos ese río revuelto de la historia.

La filiación es también el encuentro con un segundo hecho cardinal: somos seres de lenguaje. Heredamos los tesoros y los terrores de las palabras de nuestros padres y madres, de parientes mayores y de aquellos que viven en su entorno. Nuestra habla está siempre atravesada por ecos y por otros. Hablar es traer a los muertos para bailar en la fiesta de los vivos, es revivir el trayecto de generaciones pasadas y nuestra historia de encuentros y pérdidas.

Al principio, nuestros padres hablan por nosotros, no solo para

nosotros. Se inventan una voz para palabrear los balbuceos del bebé. Después seguimos naciendo con nuestras propias palabras, que aprendemos con ellos, sin ellos o contra ellos. Ese segundo nacimiento dura para siempre.

Nos pasamos la vida construyendo nuestro propio vocabulario, componiendo un ritmo al hablar, reinventando expresiones que oímos en un tiempo remoto. Usamos palabras polvorientas para amar y odiar, para expresar saciedad o hambre, como se hacía en la mesa cuando éramos niños. Aún hoy pido que «quiten» el volumen a la televisión, como hace mi madre; como mi abuela Isaura, invoco a todos los santos y a la Virgen María cuando me sorprendo por algo; grito de sopetón las blasfemias que escuchaba a mi padre (¡*Me cago en Dios*! ¡*Gilipollas*!) y me río a carcajadas con mi hermano cuando uno de nosotros recupera palabras o expresiones que inventamos cuando éramos pequeños.

Hacerse adulto es acercarse y alejarse de ese dialecto familiar, de la lengua viva de la infancia. No es una tarea fácil. Ejecutamos el lento trabajo de elegir palabras, ser elegidos por otras, prescindir de muchas, revolvernos contra términos y usos, construir un archivo personal y, con el tiempo, producir un relato intermedio, vacilante, entrecortado, como un coro siempre desentonado en el que graves y agudos, palabras nuevas y viejas no dejan de producir una curiosa disonancia.

Solo podemos hablar nuestra propia lengua cuando ajustamos cuentas con la lengua de nuestros padres.

AHORA LO SABES

> Los ancestros de todos habían formado parte de la historia, pero los míos parecían haber sido meros huéspedes en la morada de la historia.
>
> MARIA STEPANOVA

La historia de mi familia es una pequeña pieza en el rompecabezas de la clase trabajadora transatlántica, pero, en nuestro caso, una clase trabajadora blanca. Mis abuelos y mis padres están entre los trabajadores que siempre han cobrado poco y han contado con poca protección del Estado, pero se han beneficiado continuamente de eso que Du Bois llamó el «salario público y psicológico» de los blancos, un recurso vitalicio que recibimos por el simple hecho de no ser descendientes de indígenas o de africanos esclavizados.

La blancura de los inmigrantes europeos pobres fue hábilmente utilizada por las élites brasileñas en su misión de sustituir la mano de obra esclavizada en el país y promover una política de blanqueamiento y perpetuación de una violenta jerarquía racial. Y está claro que esos inmigrantes también disfrutaron de las ventajas de ocupar el lado dominante de ese cruel acuerdo. Esa manera de pasar a «formar parte» de la nación daba la medida de las vidas privadas de esos inmigrantes y su historial de trabajo en el nuevo país: hombres y mujeres extranjeros, pobres y analfabetos a su llegada, pero acreedores del beneficio racial público, una amplia acción afirmativa

racial transgeneracional, que les proporcionaba unas ventajas que ellos y sus descendientes podrían acumular en el tiempo.

Mi abuelo paterno, Joanim (nadie le llamaba João), era el hijo mayor de una pareja de italianos. Demétria, mi abuela paterna, hija de españoles. Con excepción de los padres de esta abuela mía, todos mis bisabuelos y bisabuelas eran italianos, algo muy habitual en la región de Jaú, que atrajo a una gran cantidad de campesinos europeos entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, la mayor parte empleados en el cultivo del café.

Los padres de mi abuelo Joanim eran trabajadores rurales en un poblado cerca de Génova. Un primo mayor, décadas después, descubrió que Giuseppe y Maria salieron del noroeste de Italia alrededor de 1910 en dirección a América del Sur. La historia del apellido familiar es un tanto misteriosa. Recuerdo una teoría nunca comprobada de que mi bisabuelo, en Italia, era Giuseppe Bortoluzzo pero, con el cambio de continente, de lengua y de documentos, el Bortoluzzo acabó en Bortoluzzi y después en Bortolucci, con dos «c». Bortoluci, con una «c», somos solo mi padre, mi hermano João Paulo y yo, un error de notaría amputó la segunda «c» y creó esa pequeña rama de los Bortoluci.

Aquel «nuevo mundo» —católico, rural, patriarcal y atravesado por el racismo y la desigualdad— era al mismo tiempo parecido y diferente a aquel de donde venían: regiones pobres de la zona rural de Italia a finales del siglo XIX y principios del XX, la periferia de la periferia de Europa. Esos inmigrantes recién llegados podían nutrirse del sueño de empezar una nueva vida, hacer algún dinero, abrir un pequeño negocio o, quién sabe, comprar un pequeño trozo de tierra con hermanos y primos, como fue el caso de mi abuelo Joanim. Con eso, podían aspirar a una historia familiar menos castigada por la pobreza, el analfabetismo y la muerte precoz de los hijos.

Esas disputas y arreglos entre recién inmigrados de Europa, en aquel

país que había abolido la esclavitud hacía pocas décadas, obedecían a una ética difícil de negociar: casarse con una persona más pobre, sin propiedades y de otro origen europeo era condenable; casarse con una persona negra era inconcebible.

Demétria y Joanim se casaron en enero de 1940. Mis tías cuentan, con la voz baja saliendo entre los dientes, que el hecho de ser dueños de una pequeña propiedad era suficiente para que la familia de mi abuelo desconfiase de aquella boda. La abuela Demétria era «colona», además de ser «española». Maria, mi bisabuela italiana, no aprobaba esa unión entre su hijo y aquella joven lavandera. Además del origen de la moza, pesaba el hecho de que Joanim fuese el hijo mayor y huérfano de padre, lo que conferiría aún más importancia al papel ocupado por su esposa, una especie de segunda matriarca disputándose el sitio con la *nonna* Maria.

Se especula con que las tías mayores de esa parte de la familia habrían hecho promesas y echado pestes de la boda. Algunas de las hermanas de mi padre aún hoy desconfían de esas maldiciones y se preguntan si tendrían la culpa de que todas las hijas de la abuela Demétria se quedaran viudas tan jóvenes y de que el abuelo Joanim perdiera el poco dinero que tenía.

Mis abuelos paternos tuvieron nueve hijos. Todos nacieron en la pequeña propiedad rural de la familia de mi abuelo. Mi abuela Demétria, en diez años, dio a luz a nueve bebés. Diez años embarazada, amamantando, trabajando duro, viendo a los hijos entrar y salir de la escuela y ayudar en la labranza. Vio a uno morir cuando otros ni siquiera habían venido al mundo. Mi padre es el quinto, el segundo hijo varón, pero el primer varón que llegó a los siete años, edad en que él y sus hermanos empezaron a trabajar en el campo, ayudando a padres y tíos. La vida del trabajo empezaba antes que la vida escolar y se prolongaba mucho más allá en horas diarias, pero también en el papel que desempeñaba en la formación de cada uno de los niños y niñas.

Mi padre realizó los estudios elementales en el colegio rural del

distrito de Barra Mansa, en Jaú. *Jugábamos mucho en el recreo. Nos gustaba mucho el rato de la merienda. Toda la chiquillería nos sentábamos juntos y nos repartíamos las meriendas, comíamos de todo junto, todo mezclado.* Del aula, recuerda poco. Empezó el curso siguiente, pero eso le obligaba a coger el tren a la ciudad todos los días, caminar varios kilómetros hasta la escuela y después volver a casa, adonde llegaba después de las tres de la tarde, lo que le impedía trabajar en la labranza. Mi padre dejó la escuela urbana tras unos pocos meses y empezó a trabajar en el campo a jornada completa. Tenía diez años.

Pero ese poco tiempo de escolaridad ya confería a mi padre y a sus hermanos alguna distinción cultural, comparados con la generación anterior de mi familia. Ninguno de mis cuatro abuelos fue a la escuela. Todos aprendieron a leer y a escribir en casa, de niños, a excepción de mi abuelo materno, el abuelo Aristides, que lo hizo a los cuarenta años en Mobral, el programa de alfabetización de adultos instaurado por la dictadura militar como alternativa al proyecto de Paulo Freire. Cuando pregunto a mi padre si mis abuelos leían y escribían, responde que sí, que aprendieron solos, enseñados por tíos o hermanos mayores que conocían lo básico de las letras y palabras.

Isaura, mi abuela materna, tenía una memoria prodigiosa y, como a mi padre, le gustaba contar historias. Poco después de que yo empezase a ir a la escuela, al darse cuenta de que me gustaba aquel mundo de libros y clases, la abuela Isaura me contó que había aprendido a leer y a escribir en la casa de la hacienda en que nació, hojeando el viejo diccionario de su padre después de que su hermano mayor le enseñara el abecedario. Decía que durante muchos años había soñado que entraba en una clase y se sentaba en un pupitre. La abuela Isaura realizó ese sueño cuando mi madre —su hija mayor— empezó a estudiar a los siete años.

Mi padre cuenta su vida como una vida de trabajo. En el universo social en el que fue criado y trabajó, el mayor pecado es la pereza y la gramática moral opone «trabajadores» a «granujas». Es necesario, sobre todo, no ser ni parecer un granuja. Es el trabajo el que da forma

al tiempo, delimita las diferentes etapas y define su lugar en el mundo.

Hacerse hombre era alejarse del universo escolar y hacer del trabajo manual el destino del cuerpo en formación. Con eso, podía seguir los pasos de su padre.

Empecé a trabajar a los siete años con un tractor, arando la tierra. En aquella época el abuelo Joanim tenía una finca pequeña con sus hermanos y tenían un tractorcito. Y ya sabes cómo son las cosas cuando eres niño… Veía al abuelo conducirlo, me subía al tractor. Aquellos tractores de antiguamente eran como los de juguete de hoy, bien pequeños, pero yo era más pequeño todavía. No podía trabajar sentado en el asiento, me ponía de pie en el estribo. Y araba la tierra toda la tarde. Salía de la escuela, me iba al campo, me quedaba hasta las cinco o las seis de la tarde. Desde los siete hasta los diez años fue así mi vida, y fue entonces cuando abandoné la escuela y me dediqué a trabajar. A los quince años, mis padres se mudaron a la ciudad y empecé a trabajar en un taller. Y trabajé siete años en ese taller. Así que fue así: de los siete a los catorce trabajé como tractorista, de los catorce a los veintiuno más o menos trabajé como mecánico, y ya con veintidós dejé la profesión de mecánico y me eché a la carretera.

En la finca también vivían las familias de dos hermanos de mi abuelo. Dieciséis niños que crecieron juntos viviendo entre la escuela, la casa, los juegos y el trabajo.

Nuestro oficio era recoger a los becerros por la tarde para ordeñarlos al día siguiente por la mañana, pelar el maíz para dárselo a los cerdos, atender a las gallinas… Las niñas mayores cuidaban de los más pequeños. Jugar a los camiones, a ordeñar, recoger fruta, jugábamos a esas cosas.

Los juegos eran una forma de prepararse para una vida de trabajo. Mis tías jugaban a cocinar y coser. Mi madre, costurera casi toda su vida, aprendió su oficio de niña haciendo vestidos para Pelada, una gallina que había nacido sin plumas.

De los siete hermanos de mi padre que llegaron a la adolescencia, solo los dos más pequeños estudiaron más allá de los siete años. Uno de ellos, Paulo, se formó como tornero mecánico en un curso técnico y se mudó, todavía joven, a São Bernardo, donde estuvo siempre empleado en fábricas metalúrgicas, hasta sufrir, a los sesenta años, un infarto fatal a pocos meses de jubilarse. El más pequeño hizo Medicina, con la ayuda de sus hermanos. *Toninho, el más pequeño, conseguimos formarlo para médico; pero también, de un día para otro, acabó su carrera, murió, debía de tener también unos sesenta años.*

(Siempre me ha llamado la atención ese uso del verbo «formar»: formar como misión colectiva, poder «formar a alguien» y, sobre todo, formar colectivamente a un hermano más pequeño, como era típico en algunas familias trabajadoras de esa generación).

Las hermanas, las tres costureras, y una tía más pequeña que a lo largo de la vida trabajó —aún trabaja, a los setenta y tres años— en las funciones más diversas, en diferentes tiendas y escuelas. Y el tío Nelson, un año más pequeño que mi padre, también camionero, fallecido alrededor de los cincuenta y ocho años por complicaciones de un ictus. *Murió el día de la final del Mundial de 2002, el día que Brasil fue pentacampeón. Ni vi la final.*

Su hermano Roberto, un año mayor que él, murió a los cinco años de la forma en que morían los niños pobres que vivían en zonas rurales: un dolor de barriga repentino, la precariedad de los servicios médicos, la muerte todavía niño.

¿De qué murió? Pues no lo sé, se murió. Cuando llegó al médico de la ciudad, al poco se murió… Nadie me quita de la cabeza que fue una mala apendicitis. Le dolía mucho, en el campo le daban té y rezaban, y cuando vieron que empeoraba, que la fiebre le subía, lo trajeron a Jaú. Probablemente ya llegó muerto.

Al haber sido el primer hijo varón en llegar a la adolescencia, mi padre asumió el papel de ayudante de mi abuelo.

Él cuenta que su padre tuvo que *hacerse hombre* muy pronto, ayudar a su madre a cuidar de los hermanos. *El abuelo Joanim era el cabeza, el*

jefe de familia de sus hermanos. Empezó muy joven a asumir responsabilidades cada vez mayores en la finca donde vivían, ya que su padre había muerto siendo él todavía adolescente. Como mi padre, mi abuelo también tenía siete hermanos. También como él, era conocido por saber construir o arreglarlo todo.

Y le gustaba cazar. A mi padre le encantaba acompañarlo, ir detrás del abuelo Joanim, correr tras las perdices y codornices a las que acertaba. Cuando su perro de caza más querido enfermó, mi padre tuvo que sacrificarlo. Era un perdiguero de los más habilidosos, Molerão. Matarlo habría sido demasiado doloroso para mi abuelo.

No había otra opción. El perro tenía un tumor así en la cabeza, estaba sufriendo. El abuelo me dijo: «Sacrifícalo; coge la escopeta y vete a lo alto del monte; pégale un tiro en la cabeza y vuelve». El perro y yo salimos de casa y fuimos hasta aquel lugar apartado, en lo alto del monte. Incluso con la enfermedad que tenía, había que ver su alegría: Molerão me veía con la escopeta, creía que íbamos a cazar. Corría hacia delante, volvía, me olisqueaba. Y llegó la hora de darle un tiro.

Mi padre tenía doce años y yo debía tener esa misma edad cuando oí esta historia por primera vez. A los doce, él ya había dejado la escuela y asumía este tipo de misiones. Pienso en mi padre adolescente, realizando un sacrificio en nombre de su padre para ahorrarle el sufrimiento. Un niño más en la línea de hijos que, al ser llamados por su padre —o forzados a crecer precozmente por la ausencia de un padre—, no tienen otra opción que responder «aquí estoy». Hacerse hombre era aprender a trabajar como tu padre, cuidar de la familia, pero también hacer uso de la violencia cuando era necesario, estar preparado para aceptar el arma del padre y realizar un acto sangriento de compasión.

Cuando iba a matar a Molerão, llevaba la escopeta de boca grande del abuelo Joanim. Él me dijo: «Acércate y tírale a la cabeza, para no fallar». El tiro de aquella escopeta hacía unos círculos de plomo, no podía fallar. Le oigo y pienso lo contrario, que había muchas formas de fallar, pero no comento nada.

Mi abuelo Joanim se llevó con él a mi padre a Paraná cuando invirtió todo el dinero que tenía, los ahorros de décadas de trabajo, en una pequeña plantación de café. Mi padre cuenta que los hermanos de mi abuelo se repartieron la finca de Jaú y, con su parte, el abuelo Joanim se compró un terreno en el norte de Paraná. Iban con el viejo Chevrolet de mi abuelo, el viaje por caminos de tierra duraba un día.

Allí, al llegar a Paraná, solo había café. Había plantas de café que parecían de mango, era algo extraordinario. La plantación estaba casi lista, ya iba a dar la primera cosecha. Aquella tierra era fértil que daba miedo, así que el café salía que se ponía hasta negro. Solo que helaba mucho.

Mi padre, a los catorce o quince años, ayudaba a mi abuelo a hacer el cercado, levantar el granero y preparar el terreno al que planeaba mudarse la familia. Se quedaban allí un mes, mes y medio, trabajando juntos.

Lo que pasó es el motivo por el que el abuelo murió sin nada. Compró la finca con la parte del dinero que cogió de la venta de su parte de la otra; dio ese dinero por las tierras de Paraná y financió otro tanto que era para pagar con la cosecha de café que estaba plantada; pero vino aquella helada y perdió todo. Todo. Tuvo que ir al banco, volver a financiar la finca entera. Cuando el café estaba a punto de cosecharse de nuevo, otra helada. Quemó hasta el tronco, por segunda vez, hasta el suelo. Una helada de las que abrasan, horrible. Qué es lo que tuvo que hacer mi padre: vendió las tierras para pagar al banco y nos volvimos para atrás sin nada.

Al contarme esta historia por primera vez, cuando yo tenía alrededor de veinte años, finalizó la narración con este veredicto: *Ahora sabes tu historia*. Saber mi historia era descubrir cómo se perpetuó el destino de clase que definió el lugar social en que nací y crecí. Las plantas de café listas para la cosecha en la pequeña propiedad de Paraná eran la apuesta de mi abuelo y de mi padre niño, una oportunidad para vivir una vida más próspera y segura, para empezar un trayecto menos marcado por el fantasma de las cuentas por pagar, de las deudas, del trabajo extenuante y alienado a cambio de salarios irrisorios. El sueño de una vida mejor, solo que helaba

mucho.

El día que murió su madre, en 2008, en un momento en que estábamos solo nosotros dos al lado del cuerpo, oí a mi padre lamentarse en voz baja: *Se marcha sin dejar nada*. Supongo que no hablaba como hijo apenado por no recibir parte de una herencia material, sino como padre temeroso de tampoco «dejar nada», de terminar un día como un engranaje más de un ciclo de reproducción de la clase trabajadora en un país en el que la desigualdad es una de las marcas distintivas, nuestra cruel amalgama colectiva. En ese momento no hablaba solo con su madre muerta, sino conmigo y con mi hermano, con nuestros yos futuros frente al cuerpo inerte de un padre al que, probablemente, velaríamos un día. Aquellas dos máximas —*y ahora ya sabes tu historia*; *marcharse sin dejar nada*— eran su forma de narrar el fracaso de un proyecto de ascenso social que unía dos continentes y a cuatro generaciones de su familia.

En enero de 2015, la noche anterior a una nueva operación cardíaca arriesgada, calculaba en voz alta cuánto le debía su patrón: dos o tres vacaciones, un salario atrasado, el reembolso de algunos recibos. Era poco, pero poco es más que nada. Estábamos los dos solos en aquella habitación de hospital. Hacía un inventario oral de su patrimonio, un gesto que condensaba en una pequeña cifra su historia como trabajador y que me dirigía como un breve testamento improvisado.

Así como alguien no nace, pero se hace mujer, también se hace hombre en un contexto histórico específico, dentro de determinadas relaciones sociales y de la vigencia de ciertos valores y códigos culturales. En el caso de mi padre, el universo en que se forjó su masculinidad es el de las relaciones familiares tradicionales, jerárquicas y embebidas de un lenguaje moralista y católico típicas del mundo rural, de una pequeña ciudad del interior paulista a mediados

del siglo XX y de una categoría profesional en la que operan rígidos códigos patriarcales.

Hasta hoy, mi padre entiende que su valor como hombre está vinculado al trabajo, al papel de proveedor, a la capacidad de resolver problemas cotidianos. Tiene arrebatos autoritarios cuando las cosas no salen como espera, incluso con los hechos más insignificantes, como no sentarnos inmediatamente a la mesa para comer cuando nos llama. Resopla cuando alguien le interrumpe. Le gusta sentarse a la cabecera de la mesa y odia que le digamos algo mientras conduce para alertarle sobre un coche que se acerca o un semáforo en rojo. Su tono de voz oscila entre el ánimo jovial y una queja irritada. Protesta, insulta y pelea con la televisión todo el rato.

No creyó nunca que mi madre necesitase aprender a conducir y siempre le molestó que trabajase como costurera, como camarera o en cualquier otra ocupación que ejerciese en su vida. Para él, el mundo está dividido entre cosas de hombres y cosas de mujeres, con la excepción de la cocina, que altera esa división tradicional, ya que en casa de mis padres la cocina es también suya.

Pasó su juventud en la región urbana de Jaú, adonde se trasladó con la familia a los quince años, tras el fracaso de la inversión en Paraná. Ser hombre y joven allí significaba tener una vida de brega continua, pero también de bebida y juerga. Era sagrado el ritual diario del aguardiente con los compañeros de trabajo, o con primos y amigos del barrio.

Y la visita frecuente a burdeles. El catolicismo tradicional brasileño nunca se opuso al derecho de los hombres a pagar por sexo y siempre trató a las prostitutas como versiones modernas de las brujas, y la prostitución como un mal necesario para el mantenimiento del orden patriarcal asentado en el derecho sexual inalienable de los hombres y en la sumisión sexual de las mujeres.

Varios de los antiguos caserones cercanos a la estación de autobuses de Jaú eran clubes de alterne, siempre abiertos a dos manzanas del Ayuntamiento y de la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Patrocínio. Iglesia, Ayuntamiento y clubes formaban una especie de Santísima Trinidad política del interior del país: catolicismo,

masculinidad patriarcal y caciquismo político local.

Mi padre era un joven atractivo. En la foto de carnet del servicio militar, a los dieciocho años, tiene el pelo corto, de punta. Normalmente lo llevaba más largo, peinado hacia atrás. Siempre tuvo mucho pelo, todavía lo tiene. Los ojos claros destacan en el rostro delgado, de una delgadez que perdería en los años siguientes, principalmente a partir de los veintidós, cuando empezó a conducir camiones. En la época en que hizo el servicio militar obligatorio, era conocido por escaparse del cuartel para ir a bares y fiestas en los burdeles de la ciudad. En una de esas escapadas fue sorprendido en un baile por su comandante, que lo castigó con el trabajo de limpiar el cuartel varias semanas seguidas. En otra aventura, se apuntó en la ciudad a una carrera de diez kilómetros, pero huyó en los primeros metros y apareció, recién duchado, peinado y con ropa de domingo, a saludar a su madre y hermanas, que lo esperaban ansiosas en la línea de meta.

Las historias de esa época están marcadas por escenas repetidas: la destreza con que arreglaba motores, las borracheras que lo llevaron varias veces al hospital, las grandes fiestas en casa de mis abuelos con montones de hermanos, novias, sobrinos, tíos y tías.

Me imagino que también sería seductor o, al menos, lanzado. Antes de mi madre no tuvo ninguna novia, lo que no impidió que tuviese muchas historias y aventuras sexuales. «Papá, ¿es aquí donde estuviste preso?», pregunto de broma, señalando la pequeña penitenciaría cercana a la comisaría central de policía de Jaú. *Sí, pero fue solo una noche*. Me sorprendo, y él también, creyendo que había sido una pregunta sincera. Una vez revelado lo ocurrido, me cuenta que pasó allí una noche preso, de joven, porque lo cogió la policía en los alrededores de Jaú, follando con una moza en medio de un cañaveral, en el viejo DKW de su padre, que conducía cuando estaba en Jaú con esa y otras finalidades.

A mi padre no le interesó nunca la política. Para él, como para buena parte de sus amigos y conocidos, la política surge como un fenómeno estacional, principalmente durante las elecciones, e incluso ahí sin ninguna pasión. Su teoría es que no importa qué candidato gane en las elecciones, ya que *al día siguiente vamos a tener que trabajar igual*.

Lo que aparece en esa idea, una vez más, es su cartografía ética, que divide el mundo entre personas correctas y granujas (sean ricos o pobres, políticos o no). En esa visión, la política está llena de granujas; los políticos «correctos» son una excepción, y la integridad tiene poco que ver con sus ideologías o afiliaciones partidarias. Las dos preguntas que más importan son: ¿Ese político es una persona decente?, ¿Mi vida ha mejorado o empeorado en los últimos años? Esas dos cuestiones organizan una forma de ver el Estado y la política que, para él, es más concreta que las ideas que utilizan las élites intelectuales para dar sentido al terreno de lo político (democracia, fascismo, socialismo, izquierda, derecha…).

Mi abuelo Joanim, por el contrario, parece haber sido un observador con más interés por la escena política en Brasil y en la Italia de sus padres. Escuchaba *A voz do Brasil* todas las noches y mantuvo durante años un cuadro de Mussolini en la pared de la casa rural donde crecieron mi padre y sus hermanos. Para los hijos de Joanim, Mussolini era «el viejo de la pared».

El cuadro estaba en el salón. A él le encantaba aquel viejo en la pared. Incluso, cuando mi familia salió de la finca y nos vinimos a Jaú, él y yo estábamos en Paraná, construyendo un granero para almacenar el café. Nos quedamos allí creo que treinta o cuarenta días. Por entonces, mi madre y mis hermanos se vinieron a Jaú; decidieron mudarse a la ciudad porque en la finca ya no había nada… y alquilaron aquí una casa. Se vinieron y en la mudanza acabaron con el cuadro. Mi madre no quiso traerse al viejo colgado en la pared, lo tiró. Y mi padre se enfadó mucho cuando llegó y no vio el cuadro del viejo. Gritaba «¿Y Mussolini? ¿Y Mussolini?».

Hace pocos años que conocí esta historia. Muchos hijos de italianos en ese periodo tenían una relación de afecto con la imagen del líder fascista y no perdonaban la alianza de Vargas con los países aliados en

la Segunda Guerra Mundial, tras años flirteando con el Eje. No sé si es ese el caso de mi abuelo, nunca lo sabré. Ignoro lo que sabía sobre Mussolini y sobre el fascismo, y por qué motivos aquel viejo de la pared tenía tanto valor para él.

Le pregunté a mi padre lo que sabía sobre Mussolini. *Era un italiano. De esas cosas de política no tengo ni idea.*

Cuando yo tenía siete años, mi padre volvió a Jaú con un fuerte dolor en el pecho. Por entonces, trabajaba en Vargem Grande do Sul, ciudad en el norte del estado de São Paulo. Estaba grave. Recuerdo visitarlo en el hospital São Judas de Jaú, cerca del Año Nuevo de 1993, antes de marcharse a Ribeirão Preto, donde le harían una delicada operación cardíaca. Mi hermano, mi madre y yo subimos unas rampas de suelo de goma para verlo. El hospital tenía las paredes amarillentas, una paleta de colores cansados y húmedos que solo se pueden producir en los hospitales viejos, con la lenta acumulación de humores de todo tipo. Y después una sala pequeña y muy blanca, a la que una enfermera llevó a mi padre, flaco, bata azul. Yo sabía que podía ser una despedida definitiva.

Sobrevivió a la operación con enormes cicatrices, cuatro puentes de safena, uno mamario, un arsenal diario de medicamentos y una rutina de consultas y pruebas periódicas que le acompañarían ya para siempre. A partir de entonces me pareció, por muchos años, que tenía que ser el guardián de su vida, una intensificación de lo que sentía desde mucho antes, cuando tiraba a la basura mecheros y paquetes de tabaco aprovechando que él no me veía. Cualquier exceso en la comida me asustaba y él jamás renunció a las grandes raciones de carne, a aliñar todo con mucho aceite y sal y a beber los fines de semana. Verlo beber cerveza en las fiestas familiares me provocaba crisis de tristeza y una terrible sensación de impotencia. Y no estaba solo: hacía eco y ampliaba el miedo de mi madre. El médico que le operó por primera vez del corazón, al saber que fumaba desde hacía décadas (tres paquetes de Hollywood al día, encendiendo casi cada cigarro con la colilla del anterior), le sugirió a mi madre que le diese

tabaco si quería quedarse viuda.

Mi padre volvió al camión un año después de la operación. A partir de entonces se quedó a vivir en Jaú y empezó a trabajar en una empresa de transportes de arena y piedra. Los veinte años siguientes trabajó de lunes a sábado, desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde.

Con ese nuevo trabajo, tras un año de abstinencia, volvió a llegar a casa oliendo a tabaco. Mi madre le olía las manos y la ropa, yo también lo sentía de cerca y de lejos, mezclado con el olor a sudor y a polvo que traía tras un día entero de faena. Siempre se adelantaba a nuestras preguntas diciendo que todos sus compañeros fumaban.

Casi dos años sin fumar. Entré en aquella empresa de sacar arena y ya en el primer viaje me compré una mierda de paquete de tabaco. Llegaba a casa oliendo. «He estado cerca de no sé quién, que fuma», te decía a ti, a tu madre, a João. Hasta que un día me pillaste fumando. Fue el último cigarro que me puse en la boca. ¿Te acuerdas? Fue en el desfile del aniversario de Jaú. João estaba desfilando. Fui a aparcar el coche y volví fumando, creí que estabais más arriba. Llegamos a casa y tú no dejabas de llorar ahí en el sofá, ¿te acuerdas? Y te dije: Ya he tirado el cigarro y que el diablo me lleve con él al peor sitio del infierno si un día me pongo otro cigarro en la boca. No he vuelto a fumar ni lo volveré a hacer. Pero a ratos lo echo de menos, al muy maldito…

A lo largo de los últimos meses he pensado muchísimas veces en Telémaco, hijo de Ulises, héroe homérico, y en el hijo anónimo de «La tercera orilla del río», el asombroso cuento de Guimarães Rosa. Hijos de viajeros, de diferentes tipos de hombres que viven de partir y cuyo regreso es incierto. Hay una hermandad entre ellos, incluso separados por la distancia y por los siglos entre la Ítaca de la antigüedad y la región minera al borde de la modernidad. Ambos buscan a un padre que está y no está, que a veces envía señales sutiles y ambiguas, que habita un espacio liminar entre la vida y la muerte, entre el ruido de las masas humanas y la inmensidad misteriosa de las aguas.

Telémaco se lanza al mar en busca de un padre al que no ve, pero

cuyas historias recoge por el camino. El hijo anónimo en la orilla del río espera el retorno de un padre al que puede ver, pero que no dice nada. Esos padres imponen un enigma casi indescifrable, y ambos viven del deseo y el pavor de que el padre regrese.

En «La tercera orilla del río», tras el esperado saludo del padre, el hijo confiesa: «He sufrido el frío grave de los miedos, he enfermado».

¿Es realmente posible volver a casa después de emprender batallas, ver seres mágicos, enfrentarse a la soledad profunda, conocer el mundo?

Cuando yo tenía cinco años, en una ocasión que pasó por casa mi padre me trajo un caballito de plástico. Antes de que se marchase, lo metí en su maleta, entre la ropa, para que no se olvidase de mí.

A los siete, pedí a mis padres que me llevasen a la biblioteca municipal de Jaú. En casa no teníamos libros, a no ser la Biblia, algunos catecismos y libros de oraciones. Ese mismo año, pedí como regalo un globo terráqueo. Me interesaba el mundo y ya pensaba en él por medio de representaciones y lenguajes distintos de los que oía a mis padres.

Por esa misma época, empecé a interpretar a Jesucristo en las piezas teatrales de las misas del domingo, en la capilla de la Santa Casa de Jaú, donde mi hermano y yo cantábamos en el coro infantil y más tarde fuimos monaguillos. Durante años, repetí las palabras de los evangelios, escenificaba la multiplicación de los panes y la cura de los enfermos mientras aprendía a impostar la voz para estar a la altura del papel. Esa voz de altar aún se nota en mi forma de hablar.

Desde que entré en el colegio, profesoras, directores y compañeros me trataron como a un pequeño prodigio académico. Este reconocimiento se traducía en cartillas de notas inmaculadas, premios en concursos de redacción, viajes a congresos y encuentros internacionales, presidencia de asociaciones de estudiantes y asambleas estudiantiles del Estado, artículos en el periódico del colegio y de la ciudad, becas de estudio, mi nombre en lo más alto de concursos y exámenes, matrículas de honor.

En un sueño recurrente en la infancia, llevaba a mis amigos hasta la biblioteca de nuestro colegio para salvarlos de un enorme monstruo que atacaba la ciudad. En la biblioteca estábamos seguros.

Barthes, también un viajero entre lenguas, señala que «la lengua nativa del sujeto envejece —aún más porque es siempre la lengua de la clase de origen de los padres— a un ritmo difícilmente perceptible, porque el desgaste es cotidiano». A los trece años, pierdo casi por completo el acento de Jaú, con sus erres típicamente rudas y sus tes y sus des cortantes. La lengua es también una casa. De forma consciente o no, yo intentaba abrir carreteras rumbo a otra forma de habitar el mundo, mientras aún vivía en mi casa de la infancia.

El foso biográfico que me separaba de mis padres aumentaba cada año escolar, con cada medalla en olimpiadas matemáticas o de astronomía y con cada entrevista para periódicos y televisiones de la región, atentos a reflejar los logros académicos de aquel niño del interior, hijo de trabajadores, alumno de colegio público y después becario.

Incluso sin entender del todo lo que significaba cada una de esas conquistas, mis padres las celebraban siempre más que yo. Le contaban mis hazañas a cualquier persona con la que hablaran, en la fila de la panadería, en salas de espera o en conversaciones después de misa. Mi madre guardaba en una carpeta azul todos aquellos reportajes, medallas y diplomas; mi hermano convivía con las comparaciones constantes («¿Cuál de los dos es el inteligente?»); mi padre vendía papeletas y pedía dinero a amigos como ayuda para algunos de mis viajes.

Tardé mucho tiempo en entender que mi éxito escolar no era solo mío, sino una especie de proyecto familiar.

GANAS DE VER

Volvieron las golondrinas
y yo también volví.

TRIO PARADA DURA,
«Las golondrinas»

Entre los quince y los veintidós años, mi padre trabajó en un taller de vehículos pesados. El abuelo Joanim llevó a mi padre al taller de Ítalo y preguntó si el mecánico italiano tendría trabajo para su hijo mayor, ya un hombre. Ítalo era un tipo bajo, cabezota, de brazos fuertes y cara colorada, un señor que exhalaba un intenso olor a aguardiente y a tabaco. Enseñó a mi padre a reparar motores, soldar chapas de coches, resolver problemas mecánicos, construir escuadras de metal. Hasta hace pocos años, el portón del local donde había estado el taller era el mismo que construyó e instaló mi padre cuando trabajaba allí, y él no perdía la oportunidad de comentarlo cada vez que pasábamos cerca.

Mi padre vivía rodeado de hombres mucho más mayores que él, compañeros o clientes que llevaban los tractores y camiones al taller para repararlos. *Allí había mecánicos con ocho, diez, quince años de experiencia que nunca habían montado un motor. Yo con dos años ya empecé a montarlos. Me enamoré de la mecánica.*

Fue también allí donde empezó a componer su novela de aprendizaje como joven de una pequeña ciudad del interior en los años cincuenta. Además de trabajar, bebía y fumaba con los

compañeros mayores en el bar de doña Iolanda, justo enfrente del taller. Allí tuvo un coma etílico que se convirtió en leyenda familiar: a los diecisiete años, tras reparar un enorme motor alemán de una fábrica de cerámicas, tarea que muchos compañeros consideraban imposible, se agarró una tajada que lo dejó tres días inconsciente en el hospital. Mi abuela Demétria lloraba al lado de la cama, convencida de que perdería a otro hijo.

El taller de Ítalo era también un lugar para oír y contar historias. Al viejo, con su fuerte acento, le gustaba compartir recuerdos de la infancia: apariciones del diablo en la orilla de un río, el sonido de las bombas y los tiros en tiempos de guerra, leyendas de la vida rural en el sur de Italia.

Mi padre escuchaba allí los relatos de los camioneros. Trabajadores anónimos, muchos de ellos de fuera de la ciudad, de paso rápido por Jaú, que necesitaban revisar sus vehículos antes de volver al asfalto. Fueron ellos y sus historias los que le hicieron despertar a otros mundos y deseos.

Era un buen mecánico, aprendía rápido, me gustaba arreglar motores. Pero cuando llegaba al taller algún camión, los camioneros empezaban a hablar de sus viajes. Y me fue gustando, quería saber cómo era aquello. Ganas de ver, de conocer los sitios, de probar aquel sufrimiento del que hablaban, vivir la aventura. Y me fui aventurando.

Ser camionero en aquel momento era aferrarse a la esperanza de progresar económicamente como profesional autónomo. La profesión ofrecía la promesa de que un hombre joven (casi no había mujeres en el sector) podía convertirse en una especie de pequeño empresario, sin la necesidad de un título de enseñanza secundaria o del apoyo económico de unos padres adinerados o del Estado.

Entre los años 1960 y 1980, pocos conductores trabajaban para empresas de transportes. Gran parte de los profesionales conducían sus propios camiones, por lo general pagados en decenas de plazos

que raramente satisfacían hasta el final. Así le pasó a mi padre, conductor autónomo durante treinta años y siempre con recibos por pagar. El camión envejecía rápidamente en las precarias carreteras de la época; los conductores tenían que cambiarlo por otro nuevo o invertir en costosas sustituciones de piezas para poder atravesar las grandes distancias del país por carreteras sin asfaltar, llenas de baches, trechos con vegetación, tramos en obras y otros obstáculos.

Conseguir crédito era fácil y las marcas internacionales no dejaban de sacar nuevos modelos. El parque industrial del país se expandía y la demanda de nuevos modelos de camión era creciente, sobre todo en los años del llamado «milagro económico», entre finales de los años sesenta y mediados de los setenta. Ese ilusorio «milagro» tenía en el camión su condición de posibilidad en un país continental, casi desprovisto de vías férreas y dotado de un exiguo sistema fluvial para el transporte de cargas.

El vaivén era así: cargaba en São Paulo y me iba para Boa Vista, descargaba allí y cargaba para Belém, cargaba en Belém y me iba para Recife… parábamos y buscábamos la carga siguiente. Iba dando la vuelta hasta llegar a São Paulo y después volver a casa. Así que cada vez que salía de Jaú no sabía cuándo iba a volver.

«Progreso» era la palabra mágica del gobierno militar y se medía en kilómetros de nuevas carreteras, en nuevas fábricas, aeropuertos. Progreso era nuestra enorme ballena blanca siempre huyendo y los camiones eran barcos repletos de hombres en busca de sustento, fortunas y aventuras, hombres que eran los brazos y las ruedas al servicio de los planes grandilocuentes de generales y empresarios encerrados en despachos, oficinas, cuarteles y sótanos lejanos.

El camión no era solo un instrumento de trabajo, sino una inversión que exigía años de esfuerzo e importantes préstamos. Con trabajo arduo, muchas veces implicando noches enteras al volante gracias a estimulantes químicos, el conductor esperaba acabar con el préstamo de la compra del camión y mejorar la salud financiera de su familia, comprar un terreno para hacerse una casa, llevar más comida a la

mesa, comprar muebles nuevos en las tiendas de decoración que iban abriendo por el país, ir a la playa una vez al año. Con suerte, un día podría, quién sabe, cambiar su camión por otro nuevo o más grande, o incluso dar la entrada para un segundo vehículo y soñar con una pequeña flota, convertirse en empresario, contratar conductores para sus camiones.

Pero esto raramente ocurría. *De mis amigos camioneros, solo uno se hizo rico: Braga. Montó una empresa de transportes. Entregaba piedra y arena aquí en la región. Tenía ocho o nueve camiones. Pero murió del corazón, no debía tener cincuenta años. Sus hijos se fundieron todo lo que ganó. Ya no tienen la empresa, no tienen camiones, no tienen nada.*

Los ideales del emprendimiento no son novedad entre las clases trabajadoras brasileñas. El «sueño de no tener jefe» siempre iba junto al «sueño de una casa propia» y ambos imponen riesgos para los trabajadores: el fantasma de la deuda, el tormento de los intereses, la precariedad de las redes de protección social, las sucesivas crisis económicas, la posibilidad real de perderlo todo, sin alternativa. Como autónomo, mi padre pagó durante años la seguridad social para poder jubilarse con una pensión mínima, tras décadas de trabajo extenuante.

Para ganar lo pactado, los camioneros tenían que entregar la carga en el plazo convenido. Recibían el diez o el quince por ciento al salir y con ese dinero cubrían los gastos del viaje de ida, como mucho. El resto se lo pagaban al entregar la mercancía y siempre existía el riesgo de que quien la recibía se empeñase en negociar el precio acordado inicialmente, por culpa de los atrasos, averías o por puro arbitrio. Mi padre cuenta que el flete final para viajes largos siempre parecía una buena cantidad de dinero en metálico, pero esa sensación inicial se disolvía rápidamente: los gastos de mantenimiento eran constantes, siempre había una pieza que cambiar, el combustible mordía el bolsillo, las letras del camión no terminaban nunca. Sobraba poco dinero para llevar a casa.

¿Quiénes eran esos hombres de la carretera? A pesar de la importancia de los camioneros para la vida económica del país durante el periodo de la dictadura, las aspiraciones y los desengaños de la vida al volante encontraron pocas representaciones en las artes y la industria cultural brasileña. Son pocos los personajes camioneros en series, películas y libros, y esos trabajadores no llegaron a ocupar un lugar destacado en las diversas imaginerías del país que formularon por entonces diferentes movimientos artísticos o políticos.

No se trata de una cuestión exclusiva de esa categoría, claro. Esa carencia de representaciones es síntoma de las enormes limitaciones de las élites culturales brasileñas para elaborar imágenes del pueblo que dialoguen con la vida real de los trabajadores, con sus universos culturales, sus estéticas y sus múltiples gramáticas políticas. El «pueblo» aparece generalmente en el arte de ese periodo como categoría abstracta o bajo la fórmula repetida de un «pueblo prerrevolucionario», moldeado por el marxismo del momento; o, si no, como manifestaciones de un «pueblo folclórico», rural, romántico y premoderno. En la mayor parte de los casos, los trabajadores reales, en su enorme diversidad, no responden en casi nada a esos modelos.

Fueron los géneros populares los que tuvieron que elaborar algunas de las representaciones más significativas sobre la vida de los camioneros. *Jorge, um brasileiro*, libro de 1967 escrito por Oswaldo França Júnior, llegó a alcanzar algún éxito de público y sirvió después como base para el guion de la película homónima dirigida por Paulo Thiago en 1988. Con un lenguaje bastante novelesco, libro y película retratan a un camionero de larga distancia que se enfrenta a la codicia de sus jefes y a las dificultades de la vida cotidiana en la carretera.

Más popular fue la serie *Carga pesada*, emitida por la cadena Globo entre 1979 y 1981 y después grabada de nuevo y emitida entre 2003 y 2007. Tanto la versión original como la segunda versión narraban las aventuras, amores y retos de la carismática pareja de camioneros Pedro y Bino, interpretados por Antônio Fagundes y Stênio Garcia. Pedro encarna al arquetipo del camionero como hombre libre, sin

miedo, en busca de mujeres y aventuras, mientras que Bino está en las antípodas, es realista, con los pies en el suelo, un hombre familiar preocupado por las cuentas y el futuro.

Pero tal vez haya sido la música popular el género que más ha hecho por la formación de imágenes y relatos sobre la vida de los profesionales del volante. Milionário y José Rico, pareja de las más importantes del género, grabaron «Estrada da vida» en 1977, canción que se convirtió en su mayor éxito y una de las más emitidas en programas de radio dedicados a la música popular, como los que sirvieron de música de fondo en mi infancia. Los dos cantantes representan el tipo rústico del interior, el hombre «ganador» al que le gusta mostrar su éxito económico, luciendo collares de oro, sombrero de vaquero, chaqueta de cuero, gafas de aviador y cinturón con una enorme hebilla dorada.

El nombre artístico y la performance de la pareja anunciaban una promesa de prosperidad para los que se atreviesen a enfrentar los enormes obstáculos del trabajo, la vida, la música y las carreteras. La canción sirvió también como banda sonora de la película *Na estrada da vida*, de 1980, protagonizada por la pareja y dirigida por Nelson Pereira dos Santos, un documental musical y *road movie* castizo que muestra a los cantantes en sus viajes por Brasil.

Sin embargo, la letra y la tonada triste de «Estrada da vida» parecen desafiar esa estética de la prosperidad. Anuncian que el largo camino de promesas, de la carrera incesante por alcanzar «el primer lugar» llega fatalmente a su triste conclusión, y las ilusiones de progreso se deshacen.

Por esta larga carretera de la vida
voy corriendo y no puedo parar
con la esperanza de ser campeón
alcanzando el primer lugar…

Pero el tiempo rodeó mi carretera
y el cansancio me dominó
mis ojos se oscurecieron

y el final de la carrera llegó.

Quien se acerca al narrador de la canción es el tiempo, que alcanza a todos. Presenta una visión trágica de la odisea de la clase trabajadora, pero sobre todo del camionero, a partir del cual el drama se anuncia en su literalidad.

En la canción «Sonho de um caminhoneiro», también de Milionário y José Rico, dos amigos escenifican los ideales de una legión de profesionales del volante:

Eran dos amigos inseparables
ganándose la vida y el pan
llevando el sueño de ciudad en ciudad
de ser dueños de su camión.

Con mucha lucha y sacrificio
para pagar al día su obligación
se realizaba el sueño finalmente
el empleado pasa a patrón.

También en esta canción se impone la tragedia, y esta vez no de la mano del tiempo, sino de su abrupta interrupción en la forma de un accidente que trunca la historia de uno de los camioneros:

Pero el destino cruel y traicionero
marcó la hora y el lugar
la lluvia fina y la pista mojada
con una carreta se fue a chocar.

Muere uno de los amigos cuando los plazos del camión que habían comprado en cooperativa estaban a punto de acabar y su esposa estaba embarazada de su primer hijo.

Entre los años sesenta y los noventa trabajé por todo Brasil, es imposible

acordarse de todas las obras. Llevé material al Aeropuerto Internacional de Manaos… Trabajé allí un tiempo. En aquella época no había carretera. Para llegar a Manaos tenía que meter el camión en una embarcación en Porto Velho y bajar el río durante cinco días. También trabajé en el Aeropuerto Internacional de Guarulhos. Moví mucho material en la carretera de Mogi das Cruzes a Bertioga cuando la estaban abriendo, asfaltando. Trabajé en la carretera de Imigrantes y también en la de Bandeirantes.

Llevé mucho material a Angra dos Reis cuando estaban haciendo la central nuclear. Ayudé a abrir la Transamazónica: llevaba material, me quedaba unos veinte días o un mes haciendo lo que fuera y volvía. Ayudé a echar el asfalto de la Belém-Brasília, trabajé allí cinco años cuando aún era una carretera de tierra. También en la central de Tucuruí, en Pará. También llevé material a Itaipu. En Serra Pelada, en los años setenta y ochenta, los camioneros llevaban material para abrir la tierra y sacar el oro: piezas de tractores, herramientas para hacer agujeros en la tierra, mercurio, bombas para sacar agua.

Trabajé en sitios buenos y en sitios horribles.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, Brasil crecía un ocho por ciento anual, las periferias de las ciudades se expandían con favelas y barrios construidos por sus propios habitantes, algunos salpicados de promociones de viviendas de la Cecap, Cohab y por pequeños edificios del BNH.[1] Los trabajadores se echaban a la espalda el crecimiento de la economía para poder pagar los plazos de los vehículos, comprar ladrillos y cemento para construir por fin la habitación de sus hijos o terminar de pagar un terreno en alguna periferia de las ciudades que crecían con el trabajo de sus manos. Esa clase proletaria urbana, mal pagada y en frenética expansión desde los años cuarenta, tenía que dedicar sus fines de semana y festivos a construir sus propias casas y las casas de sus amigos y parientes, muchas veces ayudándose los unos a los otros y sin ayuda de profesionales titulados o del poder público.

Artículos de consumo industrializados y atractivos poblaban por

primera vez el mundo de las clases trabajadoras, un universo hecho con azúcar y colorante, plástico y transistores, metal y gasolina. Llegaban promesas de colores con las telenovelas de Globo, páginas de semanarios y fotonovelas, en la fantasía de coches veloces y amores melosos de Jovem Guarda. Sueños de convertirse en clase media que la retórica del «milagro económico» ayudó a difundir en aquellas décadas en que la política oficial generaba un aumento vertiginoso de la concentración de la renta, de la deuda pública y la desigualdad urbana.

El dinero tiene una vida diferente en cada mundo social en que circula. Las clases populares tienen mucho menos pudor en hablar sobre cuánto se gana y se gasta, cuánto se paga de alquiler, el valor de automóviles o cuánto debe un pariente a algún usurero. Un individuo puede ver su valor reconocido por diversos motivos, es verdad, pero uno de los mejores es ser considerado como «un triunfador» gracias al trabajo duro y no por engaños o robos. La ley fundamental —«No sea un granuja»— opera como principio esencial para la evaluación de la riqueza o los infortunios de los demás y de sí mismo.

Durante años, mi padre me preguntó cuánto ganaba, cuánto pagaba de alquiler, cuánto había gastado en un viaje, comprando libros o en mi móvil nuevo. Siempre dudé si responder. Tocaba mi orgullo mantener esa parte de mi privacidad, lejos de sus ojos y de los de mi madre. Mi actitud es radicalmente opuesta a la forma como ellos tratan las cuentas: en casa de mis padres, el dinero no es una abstracción, sino un objeto físico presente que pasa de mano en mano, puesto que no usan nunca tarjetas de débito o crédito y lo poco que sobra de sus pensiones siempre ha estado en un tazón metálico en el armario de la cocina, al alcance de cualquiera de nosotros que necesitase hacer alguna pequeña compra.

Solo respondí a la pregunta de cuánto ganaba cuando empecé a escribir este libro. No sé exactamente la razón. Tal vez porque solo entonces entendí que saber el sueldo de alguien tenía un sentido muy diferente para mí y para mis padres. *Te pregunto sin ningún interés, es*

por orgullo.

La palabra «lodazal» aparece con sorprendente frecuencia en los relatos de mi padre. Los lodazales dominan sus recuerdos de las carreteras más que cualquier otro paisaje.

Las carreteras, la mayoría eran de tierra batida, polvo, charcos de barro. Se formaba un lodazal en época de lluvia que a veces te quedabas cinco, seis, siete días sin poder mover el camión. Íbamos cinco o seis camiones juntos y cuando uno se atascaba, que no salía, había que amarrar dos o tres camiones para tirar de él. Como para olvidarlo. De los sitios bonitos casi no me acuerdo, porque pasas, lo ves, lo admiras y nada más. Y un lodazal, por más feo que sea, te quedas una semana ahí parado, ¿lo entiendes? Yo ponía un casete con música de entonces, charlaba con el personal para matar el tiempo. A veces había una tasca cerca y me quedaba allí echando un trago. Eso se te graba, se te queda en la cabeza, no se te olvida nunca.

Para enfrentar los retos de la carretera eran fundamentales un espíritu pragmático y una cierta inclinación al minimalismo. A mi padre siguen incluso sin gustarle los adornos, los aderezos, los excesos. *Afeminado*. Para él, las cosas tienen que ser lo que son, sin añadir muchos elementos a aquello que las define.

Por aquel tiempo lo normal era ir en bermudas, sin camisa y con una gorra en la cabeza. Era mi uniforme de currante. En los pies zapatillas, a veces descalzo si tenía que ir por el barro. Teníamos que acostumbrarnos al sol. La piel era como una cáscara gruesa. Hoy estoy viejo, la piel se ha convertido en un papel, en cuanto me doy un golpe empieza a sangrar.

Pienso en esa forma de ordenar las cosas y en el propio trato del cuerpo como una estética pragmática que todavía sigue: las plantas ocupan demasiado sitio dentro de casa, los adornos encima de los armarios solo sirven para llenarse de polvo, los ingredientes complejos no son mejores que el ajo y la cebolla, la ropa sirve para abrigarnos, por lo que se quita la camisa cuando tiene calor, sin importarle si va a

sentarse a la mesa o a recibir visitas.

Muchos camioneros tratan el camión como una casa o como una extensión de su cuerpo. Mi padre no era diferente, pero sus decisiones sobre el equipaje o la decoración de los vehículos eran austeras. *En la cabina por aquel tiempo tenía siempre un ventilador, un radiocasete, unas cintas de música popular, de Raul Seixas, de Roberto Carlos, de Secos e Molhados, de Nelson Gonçalves. Porque la radio casi no llegaba a aquel erial… Yo no era mucho de llevar frases escritas en el camión. La única frase que puse en el parachoques era así: «Mis cualidades tapan mis defectos». Era una frase de una canción de por entonces, creo que de Roberto Carlos. Jaques, que era un cachondo, al ver la frase me preguntó: «Didi, ¿de qué cualidades hablas?».*

Cuando estuve en Rusia para participar en una Olimpiada Estudiantil de Astronomía, en 2002, fui en autobús a uno de los observatorios que visitamos, un radiotelescopio construido en los años sesenta. Era un equipo con unas dimensiones asombrosas. Durante bastante tiempo fue uno de los más modernos del mundo y varios descubrimientos sobre la radiación de fondo del universo y la composición de las estrellas se realizaron allí. En radiotelescopios como aquel, la radiación que viene del espacio se refleja en paneles que forman un gran círculo, como un estadio ovalado hecho de placas con inclinaciones ajustables. Los rayos son captados por un receptor localizado en un vehículo que hay que poner en el punto de captación, dependiendo de qué parte del cielo se quiera observar y de la inclinación de los paneles. Para definir la posición de parada de esos cochecitos, los científicos rusos usaban viejas cintas métricas amarillas puestas en el suelo, objetos sencillos, baratos, de esos que tiene mi madre en casa y que se encuentran en cualquier armario. Sirven perfectamente para ese fin, aunque no queden bien en la foto y transmitan una sensación de improvisación y precariedad en un espacio que, por lo demás, parece salido de una película de Tarkovski.

Después, al subirme de nuevo en el autobús de tiempos soviéticos, vi que las salidas de aire caliente estaban hechas con tubos de PVC

cortados. Igual que las cintas métricas en el suelo del radiotelescopio, los tubos hacían lo que se esperaba de ellos. Pensé de inmediato en mi padre, que seguramente habría resuelto esos problemas con el mismo desdén por la estética que estaba en el origen de mi sorpresa. Creo que, si él hubiera estudiado, sería un ingeniero de tipo soviético.

Le gustan los platos hondos y usa cuchillos de mesa para separar los dientes de los tenedores: es más fácil pinchar la comida así, con los tenedores retorcidos como una mano abierta.

Todo camionero debe tener una inclinación al funcionalismo estético. Un camionero tiene que saber resolver problemas —lo que no quiere decir que no aprecie la belleza—, pero es consciente de que lo más importante es que las cosas funcionen y, si funcionan, no es necesario adornarlas o añadirles capas. Tal vez convertirse en clase media sea aprender a añadir capas.

Eran finales de los años setenta. Tiempo de lluvia, a mediados de diciembre. Descargué en Porto Alegre una carga de castañas que había cargado en Belém, y el tío me dijo: «Jaú, tengo una carga de vino para llevar a Boa Vista». «¿Para cuándo?». «Para Nochebuena». «No da tiempo —le dije—, faltan cinco días para Navidad y hasta allí se tardan nueve o diez días, más todavía con todo el lodazal».

Estaba loco por descargar en Porto Alegre y llegar para pasar la Nochebuena en casa. Él siguió fastidiando, fastidiando… y después me dijo: «Mientras te decides voy cargando el camión». Ahí me cabreé. «¿Que qué tienes que llevar?». «Garrafones de 25 litros de vino. Es una carga de seis mil kilos», dijo. Mi camión era de aquel año, en el 77 las cosas eran así; le había puesto unos amortiguadores grandes para que fuese suave, porque en el norte solo había baches.

El tío dijo: «¿Vas o no vas?». Dije: «Sí, pero voy a llegar después de Navidad». «Están sin gota de vino en Roraima —dijo—, si llegas después de Navidad, el flete es tanto, pero si consigues llegar en Nochebuena, te doy tanto más. Y si por el camino solo se te rompen diez garrafones o menos, ganas esto más».

Cargó el vino. Salí por la tarde, atravesé el estado de Rio Grande do Sul,

el estado de Santa Catarina. Estaba a punto de amanecer cuando llegué al estado de Paraná. Eran las cuatro de la mañana. Paré un rato, me dormí, cuando me desperté eran las ocho y media. Sabía que no iba a llegar, no había forma de llegar.

Hasta allí era carretera asfaltada, era tranquilo. Crucé el Paraná, entré en el estado de São Paulo, para comer estaba cerca de Sorocaba. Comí en veinte minutos, me monté en el camión y ¡palante! Ahí empecé a pensar y me agarró el bicho de la ambición: si llego a Cuiabá por la tarde, creo que me puedo arriesgar a llegar a Boa Vista para Navidad.

La carretera nos confunde. Parece que cuando más lo necesitamos, a veces sale todo mal, pero a veces sale todo bien.

Comía, llenaba el depósito, no había nadie. Otras veces cogía un sándwich y me lo iba comiendo por el camino. Todo iba bien.

Llegué a Cuiabá. Me duché, cené y pensé: Voy a dormir en Jangada, que es un pueblecito sesenta kilómetros más allá de Cuiabá. Allí ya era carretera de tierra. Salgo de madrugada y voy a intentar llegar a Boa Vista.

Llegué a Jangada, dormí y al día siguiente salí bien temprano, seguí, llegué casi a Porto Velho. Todo tierra, barro, charcos. El peligro era el lodazal del Amazonas hacia delante. En cuanto llegué a Porto Velho me dormí, al día siguiente fui en barco hasta Manaos. Allí me esperaban ochocientos kilómetros de una carretera que tenía un asfalto de una anchura así, tenías que ir por en medio de la carretera, no cabían dos camiones.

Llegué en barco a Manaos, crucé la ciudad y ya dormí en la salida hacia Boa Vista. Me quedaban seis trayectos que hacer en barco. Hasta el final ya no había más puentes.

Ahí un poco más adelante, ya en Roraima, llegué al sitio de la reserva de indios, que había que pasar dos o tres camiones juntos. El camión que estaba delante esperando era más ligero que el mío, estaba casi vacío, correría más que yo si fuese necesario. Pero el conductor me dijo: «Vamos juntos, Jaú, vamos juntos, hace dos horas que te estoy esperando». Nunca me había visto, ¿te lo puedes creer? Era de Goiânia o de Anápoles, y me habló bromeando, para apoyarme y para que fuésemos juntos. Cuando salimos de la tierra de los indios, él aceleró y siguió solo, y yo continué sin

parar.

Cuando eran las seis y media o siete de la tarde, aparqué en un supermercado de Boa Vista. Día 23 de diciembre.

Era un buen supermercado, el más grande de Boa Vista. Al día siguiente era Nochebuena. El dueño me pidió que dejara el camión en el aparcamiento, «Mañana temprano va a ver lo que vamos a hacer con la carga».

Ese mismo día cogieron una furgoneta con un altavoz encima y fueron anunciando por toda la ciudad que había llegado vino a Boa Vista. La furgoneta estuvo dando vueltas hasta la medianoche. Al día siguiente estaba así de gente. En menos de tres horas, el camión estaba vacío. Y solo se me habían roto ocho garrafones.

Así que pasé el día de Navidad allí, en una gasolinera. El día 26 fui a buscar alguna carga que llevar a Manaos, pero no había nada. Volví de vacío, pero cargué para Porto Velho y de Porto Velho para São Paulo. Estuve unos cincuenta días en la carretera. Tu madre debe acordarse de esta historia, éramos novios, le traje un regalo de Boa Vista.

Además de la fuerte ética del trabajo, del honor tradicional masculino y del pragmatismo, los camioneros dependían de otros dos recursos preciosos: el compañerismo y la credibilidad. Poder contar con la confianza de intermediadores, compañeros y dueños de surtidores de gasolina era una moneda de enorme valor, capaz de traer oportunidades de trabajo y de ayudarles en situaciones complicadas.

Llevaba una carga de nueve mil kilos de judías a Acre. Allí en Mato Grosso entré en la vegetación, en un trozo que no tenía carretera, teníamos que ir por en medio del campo. No llevaba ni un kilómetro cuando el camión cogió un hormiguero. Las hormigas se comen toda la tierra por debajo; por encima parece que está normal, pero por debajo está hueco. Cuando el camión cogió el hormiguero, se atascó hasta hundirse. Atamos tres o cuatro camiones por delante del mío y nada, no podíamos moverlo. Tuvimos que sacar la mitad de la carga que estaba en mi camión, tendimos un toldo en el suelo para que no se mojasen las judías y pusimos la mitad de la carga encima. Ahí, solo con media carga, los cuatro camiones

pudieron tirar y salí del hormiguero. Qué tuvimos que hacer: seguir hasta llegar a carretera firme, poner la media carga que estaba dentro del camión en el suelo, volver a buscar la parte que había dejado atrás y volver a la carretera para cargar el resto. Tardamos un día y medio en sacar el camión del agujero.

Los camioneros que hacían con frecuencia un cierto trayecto y paraban en las mismas gasolineras solían conocerse, aunque se viesen pocas veces al año y no pudiesen comunicarse entre un encuentro y otro. Esos conocidos, amigos del asfalto, avisaban sobre peligros en la pista, hablaban de otros amigos comunes, compartían oportunidades de trabajo. Y, claro, eran también compañeros de bebida y juerga. Eran el principal apoyo para que los camioneros soportasen una condición esencial de su trabajo: las largas horas de soledad.

En aquella época era muy difícil encontrarte a conocidos, estaba todo muy lejos. A veces te tirabas un día entero y no veías un alma, ni un camión en la carretera para cruzar unas palabras. Pero daba gusto cuando cada vez que te cruzabas con el camión de un conocido, parabas y te quedabas diez o quince minutos charlando, se hacían buenas amistades.

También era fundamental tener la confianza de los dueños y gerentes de las gasolineras. La gasolinera junto a la carretera era toda una institución en la vida de los camioneros, al mismo tiempo restaurante, pensión, taller, bar, burdel, baño, plaza pública, central de comunicaciones y punto de negocios. Los conductores experimentados creaban relaciones de confianza con esos propietarios y trabajadores, lo que les permitía llenar los depósitos de fiado y pagar en el viaje de vuelta, cuando ya habían cobrado la mayor parte del flete.

En muchas zonas de la Amazonia, la distancia entre gasolineras era enorme, lo que obligaba a los camioneros a cargar con parte del combustible. *En la zona para arriba de Boa Vista, tenías que salir de São Paulo con un bidón de doscientos litros en el camión, además del depósito grande. Había que usar varios barcos, en aquella época casi no había puentes, y allí hay un río detrás de otro. Teníamos que llevar hacha y machete en el camión, porque siempre había árboles caídos en la carretera y teníamos que cortarlos y arrastrarlos para poder pasar.*

Las horas interminables se mataban con montones de paquetes de tabaco. Comida grasienta, embutidos, mucho alcohol. Noches sin dormir para poder hacer otro viaje. Muchos camioneros tomaban un tipo de anfetaminas muy habitual en las carreteras, además de otras drogas para mantenerse despiertos. Mi padre jura que nunca las tomó, no esnifó cocaína, ni fumó cannabis. No le creo, pero tampoco insisto.

En aquel tiempo, para ir de São Paulo a Belém do Pará, lo normal eran seis días de viaje. Y los camiones de verduras tenían que hacerlo en tres días, eran setenta y dos horas para salir de Ceasa, la central de abastecimiento, en São Paulo y llegar al mercado central de Belém, si no se estropeaba la mercancía. Iban directos, con las anfetaminas, tres días y tres noches sin dormir. Y muchas veces no podían llegar porque la carretera estaba complicada.

La radio muy alta para que no les entrase sueño: *Había un trozo de la Transamazónica que era una zona de casi quinientos kilómetros de vegetación cerrada, un túnel de selva sin ningún puesto, ni un pueblo, sin nada en el camino. Mi mayor miedo era quedarme dormido, volcar el camión, así que ponía la radio muy alta y cantaba al mismo tiempo, gritaba para no dormirme, para no volcar, no chocarme contra un árbol.*

Lo más difícil lejos de la familia eran los días de fiesta, Navidad, Semana Santa, que son las fechas en que nos reunimos, nos juntamos. Mi familia siempre ha sido grande, en las fiestas se venía todo el mundo a casa de los abuelos, y después ya llegasteis vosotros. Por más que uno quiera olvidarse, siempre se vienen a la cabeza los que están lejos y la familia que está en casa. No había manera, tenía que acostumbrarme a ponerme triste. Ahí encendía la radio, oía alguna canción que me llegaba al corazón, me traía el recuerdo de mis hijos y mi esposa, y llegaba la emoción, venía la nostalgia y yo iba dándole al camión, hasta que llegaba. Así era la vida.

Los camioneros de la generación de mi padre tenían el cuerpo

marcado por los juegos, retos y vicios de aquel mundo. Muchos sufrieron de jóvenes los más diversos males cardíacos, vasculares, ortopédicos, hepáticos. *¿Dito? Alcohólico del todo, anda por ahí tirado, ha estado tres veces a punto de morir de cirrosis. Valdir perdió los dos pies por culpa de la diabetes siendo todavía joven. En el caso de Aristeu fue un derrame, está inválido en una cama desde hace tiempo. Y Zelão también se murió, no sé de qué, pero murió joven.*

Mi padre: un infarto a los cuarenta y ocho años, cuatro puentes de safena, uno mamario, varios cateterismos. Apendicitis a los cincuenta y dos, le habían extirpado la vesícula décadas antes. Veintisiete pastillas repartidas a lo largo del día, su extensa farmacopea, como se refiere Barthes a esas prótesis químicas que acompañan al cuerpo enfermo adondequiera que vaya. Su farmacia ambulante confunde a los enfermeros, que tienen que adaptarse a ese régimen draconiano durante sus ingresos (con frecuencia no pueden y me piden a mí o a mi hermano que le demos las pastillas, quebrantando el protocolo que deben seguir, pero aumentando las posibilidades de que mi padre sea medicado de la forma apropiada).

Una crisis grave de malaria a los treinta años: *Vine con una fiebre tremenda de Rondônia a Jaú, poniéndome yo mismo la inyección que me había vendido el farmacéutico de Porto Velho. Corté un trozo de cámara de aire del camión para hacerme un torniquete y me la puse yo mismo. En Jaú me ingresaron, me hicieron un montón de pruebas y me daban medicamentos, pero no mejoraba. Aquí en São Paulo no sabían tratar la malaria. Estuve nueve o diez días en el hospital. Estaba flaco, a punto de morir, y querían abrirme para ver qué me pasaba, pero yo no me dejé operar, me escapé del hospital en medio de la noche. En aquella época las pruebas tardaban días en llegar, pero después confirmaron que era malaria. Me hicieron una transfusión de sangre, me medicaron y fui mejorando.*

La piel de la nuca tiene marcas de tumores que alguna vez le extirparon. En 2015, otro «infartito», dijo el cardiólogo, que le implantó otros tres stents. En su corazón quedó una arteria que sigue parcialmente bloqueada, pero los médicos decidieron no operarle, el riesgo era altísimo. En la pierna de la que le quitaron las arterias para

la operación cardíaca le dan unos calambres terribles que lo despiertan varias veces cada noche.

Le duelen los codos y los hombros, la gota le hincha los pies, la pierna izquierda a veces no le obedece. Dos hernias enormes adornan su abdomen. Una extraña sensación de sacudida le atraviesa la nariz y la cabeza a cada rato. Cuando le dio el segundo infarto no tuvo más remedio que aceptar jubilarse, a los setenta y dos años. Y ahora, el cáncer.

Entre los conocimientos que adquirió mi padre en sus cincuenta años de carretera está una habilidad notable para organizar cargas y volúmenes. Las cargas mal repartidas por la carrocería del camión pueden provocar tragedias. Mi padre cuenta un accidente que vio al oeste de Pará: *Fui el primero en llegar al lugar del accidente. El camionero que transportaba troncos debió de dormirse y chocó de frente con el autobús en una ladera. Los troncos debían estar mal atados y uno salió por encima de la carrocería, arrancó la cabina del camión, entró dentro del autobús y salió por la parte de atrás. Había cincuenta y una personas en el autobús. Se podía sentir el calor de la sangre deslizándose por el asfalto. Por aquel tiempo pasaba por allí un autobús al día o cada dos días y llevaba gente hasta encima del techo. Fue allí donde se produjo la tragedia y solo quedó un pasajero vivo. Ese que no murió se volvió loco, pasó el resto de su vida en una gasolinera allí cerca; la gente le ayudaba, él a veces barría el patio del puesto, a veces no hacía nada. Y los que vivían en la zona clavaron unas cincuenta cruces blancas al borde de la carretera, en el punto del accidente. Cuando fui a Pará con tu madre, en nuestra luna de miel, llegué a hacer una foto de esas cruces, pero ella la tiró, no le gustaba.*

Así que hay que saber poner las cosas en su sitio. Las exigencias de las cargas le otorgaron algo así como un doctorado honoris causa en geometría aplicada. Llenar un simple carro de supermercado delante de mi padre es una tarea ingrata, ya que cualquier intento de organización está siempre lejos de las expectativas cartesianas que impone, como si la división de aquel espacio entre cajas de leche, huevos, verduras y productos de limpieza fuese una cuestión de la más

alta importancia para el destino de la humanidad.

La enfermedad, lo aprendimos enseguida, no respeta ninguna geometría. Desafía nuestra capacidad mental de visualizar los caminos por los que navegan fluidos, de mapear la superposición de los órganos, de imaginar los pliegues internos y comprender los límites del tumor.

El urólogo nos enseña en el ordenador una masa enorme, «tres veces más grande de lo normal», que presiona los intestinos y ya invade la vejiga. La colosal próstata aplastaba la uretra, impidiendo que la orina llegase a su destino natural. Se impone una nueva operación, un «raspado de próstata». El procedimiento no corrige la vejiga, que se ha convertido en un órgano musculoso gracias a los años de entrenamiento involuntario para vencer los bloqueos impuestos por la próstata. Mi padre pasa de una fatal incapacidad para orinar a la incontinencia, resultado insatisfactorio para una compleja ingeniería de bombas, depósitos, canales y fluidos en sus partes bajas.

Ese cuerpo pertinazmente antieuclidiano gana nuevos pliegues, orificios, cavidades, arrugas. Formas carcomidas por el tiempo o moldeadas por las manos de cirujanos. En su cuerpo enfermo, esas vías sinuosas, las vesículas flácidas y la materia rojiza se extienden fuera del cuerpo, se conectan a bolsas, canales y sondas, apéndices industriales que, moldeados por nuestras limitadas inteligencias cartesianas, parecen tan extraños cuando se acoplan al cuerpo orgánico y sinuoso. Pegatinas cuadradas, bolsas con cierres herméticos, ventosas de goma, intentos sintéticos de poner orden en aquello que es visceral, escatológico, propio de esa dimensión viscosa de lo humano que nos resulta tan familiar pero que escapa a nuestra capacidad de expresión. Como si la palabra solo pudiese surgir cuando aceptamos la farsa de que no somos intestinos, uretras, próstatas, orina, piel, pelos y mierda, como si la civilización solo empezase a existir cuando escondemos esos pliegues y materias prohibidas que nos ponen ante nuestra condición última de animales.

Desde el tobillo hasta la ingle izquierda, mi padre tiene las señales de haberle quitado los vasos sanguíneos para remendarle el corazón e incisiones de los varios cateterismos. En el abdomen, cicatrices de la operación de amputación del apéndice y el estoma color carne rodeado por una hernia horrible; una enorme cicatriz rosada en medio de la barriga, producto de una operación de vesícula décadas antes. Otra señal blanca y fina le divide el pecho. Recuerda las otras señales, invisibles a observadores externos: la operación de fimosis, dos operaciones de cataratas y el trayecto interno del raspado de próstata. De los pies a la garganta, las cicatrices dibujan el eje vertical de su cuerpo, un meridiano que lo corta por en medio como una carretera rasgada en la piel.

NESTOR

La persona con la que más he viajado ha sido un camionero de aquí de Jaú, mi amigo Nestor. Me ayudaba en todo lo que necesitaba en la carretera y yo le ayudaba a él. Fue mi compañero en los primeros años de viajes, cuando estaba aprendiendo la profesión y conociendo el país. Descubrimos muchas cosas viajando juntos.

Murió joven, el pobre. No tenía cincuenta años. Ya hace un tiempo que se marchó. No sé de qué murió, no. Tenía problemas de salud, estaba siempre malo. Solo sé que murió demasiado pronto.

Con él vi el ET al norte de Mato Grosso, allá arriba, casi en la frontera con Rondônia.

Aquella carretera no tenía movimiento, estaba muy oscura. Era una noche sin luna y la carretera no tenía iluminación, ninguna ciudad en el camino. Cada uno en su camión, Nestor y yo.

Cuando iba a mitad de camino, empezamos a ver cuatro lucecitas rojas andando, en medio de la vegetación, bordeando la carretera, como si fuesen las luces de un avión cuando está haciendo una curva en lo alto. Pero las luces estaban bien bajas, cerca de nosotros, e iban a la misma velocidad. Nos estaban acompañando.

Nestor y yo lo vimos. Mi camión iba delante. Seguimos media hora, cuarenta minutos. Puse el camión al lado del suyo y le dije: «Nestor, ¿lo estás viendo?». «Sí, lo estoy viendo hace rato, iba a hacerte señales para que parases». «¿Qué será? ¿Qué no será?». Bueno, que sea lo que Dios

quiera, nos marchamos.

Continuamos un rato más hasta llegar casi a una torre de Embratel que estaba allí delante. Pero, antes de llegar, las cuatro luces cruzaron la carretera por encima de nosotros. Cruzaron la carretera y se quedaron más o menos a unos cien metros de la calzada. La misma distancia que tenían por el lado derecho, cruzaron y pasaron al lado izquierdo. Y se pararon. En aquel momento, Nestor estaba delante, yo paré unos veinte metros detrás de él.

Nos bajamos y nos quedamos mirando. Cuando paramos ya no eran solo las luces: había también un ruido que ni un viento muy fuerte, como si fuese el ruido de un motor de máquina de soldadura.

«Dios mío, ¿qué será? ¿Qué no será?».

Nos quedamos quietos mirando las luces, hablando entre nosotros, asustados. Y entonces vimos una figura que salía de las luces y venía hacia nosotros.

«¡Mira eso! ¿Lo ves, Nelson, lo estás viendo?».

Parecía un hombre con una capa larga que venía hacia nosotros. Nestor dio un salto al camión y «¡Vámonos, vámonos!». Saltó y salió, su camión estaba al lado, pero para recorrer yo los veinte metros hasta mi camión, chico… Parecía que hacía un día que estaba corriendo y no llegaba. Para mí que aquel bicho me iba a coger y me iba a llevar con él.

Salimos disparados con los camiones. La luz anduvo un rato más detrás de nosotros y desapareció. Se apagó y no la vimos nunca más. Ni a la figura, ni la luz, ni el ruido. Todo acabó en nada.

Llegamos al pueblecito cercano a la torre sobre las tres y media de la mañana. Paramos los camiones, nos dormimos.

Allí descubrimos que aquel trecho tenía fama de estar encantado.

Al día siguiente hablamos con un tío del bar de allí cerca y nos contó que en aquella carretera había muerto mucha gente en accidentes de coche, de autobús… Había cruces a ambos lados de la carretera. Un japonés que iba con su familia se salió y murió, él, su mujer y un hijo, hacía poco tiempo.

Nos dijo que por allí había un espíritu que se aparecía para asustar a los

conductores. Pero yo no me lo creo. No había nada encantado, aquello no era un fantasma.

Lo que vi, lo que no vi, no lo sé.

Después hablé muchas veces con personas que saben y creen que era un extraterrestre. Incluso, quien habló conmigo y me confirmó que era un ET fue el padre Luiz. Le conté la historia como te la estoy contando y él me dijo: «Puedes tener la seguridad de que era un extraterrestre que os estaba persiguiendo».

Una pena que mi amigo Nestor se haya muerto. Si no, confirmaría esta historia exactamente como te la estoy contando.

Fue Nestor quien me enseñó a hacer churrasco en el escape. Encima del escape del camión hay una placa que llega a ponerse al rojo vivo. Dentro del motor, no en los tubos que echan el humo fuera. Es una pieza acoplada al motor, de hierro fundido, cóncava, que da para poner un kilo o dos de carne. Atabas allí una pieza de carne por la mañana y cuando parabas al mediodía para comer el churrasco estaba listo. Delicioso, delicioso. O hacía la comida al mediodía y llenaba una marmita pequeña para la cena, pero para no tener que hacer fuego por la noche, abría el capó del camión, cogía la marmita, la ponía encima del escape, que aún estaba caliente cuando nos parábamos al anochecer. Me daba tiempo a ducharme en la gasolinera, echaba un trago, volvía para coger la marmita y seguía caliente. Así era la vida.

Él empezó a conducir antes que yo, era algo mayor, Nestor. El tío Nerso está muerto, Nestor está muerto, Jaques está muerto. Laércio también, se murió de tanto beber. Bebía en casa, en el bar, en el camión. Bebía, bebía, bebía.

Creo que de todos aquellos amigos solo debemos quedar otros dos y yo.

SELVA Y SELVA

> ¡Quiero mi teatro de ópera! ¡Quiero mi teatro de ópera! ¡Esta iglesia no abre hasta que esta ciudad tenga un teatro de ópera!
>
> WERNER HERZOG,
> *Fitzcarraldo* (1982)

A las tres de la tarde del 19 de agosto de 2019 ya no se podía ver la luz del sol en São Paulo. Yo discutía con mis alumnos *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, el ensayo clásico en el que Karl Marx analiza cómo diferentes grupos populares y élites reaccionarias fueron movilizados por un líder, hasta entonces visto como estúpido y vulgar, para establecer un gobierno autoritario en Francia, en diciembre de 1851. Al principio del libro, Marx presenta la célebre idea de que todos los hechos y personajes de la historia se escenifican dos veces, «la primera como tragedia, la segunda como farsa».

Si Marx hubiera estado allí y hubiera querido ilustrar su tesis sobre la repetición en la historia, podría haberles pedido a los alumnos que mirasen a través de la ventana: una nube oscura y sucia invadía el cielo de São Paulo. Como el ángel de la historia benjaminiano, el monstruo de color ceniza nos invitaba a observar los escombros del pasado y la estúpida insistencia de volver a escenificar nuestra catástrofe bajo formas cada vez más trágicas. Aquella manta sombría era la encarnación exageradamente didáctica de nuestro presente

funesto y de nuestra historia de devastación. Resultado de una temporada de incendios criminales en la Amazonia y en el centro-oeste, la nube condensaba alegóricamente la acelerada destrucción de las selvas, los crímenes socioambientales que crecen sin parar, mares de residuos que se llevan aldeas enteras, el envenenamiento por mercurio de los pueblos indígenas amazónicos y una elección presidencial que transformó toda forma de tragedia en motivo de celebración.

En el cielo ceniza de São Paulo, la tragedia del pasado se unía a la farsa autoritaria del presente y presagiaba un futuro de ruinas.

Los primeros recuerdos que tengo de la selva amazónica, de sus ríos y carreteras, de indígenas y ribereños, provienen de las historias de mi padre. Los relatos de sus viajes por la región ayudaron a componer mi vocabulario infantil, mi geografía sentimental, la mitología de un padre viajero y de un país que parecía infinito.

Para conducir camiones por la Amazonia, en la época en la que estaban abriendo todo aquello, tenías que ser un aventurero. Casi no había restaurantes y mercados, solo aquellos pequeños colmados junto a la carretera. La comida más fuerte que tenían era harina de mandioca. Pescado tenían mucho, pescado seco de todo tipo. Tenían mucha caza de la selva. Pacas, armadillos, agutíes, venados, carne de anaconda, nos alimentábamos de esas cosas. La propia compañía que construía la carretera tenía un equipo de cazadores para conseguir comida para comer y poder trabajar. Por aquella época estaba empezando a llegar mucha gente del sur, de Mato Grosso, del nordeste, pero aumentó mucho más cuando se abrió la carretera. Ahí se veía llegar gente de verdad.

La carretera Transamazónica (BR-230), proyecto megalómano de conectar por tierra los océanos Atlántico y Pacífico, prometía elevar el país a una posición de grandeza, a principios de los años setenta. La carretera, de más de cuatro mil kilómetros en sentido este-oeste, atravesaría seis estados, del Atlántico del nordeste a la frontera con Perú, con la promesa de ser el gran corredor por donde llegarían trabajadores del nordeste y de donde saldría madera, oro, ganado y

productos agrícolas cultivados en tierra de selva deforestada.

Cuando yo era niño, pensaba en la Transamazónica como «la carretera de mi padre».

La construcción de enormes obras de infraestructura ganó aliento a principios de la década de los setenta, el periodo más sangriento de la dictadura, entonces bajo el mando del general Médici. El gobierno anunciaba la Transamazónica como una realización milagrosa de la ingeniería nacional que garantizaría la ocupación de la región norte de acuerdo con la Doctrina de Seguridad Nacional, promoviendo el desarrollo acelerado del país, la protección contra invasores extranjeros y la solución para la pobreza y las tensiones rurales del nordeste.

En el lenguaje de la época, la obra faraónica conectaría a los «hombres sin tierra» del nordeste con la «tierra sin hombres» de la selva. Había que ocupar, penetrar en el «infierno verde», «integrar para no entregar». Médici describía la construcción de la carretera como «la mayor aventura vivida por un pueblo en la faz de la tierra». En la inauguración de uno de los tramos de la obra, en 1972, el ministro de transportes de entonces, Mário Andreazza, declaró: «Por fin se puebla la Amazonia. Se amplía Brasil. La patria tiene más grandeza. Y sus hijos, más confianza en su propio destino».

Las carreteras fueron la punta de lanza de aquella agresiva empresa y mi padre uno de los miles de trabajadores ocupados en su construcción. Transportó piedras, arena, grava, provisiones y elementos básicos para los obreros y para los militares que vigilaban los progresos. Muchas veces lo contrataron para llevar soldados del ejército en el camión. La triste ópera del progreso en aquella Amazonia arrasada la escenificaban motosierras y ametralladoras, timadores y guardaespaldas, soldados y jóvenes prostitutas, camioneros y pequeños agricultores en busca de tierra y trabajo, trabajadores a destajo, gente pobre de allí y de otros rincones, las varias caras de nuestros condenados de la tierra al servicio de los «grandes negocios de la nación».

A finales de los años sesenta ya había muchas serrerías, pero al abrir las carreteras es cuando explotó el negocio de la madera. Cuando viajaba por Acre en los años sesenta o setenta, solo se veían filas de camiones transportando troncos. No había esto de preservar la selva, no se oía nada de eso. Cerezos, caobas, castaños… En aquellos canales contabas doscientos troncos flotando, unos atados a otros; iban flotando por el río hasta llegar a los sitios donde se podían subir encima del camión.

A los trabajadores atraídos por esas fronteras en expansión, el derribo de la vegetación se les vendía como el camino inevitable para el progreso colectivo y para una vida digna. Muchos acabaron quedándose allí a vivir, como pequeños peones en el proceso de deforestación y ocupación de tierras públicas; otros formaron las periferias de las ciudades en vías de expansión, núcleos urbanos empobrecidos, cuyas economías se sostienen hasta hoy gracias a actividades de explotación predatorias de la selva, el contrabando de minerales y largas cadenas de actividades al margen de la ley.

En todos los pueblos por los que pasábamos había serrerías junto a la carretera. Cargábamos muchos troncos de maderas nobles. Mi hermano Nerso casi solo llevaba madera de un lado a otro; yo también la llevé algunas veces. Pero me parecía que aquello era destruir. Me daba la impresión de que no era nada bueno, aunque en aquel momento nadie hablaba de eso, creían que la selva no se iba a acabar nunca. Todo estaba en marcha y teníamos que sobrevivir.

Mi padre atravesó la región de Araguaia decenas de veces a principios de los años setenta. Allí, entre el sudeste de Pará y Tocantins, la dictadura perseguía a los jóvenes revolucionarios y a los campesinos locales en uno de los episodios más sangrientos de la dictadura militar brasileña. Inspirados en las revoluciones cubana y china, aquellos jóvenes militantes venían en su mayoría del sur y el sudeste del país. Los campesinos los llamaban «paulistas» o «estudiantes».

Aquella era una región de pequeños agricultores, en su mayoría

emigrantes pobres de la región nordeste, instalados allí para huir de la miseria y la opresión del campo. En sus lugares de origen, los enemigos eran la «sequía y la valla». Otávio Velho, en su clásico estudio sobre los frentes de expansión en la Amazonia de los años cincuenta y sesenta, señala cómo esa gran masa de campesinos pobres y sin tierra veía en la movilidad geográfica la oportunidad de escapar de lo que denominaban «cautiverio»: el trabajo por el que no se recibía casi nada a cambio, bajo el mando político de los dueños de la tierra de la región nordeste y del Brasil central. Esa condición remitía al cautiverio de la esclavitud y a sus supervivencias materiales y simbólicas en la vida de aquellas poblaciones.

En la Amazonia, los forasteros fundaron pueblos y ciudades con nombres bíblicos, una sucesión de Canaanes, Tierras Prometidas, Nuevas Jerusalenes. La mayoría de esos emigrantes del nordeste en los años sesenta y primeros setenta se asentaba en aquellos territorios sin ayuda del gobierno ni ningún otro apoyo. Eso cambiaría en parte unos años después, cuando el gobierno federal creó algunos programas oficiales de «colonización» que atrajeron nuevas oleadas de emigrantes rurales, muchos de ellos del sur, seducidos por una serie de beneficios e incentivos fiscales.

La guerrilla de Araguaia, en el entorno de la Transamazónica recién abierta, fue uno de los escenarios del teatro sádico de la dictadura, insuflada por el Acto Institucional n.º 5, de 1968. De los cerca de ochenta guerrilleros, solo dos docenas sobrevivieron a la incursión de miles de soldados en sucesivas ofensivas militares entre 1972 y 1974.

Muchos de los agricultores locales de Araguaia, sin ninguna conexión política con los jóvenes opositores del régimen, fueron víctimas de la misma violencia. Testimonios de aquella brutalidad oficial aseguran que la electricidad llegó allí bajo la forma de los cables usados por los militares en sus prácticas de tortura.

Los camioneros convivían con militares en esos frentes de expansión. En los encuentros cotidianos, a veces la camaradería daba lugar a enfrentamientos y la autoridad no estaba siempre del mismo lado.

Venía cargado de Porto Velho a São Paulo. Llegamos a Pimenta Bueno, allá en Rondônia, y la carretera estaba cortada. El lodazal era tan grande de allí en adelante que no pasaba nadie, ni siquiera el jeep del ejército. Los soldados pusieron dos máquinas atravesadas en la carretera de tierra y había una fila enorme de camiones que querían pasar. Yo estaba el quinto en la fila.

Mientras estábamos allí, llovía día y noche. Sin parar.

La fila de camiones estuvo sin moverse cuatro días. Había más de cien camiones. Llegó el quinto día y ¿qué es lo que decidimos? Mañana pasamos. No podía ser de otra manera. La mayor parte estaba de acuerdo. Solo había dos soldados en el puesto y dos tractores atravesados en la pista. Pero no había cómo pasar con las máquinas.

Ahí llegó un conductor, Paulão, y me dijo: «Si quito la máquina, ¿tú pasas, Jaú?». Y le respondí que sí.

Fue para allá, quitó uno de los tractores del medio del camino. Y en eso pasamos yo, Joel, Jaques, Bastião, Catarina y Goiânia. Pasamos seis camiones.

Y se lio una buena.

Uno de los soldados saltó encima del camión y me puso el revólver en la cabeza. «¡Para o te mato! ¡Para o te mato!». Y le respondí: «No me vas a matar, no te atreves, mira la cantidad de camioneros que traigo detrás». Y no me disparó. Saltó del camión y se quedó en la carretera viendo pasar a mis compañeros. Y pasamos.

Trabajamos cuatro días y cuatro noches sin parar hasta que atravesamos los cincuenta kilómetros que había de lodazal.

Pero en esas, yo les decía a los cinco compañeros que habían pasado los primeros: «Tenemos que estar preparados, porque cuando lleguemos a Vila Rondon el lío va a ser gordo; ya nos podemos preparar para que nos den, nos detengan y hasta para algo peor». Allí había otro campamento del ejército. Cruzamos el lodazal, llegamos. El comandante del puesto militar preguntó con un vozarrón autoritario: «¿Era eso lo que queríais?». Le respondí: «Como los soldados del puesto no estaban haciendo nada, decidimos dar un paso al frente y hacerlo. Sabemos conducir en el lodazal. Donde hay agujeros cogemos un cubo, lo llenamos de piedras, cerramos el agujero y pasamos. Un camión tira de otro si hace falta. Eso es lo único

que queríamos, así que hemos cruzado el lodazal y estamos listos para seguir el camino». Él dijo: «Entonces id con Dios y que Dios os bendiga, que tengáis siempre esas ganas de trabajar».

Ahí los cinco aplaudimos de alegría y alivio, tú, porque yo creía que nos íbamos a tener que quedar allí, que iban a acabar con nosotros.

Zé, tú siempre dices que eres de izquierdas, pero ¿qué es eso?, me preguntó hace poco al oírme insultar a algún político en la televisión.

Incluso habiendo vivido muchos años de su vida en las colosales zonas de obras que servían de tarjeta postal al régimen autoritario, mi padre habla poco de la dictadura. Esa es una palabra ausente en las horas de nuestras conversaciones, como si le hubiese sido negada de alguna forma.

No puedo nombrar con mi vocabulario académico ese Brasil que emerge de sus historias. Casi nada en las palabras de mi padre remite a los relatos críticos al régimen autoritario incluidos en los libros que he leído como estudiante, investigador y profesor. Su discurso tampoco se identifica con un pensamiento patriótico, con el elogio reaccionario al régimen militar. Me hago un lío cuando intento revestir sus palabras con el glosario del debate político ilustrado y progresista al que estoy acostumbrado.

Esos relatos críticos no le llegaron de forma que tuviesen sentido, que iluminasen sus experiencias y sugiriesen otras maneras de contar su historia y la historia de su país. Cuando se acuerda de las empresas de construcción que apoyaban al régimen militar, habla de las enormes máquinas que abrían surcos colosales en las sierras del litoral o de las veces en que se encontró con *Camargo Correa, que era también de Jaú*, inspeccionando obras y clamando contra los desperdicios de piezas que veía tiradas por el suelo. Si habla de los militares, se refiere a sujetos concretos que se fue encontrando en algún rincón del país, como los soldados a los que llevó en el camión hasta Santarém a principios de los años setenta, en un trecho de carretera casi sin abrir que le costó días de viaje.

A veces se acuerda de que *hace un tiempo hasta nos daba miedo decir*

la palabra presidente. Pero no sabe decir de dónde venía ese miedo y no saca grandes conclusiones de ello. En las historias de mi padre no sale ningún Marighella, ningún Golbery, y las batallas que presenció no sucedieron en la calle Maria Antônia o en Cinelândia.

Esas cosas de la tortura, de la represión, oíamos hablar de eso de vez en cuando, pero en la carretera nunca vi nada. Cuando le pregunto si recuerda propagandas de la dictadura sobre la Transamazónica, la «colonización» de la región norte, sobre cómo los militares prometían llevar el «progreso» a esas regiones, sobre la guerrilla del Araguaia u otros episodios de resistencia al régimen, sus respuestas son siempre breves: *De eso no sé hablar.* O, si no: *No me acuerdo de nada de eso.*

La Amazonia sigue siendo una enorme desconocida para el resto del país, un Congo Belga interno al servicio de las fantasías de un rey Leopoldo urbano y del litoral. La región es la gran víctima física y metafísica de esa especie de orientalismo a la brasileña, y la Transamazónica es uno de los torpes intentos de realizar el sueño secular de «colonizar» la enorme selva, junto a otros diversos remedos de colonización: el ciclo de la goma en el siglo XIX, la carretera Belém-Brasília en los años cincuenta, la depredación sin fin del presente.

Flávio Gomes, periodista invitado por el gobierno militar para cubrir las obras, ilustra esa imaginación militar-orientalista incitada por la carretera: «Allí, en pleno corazón de la selva, un país hasta hace poco muy pobre está siendo capaz de implantar una civilización. Se está abriendo una nueva frontera, con carácter pionero, con fe y —lo que es más importante— con alegría y buen humor. Y ha de ser para siempre una frontera sólida y definitiva, que afirme nuestra soberanía en otro Brasil, que hasta hace poco solo existía en el mapa y en la codicia de los extranjeros. La lección que hemos aprendido y que me llena de orgullo y patriotismo, y me ha convencido de que, de hecho, el viejo Médici tiene razón: nadie sostiene a este país».

Bajo la mirada del colonizador, la Amazonia y sus pueblos son el corazón de las tinieblas, y la carretera es el río por donde se puede deslizar la civilización (y los beneficios). La selva y sus pueblos se

convierten en obstáculos en una marcha fúnebre del progreso interpretada por tractores, camiones, bueyes, motosierras, pólvora. Como presagió Heidegger, «la fábrica hidroeléctrica no está instalada en el Reno, como el viejo puente de madera que, durante siglos, unía dos orillas. La situación se ha invertido. Ahora es el río el que está instalado en la fábrica». La selva está instalada en la carretera, ese monumento vivo de nuestras catástrofes.

Una propaganda del gobierno militar en 1971 incentivaba la migración de ganaderos a la Amazonia, con la promesa de ayudas públicas y tierras sin fin. El reclamo principal era «Lleve su boyada al mayor pastizal del mundo».

Para hacer las carreteras derribaban los árboles con motosierras, los empujaban con los buldóceres hasta formar un camino. Cada cinco o seis kilómetros había un arroyo, un riachuelo. Uno detrás de otro. Pasábamos por el agua y salíamos al otro lado. En muchos ya había un puente: cogían unos troncos fuertes, los atornillaban. Arriesgándote a pasar por allí, llegabas al otro lado. Llevábamos de todo, material de construcción, pero también carga para empresas: máquinas de escribir, sillas, papeles, comida seca, papel higiénico, de todo. Había épocas en que a la vuelta era casi todo carga de madera, ¿no? Para São Paulo, para Rio, para Campinas, para el puerto de Santos, a donde mandaba la serrería, allí íbamos. Maderas nobles, para hacer muebles. Ya han destruido todo lo que había por allí. Solo hay pasto.

Me acuerdo de Drummond, otro narrador de nuestro colapso. Por su obra desfilan las enormes máquinas de hierro que arrasaban el entorno de la Itabira de su infancia. Drummond hace poesía de la materia concreta de las montañas de Minas Gerais, de aquellas colinas que se marchaban «en el tren-monstruo de cinco locomotoras», dejando en el cuerpo y en el paisaje el estúpido polvo de mena.

Nuestra historia de desarrollo, un cúmulo continental de pasto y polvo.

Gran parte de aquella carretera se transformó en un corredor de barro por el que transitan madera y minerales, además de soja, eucalipto, bueyes, productos de contrabando, productos narcóticos.

Desde las carreteras, colonos y hacendados abren caminos menores que penetran cada vez más en la selva, formando una estructura en forma de espina de pescado que amplía en el interior de la selva la zona deforestada producida por la construcción de la carretera. Los senderos y caminos en continua expansión invaden unidades de conservación, tierras desocupadas y territorios indígenas y quilombos que deberían gozar de la protección del poder público. Ese sistema de grandes y pequeñas carreteras conforma los corredores del derribo y quema de la mayor selva tropical del mundo, el mayor granero de biodiversidad del planeta y uno de los mayores sostenes de la regulación climática del globo. São Felix do Xingu, al sur del Pará, es hoy la ciudad del país que emite más gases de efecto invernadero, por culpa de la deforestación y de la cría extensiva de ganado. Ella sola, la ciudad enclavada en el centro de la Amazonia, contribuye más al calentamiento global que todo Chile.

La ruta de la destrucción es recurrente: primero se suele producir la tala de árboles de maderas nobles. A eso le sigue el derribo más amplio de la vegetación y quemas para la formación de pastos para la cría extensiva de ganado. La presencia de vacas o de culturas agrícolas de baja productividad favorece la falsificación de la propiedad de los terrenos, o beneficia a los ocupantes ilegales gracias a largas disputas por la regularización agraria, muchas veces patrocinadas por los grandes propietarios, empresarios y políticos. Al contrario de lo que se pensó durante mucho tiempo, gran parte del suelo amazónico es fértil gracias a la selva; sin ella, se degrada y en poco tiempo se vuelve inapto para la agricultura. En los primeros años de explotación, la región suele experimentar un rápido crecimiento económico impulsado por los beneficios de esas actividades ilegales, pero ese dinamismo raramente produce cualquier forma de desarrollo, más allá de la expoliación inicial de la selva y del suelo.

Los taladores abandonan después esas zonas y siguen selva adentro, donde se inicia un nuevo ciclo de devastación. Dejan atrás tierras

desnudas y aldeas pobres, con un patrón de ocupación que el investigador Adalberto Veríssimo ha llamado «boom-colapso». La inmensa mayoría de los 83 millones de hectáreas deforestadas —cerca del veinte por ciento de su territorio— son tierras de bajo aprovechamiento o completamente degradadas. Cerca de estos corredores de deforestación se suele dar el contrabando de minerales, el tráfico de drogas, la caza y la pesca predatorias, la prostitución infantil y la llegada de la violencia a pueblos tradicionales y sus tierras.

Territorios indígenas, quilombos y reservas extractivistas son objetivos cada vez más habituales de la incursión de estafadores, madereros, mineros y sus poderosos mecenas: prefectos, diputados, delegados, notarios, traficantes de drogas, abogados y grandes propietarios de tierras. Pero esta tragedia humana y ambiental no llama la atención de las élites de las grandes ciudades del sudeste y el sur del país, encantadas con la parte que les toca en la fiesta cínica de la economía mundial, en ese antiguo matrimonio entre desfachatez y devastación que da el tono de nuestra historia.

Allí solían decir que mataban a uno y amarraban a otro para el día siguiente…

Una vez, en Maranhão, era más o menos medianoche cuando llegamos a la aldea, había un pantano. Un puente de madera que salía de la carretera y se metía cincuenta metros para dentro. A la entrada había un bar. Pasábamos por allí para tomarnos un café, cenar o comer, era punto de parada de camioneros. Bueno, pues dije: «Nestor, ¿nos tomamos algo?». «Venga». Tenían un farolillo amarrado a un tronco en el centro del tugurio, cubierto con plantas.

Fuimos a la barra a pedir un café. Entonces miré para atrás y vi a un tío atado a un tronco. Me tomé el café. Y ahí le pregunté al hombre del bar: «¿Ese de ahí es ya para mañana?». Y me respondió: «No es nada de eso. Ese de ahí estaba incordiando, discutiendo y bebiendo; y unos tíos que estaban aquí lo han atado. Después lo suelto». Eso fue lo que me dijo, pero nos fuimos enseguida, así que vete tú a saber lo que le pasó a ese pobre.

Altamira, en Pará, la «Princesita del Xingú», ocupa habitualmente el puesto más alto en el ranking de homicidios del país. Allí se inauguró en 2011 la hidroeléctrica de Belo Monte, la tercera más grande del mundo. La fábrica es el resultado final de un proyecto elaborado inicialmente en 1974, en el apogeo de la dictadura militar. El colosal monstruo de hormigón armado provocó la inundación de tierras indígenas, destruyó la pesca tradicional de los pueblos de la región, amplió la persecución y muerte de sus líderes locales y el agravamiento de las disputas sangrientas entre cárteles de la droga. En uno de los episodios de esa guerra sin tregua mataron a sesenta y dos encarcelados durante una masacre que duró cinco horas, en el presidio de la ciudad, en 2019. Dieciséis de las víctimas fueron decapitadas. Las imágenes de sus cuerpos descuartizados recorrieron el país a través de WhatsApp.

La ciudad pasó a ser también conocida como «Capital de la Transamazónica». Desde los años sesenta, Altamira fue un laboratorio de todas las versiones perversas de los idearios de progreso y las fantasías de desarrollo rondaban la región ya antes de la construcción de la carretera.

Llevé una carga de cañas a Altamira. Fue en 1965, poco después de empezar a trabajar con el camión. Cargué las plantas de caña en Sertãozinho, que queda aquí cerca de Jaú. Iban a abrir una fábrica en Altamira, solo que no tenía carretera para llegar. Fue antes de la Transamazónica. Había que ir hasta Belém, y ahí subías el camión en una barcaza que te llevaba cerca de donde estaban montando la fábrica. Ni siquiera sacábamos el camión de la barcaza, los camiones de la fábrica llegaban con la máquina, cogía la carga de nuestro camión, la pasaba al camión de la fábrica y se la llevaba para plantarla. Cuando terminaron de montar la fábrica, ya estaba lista la labranza. Llegué a ver algún trozo de cultivo cuando se empezó a abrir la Transamazónica. Andaba por allí, pasaba cerca de Altamira y se veían las plantaciones de caña en medio de la selva.

Médici visitó esa ciudad el 9 de octubre de 1970, para conmemorar

el inicio de la construcción de la carretera. La televisión emitió imágenes del presidente inaugurando un hito de las obras y participando en el derribo de un castaño autóctono. El tronco del árbol aún estaba allí, con una placa al lado que decía: «En estas orillas del Xingú, en plena selva amazónica, el señor presidente de la República da inicio a la construcción de la Transamazónica, en un impulso histórico para la conquista y colonización de este gigantesco mundo verde».

La película *Iracema: uma transa amazônica*, de Jorge Bodanzky y Orlando Senna, estrenada en 1974, es una alegoría de las promesas traídas por la carretera. *Iracema* ponía en jaque la propaganda de la dictadura militar a principios de los años setenta. Desde su estreno, la película circuló de forma clandestina por cineclubes y universidades del país, y solo se estrenaría oficialmente en los cines brasileños en 1980, tras seis años de censura por el régimen militar.

El personaje principal de la película es una encarnación popular del desarrollismo de la dictadura militar: «Tião Brasil Grande», un camionero gaucho ambicioso y mujeriego brillantemente interpretado por Paulo César Pereio. Lo que mueve a Tião es la esperanza de enriquecerse y la confianza de que su trabajo y su astucia le asegurarán ese destino. Sintetiza las promesas del «Brasil Grande» de la dictadura, escenificadas en un paisaje estratégico: la Amazonia rasgada por la monstruosa carretera.

En una de esas escenas, Tião organiza la ontología de nuestro capitalismo de devastación: «¡La naturaleza no es madre de nada! La naturaleza es mi camión, la naturaleza es la carretera».

Las escenas de la película, descrita por sus directores como un documental de ficción, son casi todas improvisadas y la mayoría de los actores son aficionados residentes en la zona, destacando la propia Iracema que da título a la cinta, interpretada por Edna de Cássia. Iracema es un personaje con el que el protagonista tiene una relación marcada por diferentes formas de violencia: prostitución de menores, explotación de la pobreza, manipulación sentimental, abandono.

Iracema es la representación de tantas mujeres reales de la Amazonia, pero también una alegoría de la propia selva violentada por su proceso de ocupación.

De forma casi premonitoria, si en un primer momento de la película Tião transporta madera hacia São Paulo, al final pasa a transportar ganado hacia Acre. Ese giro en la trayectoria del personaje sintetiza la transformación del vector fundamental de la deforestación que opera hasta hoy.

El aspecto polvoriento de la película y las ropas de Tião —camisas abiertas hasta la mitad de la barriga o, si no, camisetas viejas con propaganda de la construcción de la carretera, cadenas al cuello, gafas de aviador y pantalones de campana— me recuerdan las pocas fotos de mi padre en la carretera.

La calzada atravesó territorios de veintinueve pueblos indígenas, provocando masacres, expulsiones, prostitución infantil y devastación de culturas milenarias. Nuestros relatos políticos más críticos con la dictadura brasileña hablan poco sobre el genocidio indígena capitaneado por la dictadura y por la organización civil que la apoyaba. Según la Comisión de la Verdad, cerca de ocho mil indígenas fueron aniquilados en aquel periodo y ninguno de ellos tiene su espacio en las versiones dominantes de la historia nacional, alimentadas por una imaginación miserablemente urbana, blanca, del litoral y del sudeste.

Las ciudades, pueblos y zonas rurales que se fueron formando como consecuencia del contrabando de minerales, de la ganadería arcaica y de la ocupación de tierras ocupan siempre la parte inferior de nuestros rankings de desarrollo económico y social. La tasa de homicidios en la zona es un sesenta por ciento más alta que en el resto del país y el desempleo entre los jóvenes es casi el doble.

La región norte de Brasil concentra un alarmante número de asesinatos de activistas y otras víctimas de conflictos rurales y forestales. Los agricultores sin tierra, indígenas y defensores de los derechos humanos aún son exterminados por los grandes propietarios,

madereros, mineros y latifundistas que manejan la política local.

En aquella época, años sesenta, setenta, el pueblo que estaba invadiendo aquello mataba. Ocupadores de tierras, garimpeiros… Matan solo por ver cómo caen, matan y matan. En Sapucaia, en Pará, el tío tenía una hacienda de esas que quitaban por la cara. Aquel hombre tenía una gasolinera, un restaurante, unas habitaciones que alquilaba, una pensioncita. Llegó un pistolero y le pegó un tiro en la cara con una escopeta del 12 que le arrancó la cabeza. Yo acababa de llegar, no se hablaba de otra cosa en la ciudad, pero cosas así pasaban todos los días.

Fue en aquellos arrabales donde la policía militar mató a diecinueve trabajadores rurales sin tierra en 1996, en lo que fue conocido como la «masacre de El Dorado de los Carajás». Las imágenes de los cuerpos ensangrentados y apilados, cadáveres anónimos estampados en los periódicos, son uno de mis recuerdos más antiguos de la violencia del Estado brasileño segando vidas a granel.

Un poco más al norte, en la ciudad de Anapu, la misionera norteamericana Dorothy Stang fue asesinada de seis tiros en 2005, ordenados por hacendados locales que la llevaban tiempo amenazando por su trabajo en defensa de la selva y de los pequeños agricultores del lugar. Muchos trabajadores rurales de la zona conservan fotografías de la hermana Dorothy en sus altares domésticos, junto a crucifijos e imágenes de santos.

Y Pedro Paulino Guajajara, indígena de veintiséis años, defensor de la selva, asesinado en 2019 por madereros en Maranhão, como tantos otros indígenas de tantos pueblos, en tantas tierras, por tantos y tantos años.

A la religiosa, a los sin tierra y a la legión de líderes indígenas muertos se sumaron el indigenista Bruno Pereira y el periodista Dom Phillips en junio de 2022, ejecutados cerca del valle del Javari por defender la selva y a los pueblos originarios.

Al igual que los árboles, los cuerpos en la Amazonia no dejan de caer.

Cada sociedad presta su colaboración a la historia universal de la

barbarie con su colección particular de escombros. Svetlana Aleksiévich, reflexionando sobre la catástrofe de Chernóbil, sugiere que «todo lo que conocemos sobre el horror y el miedo tiene más que ver con la guerra. El gulag estalinista y Auschwitz son adquisiciones recientes del mal. La historia ha sido siempre la historia de las guerras y los caudillos, y la guerra se ha convertido, como solemos decir, en la medida del horror [...]. Las informaciones sobre Chernóbil en los periódicos están llenas de términos bélicos: átomo, explosión, héroes... Y eso dificulta el entendimiento de que nos encontramos ante una historia nueva: ha empezado la historia de las catástrofes».

En verdad, la guerra no es la única medida del horror. Para muchas sociedades como la brasileña no ha sido nunca la fuente fundamental de palabras y recuerdos a partir de los cuales componer nuestra enciclopedia de la brutalidad. Nuestras catástrofes tienen otros nombres: colonización, genocidio, esclavitud, racismo, devastación ambiental. Sus instrumentos son la carretera, la valla, los microbios, los barcos de esclavos, la bala, el hacha, el cazador de recompensas en busca de esclavos, que es quizá la primera profesión de nuestra clase media en el periodo colonial.

A esos cazadores les han seguido otros hasta nuestros días, con diferentes uniformes y variaciones de los mismos caprichos sádicos; a veces, es verdad, valiéndose de perversidades que resuenan y reinventan otros genocidios, como en el simulacro de cámara de gas en el que dos policías asfixiaron a Genivaldo de Jesus en mayo de 2022, dentro de un vehículo en Umbaúba, en Sergipe, todo bajo la mirada de los transeúntes y de los nuestros.

El cáncer también sigue una lógica colonial. Ocupa territorios que no son suyos, se nutre de la materia viva y, si se deja a su propia suerte, mata a su huésped y muere junto a él. Para hablar del cáncer usamos palabras como crecimiento, expansión, colonización, metáforas espaciales de una enfermedad que es la verdadera epopeya de la ocupación del territorio del cuerpo, un *Fitzcarraldo* biológico que todos podemos producir como parte de nuestro propio proceso de

crecimiento, cura, regeneración celular, vida, y que es, al mismo tiempo, la segunda causa de muerte en el mundo.

Siddhartha Mukherjee, en su historia sobre ese «emperador de todos los males», explica que no existe una enfermedad única en el caso del cáncer. Se trata de una categoría paraguas para una enorme diversidad de fenómenos parecidos de crecimiento celular descontrolado. Resumiendo los estudios canónicos de Weinberg y Hanahan, el autor enumera los seis pasos fundamentales de la formación cancerígena: la activación de aceleradores de multiplicación celular; la desactivación de los frenos a la multiplicación; la evasión de la muerte programada de las células, común en células saludables (produciendo el ímpetu de la célula cancerígena a la inmortalidad); el potencial infinito de continuar replicándose; la capacidad de obtener sangre y nutrientes, combustibles para su expansión; la habilidad para viajar por el cuerpo e instalarse en otros órganos y tejidos. Este último paso es el motor de la metástasis, palabra que no fui capaz de pronunciar durante meses y que, en mi diario, llamaba «palabra M».

La palabra M: según Mukherjee, metástasis significa algo así como «más allá de la inmovilidad»: «Un estado sin anclas, parcialmente inestable, que captura la inestabilidad peculiar de la modernidad [...]. El cáncer es una enfermedad expansionista; invade los tejidos, establece colonias en paisajes hostiles, buscando “refugio” en un órgano para después emigrar a otro». Al igual que la devastación de la selva, el cáncer es la encarnación del evangelio del crecimiento a cualquier precio.

MANELÃO

En aquel tiempo cargaba el camión, pasaba por casa, me quedaba un día o dos y después salía de viaje.

Estábamos todos solteros, solíamos dar una vuelta por el burdel antes de marcharnos. Bebíamos, estábamos con una mujer, con otra, todo eso.

Una vez estábamos mi amigo Nestor, Manelão y yo. Y estaba por allí una rubia muy guapa, se llamaba Helena. Creo que era la moza más guapa de la ciudad, en aquella época. Y a Helena le gustaba Manelão. Preguntó a dónde íbamos y le respondimos que a Manaos, y ella dijo que se venía.

Manelão respondió así: «Si te quieres venir conmigo yo te llevo, pero necesitas pasta, no puedes venir sin dinero. La comida es cara, las cosas por el camino son caras». Le puso esa excusa para que no se viniese…

Pero aquella moza le miró, se puso una mano en la cintura y dijo: «¿El problema es el dinero? Entonces espera aquí». Salió y se marchó hacia el patio, donde tenía unas garrafas de esas de cinco litros apiladas en el suelo. Todo el dinero que ganaba, lo enrollaba y lo metía dentro de una garrafa. Ni debía saber cuánto dinero tenía ahí dentro.

Helena acarició la garrafa, entró en el bar y, en medio de todo el mundo que estaba allí, la tiró al suelo.

Reventó. Por todos lados quedaron esparcidos billetes, monedas y añicos de cristal. «Si lo que necesitas es dinero, aquí lo tienes».

Manelão dijo: «¡Ah, ahora sí nos podemos ir tranquilamente, vamos, Helena!».

Le echó el ojo al dinero. Era un bandido, no valía nada…

Así que se fue con Manelão. Deben haber hecho unos cuarenta viajes juntos. Se casaron, tuvieron hijos… No se despegaban, pero se pasaban el día entero peleándose, como el perro y el gato. Se liaban a tortas, se pegaban los dos, montaban un escándalo. Él se moría de celos y ella también. Después de zurrarse, se partían de risa y se emborrachaban.

Creo que ya no están casados, porque él enfermó de la cabeza. Manelão se volvió viejo y loco. Anda por ahí por la ciudad, no da pie con bola. Camina sin rumbo por la calle, con la mirada perdida. Debe haber sido de tanto beber, de tanto tomar drogas. O fue simplemente por la maldad.

No sé qué le pasaría a Helena. Supongo que huiría de él.

Manelão fue siempre un animal, un liante. Era un liante y le gustaba engañar a los demás. Una vez se compró un mono manso, manso, a la orilla de la carretera, en Acre. En aquella época había por todos sitios traficantes de animales salvajes que vendían al borde del camino. Pero el animal que compró estaba quieto porque estaba borracho. En cuanto se le pasó la borrachera, el mono empezó a atacar a Manelão dentro de la cabina del camión. El animal quería huir fuese como fuese. Manelão sacó el revólver y le pegó dos tiros al mono en la cabina del camión y después tiró el cuerpo del animal por la ventana.

Yo iba conduciendo detrás. Recuerdo haber visto después la sangre del animal en la cabina, los dos agujeros de bala en el asiento.

También le gustaba reírse de los demás, aprovecharse. En aquel tiempo éramos jóvenes, la gente de los pueblos cuando venía a la ciudad ataba los caballos en un poste y entraba al bar a echar un trago. Una vez yo estaba en un bar aquí en el pueblo de abajo, junto al río, y un campesino que estaba también bebiendo salió y no encontró a su potranca. «¿Y mi potranca?», gritaba. Manelão se había llevado la yegua del chaval para darse una vuelta por la ciudad.

Estaba loco por llegar al bar, abrir la caja registradora y coger el dinero

por toda la cara. Robaba el motor del barco en Pará y lo vendía en São Paulo… Engañaba a los demás camioneros, escondía viajes, no hablaba de la carga que iba a llevar, esas cosas.

A los camioneros no les caía bien, pero cuando me operé del corazón, vino a verme tres o cuatro veces. Fue quien vino más veces. Si Manelão estuviese bien de la cabeza, seguro que le gustaría que fueses a su casa para contarte nuestras historias. Es un buen amigo, y eso no se me olvida.

AQUEL PUEBLO

> «¡Ay! —dijo el ratón—, el mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que me daba miedo, seguía corriendo y me hacía feliz el hecho de que por fin veía a la distancia, a derecha e izquierda, las paredes, pero esas largas paredes se estrechan tan deprisa que ya estoy en la última habitación y en el rincón está la ratonera hacia la que corro». «Solo tienes que cambiar de dirección», dijo el gato, y se lo comió.
>
> Franz Kafka,
> «Pequeña fábula»

Mi padre y yo asistimos sorprendidos al histórico paro de los camioneros en mayo de 2018. En decenas de puntos estratégicos del país, conductores de camiones se cruzaron de brazos, dejaron de entregar sus cargas e impidieron el paso a compañeros, llevando al país al borde de un colapso de abastecimiento y a una grave crisis política. Hablábamos por teléfono sobre los bloqueos de carreteras, que aumentaron constantemente durante aquellos diez días. Como en junio de 2013, las horas duraban semanas y parecíamos perder la capacidad de nombrar las cosas.

El desencadenante del paro fueron los sucesivos aumentos del precio del gasoil, aunque aparecieron más reivindicaciones de los

camioneros, que desaparecían a la misma velocidad con que los líderes provisionales entraban y salían de escena. No veíamos en los puntos de bloqueo banderas de partidos políticos, de movimientos sociales o sindicatos.

Muchos camioneros gritaban contra la corrupción, repitiendo lemas y sentimientos que se extendían por el país desde años antes. Parte de la izquierda describía las protestas como un cierre patronal, un complot de los patrones, y no como una manifestación autónoma y legítima de los trabajadores. La ausencia de líderes y organizaciones representativas explícitas —un fenómeno bien conocido en nuestra escena pública en los últimos años— volvía los mensajes de los manifestantes aún más difíciles de organizar, según cualquier programa político claro.

Periodistas, políticos, académicos, comentaristas políticos: todos nos tropezábamos con los hechos y nos atragantábamos con nuestras teorías.

Algunos de aquellos camioneros pedían la vuelta de los militares, mientras otros afirmaban que votarían a candidatos de izquierda. Participaban en la agitación algunas voces radicales que intentaban aprovechar el tirón para promover un programa de extrema derecha. Uno de ellos, Ramiro Cruz, coordinador del movimiento Despertar de la Conciencia Patriótica y activista por el regreso de los militares al poder, clamaba desde su página de Facebook: «¡La victoria está cerca! ¡¡¡Camioneros + Pueblo × Legalidad × Legitimidad = Toma de la Bastilla brasileña!!! No vamos a aflojar, que venga la Fuerza Nacional de Seguridad y lo que le dé la gana, aquí les esperamos y no vamos a retroceder un solo milímetro, porque somos el pueblo y el pueblo está unido».

Otros camioneros contaron a periodistas e investigadores que no les importaba la política y que solo querían tener mejores condiciones para llevar dinero a casa a fin de mes.

Nosotros dos reflexionábamos sobre aquella serie de acontecimientos con igual interés, pero partiendo de posiciones muy diferentes. Yo

pensaba con las palabras que he aprendido en los libros: clase, precarización, sujeto histórico, democracia, cooptación, conciencia. Él pensaba con otras, venidas de su vida práctica: flete, carga, combustible, transportadora, patrón, impuestos, peaje.

¿Quiénes eran aquellos sujetos? ¿Héroes de la clase trabajadora, hombres manipulados por empresarios transportistas, la vanguardia de un nuevo movimiento protofascista? ¿Cómo se organizaban? Me preguntaba cosas parecidas a las de la izquierda universitaria de la que formo parte, dudas que, en su mayoría, surgen de nuestra frágil capacidad de escucha y del escaso diálogo con sujetos de las clases populares, la típica aversión de las élites a entender a los trabajadores en sus propios términos y no como proyecciones de nuestros conceptos, teorías y visiones del mundo.

La élite de la izquierda académica y política, en su gran mayoría blanca, masculina y económicamente privilegiada, suele imponer una forma cruel de censura paternalista a las clases trabajadoras. Didier Eribon, en *Regreso a Reims*, señala con precisión uno de los orígenes de ese distanciamiento político, social, epistémico: «Para mí, el "proletariado" era un concepto libresco, una idea abstracta. Ellos [mis padres] no formaban parte de ella… Ese juicio político "revolucionario" [sobre el papel de la clase trabajadora] servía para que yo disfrazase el juicio social al que sometía a mis padres, a mi familia y mi deseo de huir de su mundo».

Proyectar de forma abstracta nuestros conceptos sobre grupos populares es un mecanismo de defensa contra su inclusión real en el debate político y en instituciones culturales de élite. En vez de silenciarlos con armas y censura, muchas veces los callamos con ideas herméticas e instituciones ensimismadas que nos protegen de un movimiento de diálogo real. Las excepciones a ese modelo son raras y, por lo general, suceden en espacios a los que los sujetos provenientes de esos grupos sociales han conseguido acceder a duras penas.

No sé bien cuál es ese pueblo de ahí. ¿Cómo han podido juntar a tanta gente? ¿Qué es lo que quieren? En mis tiempos no había de esto.

La sorpresa de mi padre durante aquellos diez días también dejaba ver la distancia entre su experiencia y la realidad actual de esos trabajadores. Ya no es el mismo universo que él vivió y los camioneros que bloqueaban las carreteras no eran Nestor, Manelão y Jaques. Los conductores que veíamos en la televisión usan WhatsApp para intercambiar memes políticos y comunicarse con los compañeros y la familia. Buscan trabajo por aplicaciones de móvil y no solo en puestos al borde de las carreteras o en puntos de entrega de cargas con la intermediación de los «espabilados». Se enfrentan a riesgos mucho más graves que ser víctimas de robos y secuestros; esto exige que sus camiones estén equipados con muchos aparatos de seguridad y rastreadores por satélite que no existían hace unas décadas. Muchos van armados, como también era habitual en las carreteras de los años sesenta y setenta. Son miembros de una categoría que sigue siendo predominantemente masculina, a pesar del discreto aumento del número de camioneras y de una presencia mucho más visible de discursos feministas en la sociedad.

El consumo de drogas estimulantes sigue muy presente entre los camioneros, pero las anfetaminas tradicionales conviven con otras, además de cocaína y medicamentos para el aumento de la energía, como Ritalina o Venvanse. El alcoholismo, el tabaquismo y las enfermedades cardiovasculares son aún muy comunes y coexisten con un alarmante aumento de los diagnósticos de ansiedad y depresión entre miembros del colectivo.

La mayoría sigue alimentando el sueño de convertirse en empresarios del transporte. Los camioneros son una especie de vanguardia de la ambición neoliberal de convertir a los trabajadores en pequeños emprendedores desprovistos de derechos o garantías. Cualquier riesgo que asumen esos trabajadores es privado y las sorpresas en el camino pueden acabar con sus planes de ascenso.

Esto no es de hoy: *Jaques se puso malo cuando teníamos una cooperativa con un camión que habíamos empezado a pagar en cuarenta plazos. Fue por ahí por 1989. Dimos la entrada para el camión,*

acordamos los plazos y de ahí a dos o tres meses se puso enfermo, no podía conducir. El camión acabó en nada, perdimos la inversión, porque yo no podía pagarlo solo. Y se murió enseguida, no pudo dejar nada para su esposa, porque lo poco que había juntado lo había invertido en la entrada del camión. Se quedó sin nada por lo que llorar, perdimos aquel dinero. Y yo perdí a mi amigo.

La crisis económica y social a la que se enfrenta el país desde hace años afecta a esos camioneros de forma grave, porque son castigados de inmediato por la recesión económica, la inflación de los combustibles, el empeoramiento de la infraestructura, el aumento de robos de cargas y todas las formas de precarización del trabajo y desmantelamiento de la seguridad social.

Yo me pregunto si esas transformaciones en el tejido de las vidas de los camioneros, en su imaginación, en sus formas de solidaridad y en su vida cotidiana en la carretera ayudan a entender adónde hemos ido a parar como país. Por entonces no lo sabíamos, pero aquel paro sería el prólogo de unas elecciones diferentes a otras, en octubre del mismo año.

En los últimos tiempos hemos estado expuestos a escenas frecuentes de un presidente hospitalizado. La nación discute sobre sus intestinos. Los periódicos consultan a especialistas en hernias, hipos, reflujos y otros males viscerales.

A él le gusta mostrar sus cicatrices como medallas de un héroe de guerra. Presenciamos la escenificación del cuerpo presidencial posando para las cámaras en camas de hospital, enseñando sus cicatrices en *lives* de internet y discutiendo su vida sexual en actos públicos con la misma naturalidad con que enaltece a torturadores y se burla de muertos y enfermos.

Aquel cuerpo impone a la nación una presencia invasiva. Sin embargo, cada exposición suya debería atravesarnos con el signo de una ausencia notable: los cadáveres que se acumulan bajo su risa de

hiena. Aquel cuerpo y sus cicatrices hacen recordar la imagen de José Millán-Astray, el carnicero franquista fundador de la Legión que mostraba con soberbia sus marcas de combatiente: un rostro desfigurado, un ojo arrancado, un brazo amputado, una sonrisa casi sin dientes. Ostentaba esas cicatrices como emblemas de la superioridad de los que aman el olor de las batallas y se excitan con los cadáveres enemigos. El cuerpo mutilado del franquista servía como monumento vivo de la persecución de opositores, del cierre de universidades, de la machada militarizada, de la política del «Viva la muerte».

Para mi padre y otros pacientes con los que he convivido en los últimos meses, la percepción del sufrimiento del otro abre con frecuencia camino al diálogo y la empatía. En los pasillos del hospital es habitual que los pacientes hablen con él en cuanto le notan la bolsa de colostomía o la sonda urinaria, o mientras esperamos para la próxima sesión de radioterapia. Muchas veces le enseñan sus propias cicatrices y enumeran las pastillas que toman, las largas horas que llevan esperando una cita, los altos y bajos del tratamiento. Comparten artimañas para esquivar las burocracias hospitalarias y, alguna vez que otra, se deslizan en la silla, se acercan para susurrarle cómo llevan la incontinencia urinaria, la diarrea frecuente, la impotencia sexual, el miedo al dolor y la muerte.

Audre Lorde, en su *The Cancer Journals*, libro en el que relata el día a día de su tratamiento de cáncer de mama, habla de la sucesión de pacientes en el hospital que le contaban historias e impresiones sobre la vida tras la mastectomía. «Comparábamos nuestros comentarios sobre enfermeras y ejercicios, discutíamos si la mantequilla de cacao retrasaba la tendencia a la formación de queloides en mujeres negras». Mujeres que habían recorrido su camino a través de la enfermedad y el hacerle frente, y que crearon lazos con Audre a partir de dudas y angustias sobre cómo sería vivir, ser amada y desear después de la experiencia de amputación de los senos.

En *Ante el dolor de los demás*, Susan Sontag pone en duda la idea convencional de que las imágenes del sufrimiento ajeno, como las que llenan los telediarios en épocas de conflictos armados, sean fuente de afecto con alguna potencia política real. Observar el dolor ajeno, por el contrario, puede servir de alivio, de distintivo individual de conciencia sobre el sufrimiento del otro, un sentimiento de autocongratulación paralizante.

Ese razonamiento no vale solo para imágenes, sino también para números, sobre todo cuando los cadáveres empiezan a contarse por miles. Desde marzo de 2020 repito el ritual obsesivo de consultar el número diario de víctimas de covid en el país. ¿Qué significa para el orden mundial que el día 27 de marzo de 2021 muriesen 3.409 personas o que el día 12 de febrero de 2022 se registrasen 879 nuevas muertes? Me siento parte de una platea que presencia embobada ese tenebroso espectáculo de exposición de nuestras tripas. Los números de víctimas empiezan a impactarnos cada vez menos, a medida que alcanzan dimensiones que, de tan grandes, no nos dicen nada nuevo. Cuando el número diario de muertos en el país por covid y por la política oficial de dejar morir llegó a mil, me di cuenta de que no entendía esa cifra. ¿Podría saber el nombre de mil individuos? ¿Habría abrazado a ese número de personas? ¿Puedo verme, de forma invertida —mi vida, mis privilegios, mi vacuna, mi trabajo a distancia, mi plan de salud—, en el exorbitante número de cadáveres que el espectáculo de la vida pública brasileña ha acumulado en los dos últimos meses? ¿Dónde estoy yo en ese número? ¿Dónde están mis amigos y mis alumnos? ¿Dónde está mi padre?

Ocupados en contar nuestros muertos, en ofrecer tratamiento a nuestros enfermos y en administrar nuestras vidas en medio de una pandemia y del horror político de cada día, aún no hemos conseguido transformar esos números en palabras, en relatos que construyan un sentido para nuestro asombro individual y generen alguna potencial acción política.

Cambiándole a mi padre la bolsa de la colostomía, aprendo que el intestino expuesto no siente dolor.

Estamos rodeados por imágenes y números de ese cuerpo-país en llamas. No es tarea fácil recuperar el sentido de urgencia y de responsabilidad ante tantas tragedias catalizadas por ocupantes de los más altos cargos de la República.

Tal vez un paso sea cambiar la mirada: desviar el foco de los cuerpos que queman a las manos que siguen vertiendo combustible en las llamas. Pienso en el gesto de la poeta negra norteamericana Claudia Rankine, que en su libro *Ciudadana. Una lírica estadounidense* manipula las conocidas e insufribles fotografías de linchamientos en el sur de Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX. Rankine borra las imágenes de los cuerpos negros ahorcados y mantiene el resto de la escena. Lo que vemos destacado en esas nuevas versiones de las conocidas fotografías son las caras entusiasmadas de la multitud, sus cuerpos blancos arremolinados, vestidos con ropa de domingo. En una de ellas, un joven sonríe apuntando a la copa del árbol en el que, en la imagen original, aparecen dos hombres negros ahorcados.

La potencia de los fotomontajes de Rankine parece llegar al meollo de la vida política de las imágenes: al ver fotos de linchamientos manipuladas, borrado el espectáculo cruel de la nueva exhibición de cadáveres negros, lo que queda son caras blancas excitadas, risueñas, seguras de su bárbara condición de ciudadanos de bien.

La luz debe caer sobre la risa de la hiena.

La devastación política y social que vivimos en los últimos años tiene sus orígenes en las dobleces del autoritarismo brasileño. La destrucción se ha convertido en política de Estado, lo bronco organiza la estética oficial, la sofisticación de las ideas es motivo de persecución. Nuestro mal, en su versión más reciente, convierte lugares de sombra en motivos de orgullo nacional: las serrerías en

medio de la selva, los centros de tortura, los callejones donde trabajan los escuadrones de la muerte, la arquitectura de los «cuartos de servicio», el apartamento donde el marido agrede a su mujer, la calleja oscura donde son atacados los travestis, el «cuartito» de los supermercados donde los de seguridad violentan a los jóvenes negros pobres. Estos pasan a ser los modelos éticos, las referencias estéticas y los motores libidinosos de una nueva cartografía de la destrucción.

La minería ilegal es la institución modelo: la guerra abierta por recursos en la que vence el más armado y que sufren aquellos que aún conservan algo de humanidad. Llegará el día en que algún sociólogo escriba sobre la «ética minera y el espíritu del capitalismo brasileño», esa monstruosidad que surge de la afinidad electiva entre la experiencia cruda de la frontera —la primitiva economía de constante acumulación, cuyo motor es el pillaje y la muerte— y la actividad de los rentistas de cuello blanco, afinidad que revela los lazos profundos entre la devastación de la selva, los edificios acristalados de oficinas de la avenida Faria Lima y los palacios en las capitales del país.

Brasil inventa sus propias alegorías con la materia espesa de nuestra vida política cotidiana. En nuestra triste fábula, ha sido el lobo el que, desde los puestos más altos, ha gritado para que todos le oigan: «Atención, soy un lobo, estoy aquí y quiero devorarlos». Se proyecta en todos los rincones y destruye lo que se podría configurar como un cuerpo social que, pensábamos, parecía fortalecerse con el tiempo, aunque con pasos muy lentos. El lobo detesta todo aquello que huela a sociedad. Echa de menos los sótanos inmundos de tiempos inmundos. La bestia nos mira fijamente a los ojos, come nuestra carne y chupa nuestros huesos mientras se rasca la barriga y se ríe a carcajadas de nuestros intentos de nombrarla.

Es cierto que el lobo y su banda no estarán siempre en el poder. Pero el tiempo social es diferente del tiempo electoral, del ciclo de renovación periódica de los gobernantes que es el segmento mínimo de una democracia. Pasolini, alarmado por el estado de la cultura en la Italia de los años sesenta, alertó dos décadas después de la caída de

Mussolini de que «el verdadero fascismo es el que toma como objetivo los valores, las almas, los lenguajes, los gestos, los cuerpos del pueblo». Aquí, las urnas señalaron otros rumbos políticos, pero esa nueva forma de brutalidad parece disfrutar de una fecunda supervivencia. Seguirá enseñando por mucho tiempo su cara retorcida y sus dientes afilados en nuestras instituciones públicas, en las redes sociales, en las comidas familiares, en nuestra lengua, en consultas médicas, comisarías, fiestas de cumpleaños, cultos religiosos, callejones oscuros, carreteras.

JAQUES

Jaques era compañero de carretera, de bar, de juergas, de peleas. Un amigo que medía un metro y medio, pero que se enfrentaba a cualquiera.

Iba siempre con bermudas y chanclas. Si surgía alguna discusión en medio de aquellas carreteras de tierra, tiraba las chanclas a un lado y le ponía la zancadilla a quien fuese.

Me acuerdo de lo que nos pasó una vez: nos estábamos montando en una barcaza y le tocaba a Jaques, yo iba detrás de él. Era para cruzar el río Xingú, íbamos a Belém. Cuando la barcaza llegó a la orilla, bajaron dos camiones, porque solo podían ir dos camiones cada vez. Había un camionero grandullón que llegó después, pero pasó delante de mí y de Jaques. Se coló y empezó a decir que le tocaba a él. Aquel hombre era prácticamente el doble de grande que Jaques.

«Yo voy a pasar, me da igual», decía el grandullón.

Jaques se cabreó. Dijo que nos tocaba a nosotros y que íbamos a subirnos a la barcaza. Empezaron a darse voces, apuntándose con el dedo. El otro, en un momento dado, le dio en el pecho y le dijo: «Soy muy hombre y voy a pasar delante».

Ahí Jaques se quitó las dos chanclas y le respondió: «Con todo lo bajito que soy, no necesito darte en el pecho y decir que soy muy hombre, porque todo el mundo que está aquí ya ve que soy muy hombre». Y le puso la zancadilla y lo derribó, casi lo aplasta contra el suelo.

Lo pateaba, le daba con el pie en el pecho, estaba loco por provocarle más. Jaques decía: «¡Didi, no hace falta que te metas! ¡Didi, no entres en esto! Déjame, yo solo me basto». Y como a mí no me gustaban las peleas, solo le animaba y le veía, que ya conocía a la fiera.

Jaques era el más fanfarrón de todos. Se le daba bien poner zancadillas, beber aguardiente e inventarse historias.

Una vez estábamos yendo a Rio Branco do Acre. En aquel tiempo las empresas de transporte ponían una tela blanca con letras rojas pegada a la lona amarilla del camión, para llamar bien la atención: «Transportadora tal, yendo hacia no sé dónde». Rio Branco era otro mundo de tan lejos que estaba, así que la tela iba haciendo la propaganda de la empresa por el camino.

Salimos de aquí, de Jaú, y pusimos rumbo a Acre. Pasamos por Presidente Prudente, y después ya es el límite de São Paulo y Mato Grosso. La ciudad del otro lado se llama Bataguassu. Paramos en una gasolinera, serían sobre las siete de la tarde, nos tomamos unos chupitos. Se puso la mano en la cintura, un pie en la rodilla y el otro en el suelo. El dueño del bar nos preguntó adónde íbamos. Jaques le respondió: «Vamos a Belém do Pará, va a abrir allí una agencia del Banco do Brasil y vamos cargados de billetes de los grandes bien nuevecitos. El resto es solo un teléfono nuevo y una calculadora». Todo era mentira. Llevábamos porquerías, sillas viejas de oficina, papeles, armarios, cosas usadas que no necesitaban en la agencia de São Paulo y las mandaban a Rio Branco.

Teníamos dos tíos al lado que a lo mejor ni eran unos bandidos, pero la ambición les pudo al oír que el camión estaba lleno de dinero. Le quitaron el tapón al depósito del camión de Jaques y, cuando salimos, se vinieron detrás. El tío empezó a pitar junto al camión y a enseñarle el tapón del depósito. Jaques era muy listo y se dio cuenta de que eran dos espabilados que se la querían pegar.

Así que aceleró y les echó el camión encima, casi los aplasta, ¡fue una buena!

Yo iba detrás en mi camión y vi el jaleo, Jaques iba con el camión adelante y atrás. Cuando los tíos comprendieron que no iba a pararse, siguieron hacia delante unos cien o ciento cincuenta kilómetros; se pararon de nuevo y volvieron a perseguirnos. Ahí Jaques sí que tuvo miedo, toda su valentía se esfumó.

Salimos como locos, disparados. Fuimos a parar a Coxim, más adelante,

donde había un puesto de policía y una gasolinera, que era donde íbamos a cenar y dormir.

Entró en el puesto de policía como loco, gritando: «¡Al ladrón, al ladrón!». La policía se quedó asombrada: «Pero ¿dónde está ese ladrón?». Y ahí él explicó la situación.

Pasó la noche, amaneció, no vimos nada raro. Está bien.

Así que seguimos. Pasamos Cuiabá y entramos en la carretera de tierra. Un poco más adelante, había una sierra que llamábamos Caixa Furada. Cada sierra tenía su nombre: Curva da Onça, Cabeça do Cristo, Ponta da Coruja… Acabábamos de subir la sierra de Caixa Furada cuando veo a Jaques salir volando por la carretera. Serían más o menos las dos y media de la tarde y aquellos tíos aparecieron de nuevo con una camioneta. La camioneta venía directa hacia él, así que dejó tirado el camión y echó a correr en medio de la selva hasta que lo perdimos de vista. Tardó sobre hora y media en volver.

Un poco más adelante hay un sitio que se llama Jangada, un pueblecito. Fue a la comisaría a hablar con el comisario. «Quiero una escolta que me acompañe por lo menos dos días hasta que pueda escapar de esos bandidos porque hace dos días que estamos huyendo de ellos y nos están persiguiendo». Ahí el comisario le dijo que no tenía policías para escoltarnos, «pero si usted quiere ahí tiene a dos pistoleros dispuestos; aquí tiene la dirección, dígales que va de mi parte».

Los pistoleros aceptaron al instante. Jaques les pagaba la comida y el día de trabajo. Y si apareciesen los bandidos, la orden a los pistoleros era matarlos, así lo dijo el comisario. En aquel tiempo no había otra, los pistoleros mataban de verdad y todo el mundo lo sabía. Los dos tipos vinieron con una escopeta del 12. Se montaron en el camión y estuvieron con nosotros todo el día y una parte de la noche. Nos dormimos, hicimos nuestro trayecto al día siguiente, no vimos nada. Después de dos días, Jaques les pagó y les dijo que ya no los necesitábamos. Comimos allí mismo.

Más adelante hay un sitio que se llama Pimenta Bueno. El tío Nerso compraba allí madera, y allí estaba. Créetelo, así que Jaques y yo paramos

al caer la tarde, ya estaba empezando a querer oscurecer. «Vamos a dormir aquí, que ya no viajo más de noche», dijo. Y así lo hicimos.

Aparcamos en la gasolinera, nos duchamos, nos arrimamos a la barra del bar, él pidió un chupito, yo dije: «Ponme un aguardiente», y fuimos a cenar. El tío Nerso estaba allí, pero Jaques no lo vio. Nerso vino despacito detrás de él, le tocó con los dedos y le dijo: «¡Esto es un asalto!». Jaques se desmayó. Se derrumbó, cayó al suelo, una caída tremenda. Lo meneamos, lo meneamos hasta que volvió en sí. Echamos un trago, charlamos con Nerso, dormimos allí… y no supimos nada más de los ladrones.

Jaques murió de sida, un tiempo después. Tú llegaste a conocerlo, cuando eras niño.

Recuerdo que un poco antes de ponerse enfermo, habíamos llegado de un viaje a São Luís do Maranhão. Dijo: «Didi, tenemos que tener cuidado, ha salido una enfermedad nueva que no tiene cura, un virus que mata. Están diciendo que se llama sida. Quien lo coge, no tiene solución». Yo no había oído hablar de ello, esto fue al principio del sida. Y al poco tiempo se contagió y murió unos años después.

Jaques era un diablo rojo. Sé que Dios lo tendrá en un buen sitio.

CABINA

> ¿Sabe usted? ¿Ya calculó, sufrido, el aire que es añoranza? Se dice que hay añoranza de idea y añoranza de corazón… Ah. Se dice que el Gobierno está mandando abrir buena carretera rodadera, de Pirapora a Paracatú, por ahí…
>
> JOÃO GUIMARÃES ROSA,
> *Gran Sertón: Veredas*

A ti te hicimos en la cabina de un camión.

Mis padres me concibieron la última noche de su viaje de luna de miel, en la cabina de un camión aparcado en una gasolinera cerca de la carretera próxima a Marília, en São Paulo. En el diario de mi madre, una anotación breve sobre esa última noche del viaje: «Día 3 de marzo paramos a la una y media para dormir en Marília y llegamos a Jaú a las nueve».

Desde niño, mis padres me hablan de ese viaje y comentan que me «hicieron» a la vuelta. También le cuentan ese viaje a amigos, parientes y nuevos conocidos. Lo cuentan, se ríen y mi madre dice que «por eso no te gusta estarte quieto en un sitio».

Y enseñan fotos del viaje. En una de ellas, posan delante de un camión Mercedes azul claro, mi padre con el brazo derecho sobre el hombro de ella, ella con la mano en la cintura de él. Él con bermudas y la camisa abierta hasta el ombligo, ella con una camiseta violeta,

bermudas de color naranja, el pelo rizado por la permanente que se hizo para la boda. Él serio, ella sonriente. Al lado del camión, dos taburetes y utensilios de cocina que usaban para preparar la comida en la carretera, en un pequeño hornillo de gas. Se llevaron de Jaú una lata llena de trozos de carne frita, rellena con manteca de cerdo para preservar el alimento durante el viaje. No es posible identificar el lugar de la foto: una carretera polvorienta, rodeada de pasto, cualquier punto entre Jaú y Belém.

Mi padre llegó a Jaú con el camión cargado de máquinas que tenía que llevar a una fábrica de aluminio que se estaba construyendo en Pará. Se casaron al día siguiente en la iglesia de Nuestra Señora Aparecida, pasaron la noche en la ciudad, fueron juntos hasta Belém a dejar la carga y después regresaron. Aquel fue el viaje más largo de la vida de mi madre, en un trayecto que mi padre ya había hecho decenas de veces.

Aquella luna de miel en la cabina de un camión posee fuertes trazos del origen de mis padres, su pertenencia a un universo social en el que trabajo, ocio e imaginería de país son vías que se cruzan, formando una trama tejida a partir de imágenes y palabras de sus vidas cotidianas. Oigo aquella historia también como una especie de mito fundacional, una aventura que vincula mi vida a la carretera de forma íntima y al mismo tiempo remota.

Fueron novios durante nueve años, pero mi madre siempre repite que «si sumas todo, el noviazgo no llega a dos años, porque tu padre estaba siempre de viaje». La nostalgia y la expectativa de la llegada de la boda son los temas centrales del diario que mi madre llevó durante todo el noviazgo. Ella trabajaba, iba a misa y a grupos de oración, vivía con sus padres, salía con sus amigas más cercanas los fines de semana y esperaba a mi padre. Mientras eran novios, ella trabajó en la tejeduría Camargo Correa, en Jaú, además de coser para fuera y ayudar a mi abuela en las tareas de casa. Antes de eso, había

trabajado como limpiadora y ayudante de cocina durante algunos años en la casa de una familia libanesa adinerada, dueños de la mayor tienda de los grandes almacenes de la ciudad. De niña y adolescente, trabajó en el campo y ayudó a criar a sus tres hermanos más pequeños. Más tarde, en la época en la que mi padre se recuperaba de su primera operación cardíaca, fue auxiliar en un hospital y limpiadora en una residencia de monjas.

Las declaraciones melancólicas conviven en su diario con collages de parejas apasionadas, fotos que mi madre recortaba de fotonovelas y poemas de amor que copiaba de revistas femeninas de la época.

> Día 11 de agosto de 1983 agendamos el cursillo prematrimonial y la boda en la iglesia a las seis de la tarde.
>
> Día 28 de agosto de 1983 hemos hecho el cursillo prematrimonial desde las siete y media hasta las cinco. Después por la noche hemos ido a la feria. Domingo.
>
> Hemos estado juntos desde las diez de la mañana hasta las once y veinte de la noche. Hemos estado juntos trece horas y veinte minutos. Todo maravilloso. Si Dios quiere en cinco meses estamos casados.
>
> 2 de octubre de 1983 domingo hace doce días que no veo a mi Amor, ha llamado por teléfono me ha dicho que va todo bien y no viene hasta el día doce o trece.

Según se va acercando la boda, el diario registra una rutina agitada de actividades y preocupaciones. Tenían que darse prisa para repartir las invitaciones, encargar el vestido de novia a una costurera prima de mi padre, recibir visitas de parientes ansiosos por ver los regalos de boda, todos colocados cuidadosamente encima de la cama de matrimonio nueva y fotografiados junto a las visitas.

Y llegó la boda y el viaje: «Día 11 de febrero Didi y yo nos hemos casado. Ha sido un día maravilloso. Nos casamos a las seis en la iglesia y a las seis y media por lo civil y después fuimos a hacernos fotos al parque, en nuestra casa y después a casa de mi suegra, cenamos y fuimos a ver a tía Sula. Pasé por casa para coger la ropa y después por mi suegra para jugar a la tómbola y después nos fuimos a dormir al

hotel Capelinha, ha sido una noche maravillosa».

Mi madre describe brevemente en su cuaderno cada una de las partes del viaje: los puntos de parada, los conocidos que se encontraron por el camino, los paseos en Belém (la iglesia, el parque, el mercado, la sandwichería), las travesías en barcaza y la rutina en la carretera: «Día 17 de febrero viernes 1984 descargamos el camión y hemos estado cuatro horas y media en la barcaza». «Día 18 de febrero me he quedado en Zefa el sábado y Didi ha ido a por la carga y se ha encontrado con Luiz Carlos y Manezinho, hemos comido en Zefa y por la noche hemos hecho la cena y nos hemos tomado una Coca-Cola en el bar».

La escritora Annie Ernaux, en su vasta obra, aborda desde diversos ángulos una trama central: la historia de la hija que se aparta de la clase social de sus padres y que después intenta comprenderlos, mientras busca un sentido a su propio lugar en el mundo. Otros autores de estos «relatos de filiación» de la clase trabajadora han construido obras alrededor de ese problema fundamental: Tove Ditlevsen, James Baldwin, Didier Eribon, Édouard Louis, estos y otros viajeros entre clases sociales. Sus relatos son la historia de una especie de traición, como nos dice Ernaux, de un abismo entre diferentes formas de situarse en el mundo y de los tortuosos intentos de construir puentes y crear espacios de encuentro hechos de memorias, lugares, palabras, sabores y afectos.

Hay un rasgo común en la historia de todos los que han experimentado procesos complejos y determinantes de cambio de clase social: a lo largo de los años, nos sentimos obligados a alejarnos de aquellos que nos presentaron el mundo. Somos forzados (y nos forzamos) a librarnos de sus costumbres, de sus gestos, de las formas de relacionarnos con el dinero, con la casa y con el cuerpo, de sus gustos y, sobre todo, de sus palabras. Pero, a pesar de ese sinuoso proceso de deconstruirnos y reconstruirnos, siempre hay algo que permanece. Vamos por el mundo cargando nuestros «*habitus* desgarrados», en la fórmula de Pierre Bourdieu, esa especie de puente

de dos sentidos en la frontera entre nuestro yo y un universo social en el que habitamos lugares apartados. Ese sentimiento de ruptura es aún más extraordinario en sociedades como la brasileña, deshechas por la desigualdad, y sin duda afecta de forma mucho más profunda a la estructura subjetiva y a los lazos sociales de aquellos que no forman parte del grupo racial predominante en la élite, como expuso de forma magistral la psicoanalista y psiquiatra Neusa Sousa Santos en *Tornar-se negro*, libro en el que analiza las estrategias inconscientes y las formas de sufrimiento subjetivo de personas negras que ascendieron socialmente en el Brasil de principios de los años ochenta.

Esa doble pertenencia de clase se condensa muchas veces en un sentimiento difuso y persistente de culpa, de alienación social e institucional, una sensación intrusiva de inadecuación o insuficiencia; un frecuente miedo a «perderlo todo», la carga de la responsabilidad por el bienestar de los padres: ahora que empezamos a subir, no podemos dejarlos atrás.

Sufrimos explosiones de rabia frente a las escenas cotidianas de injusticia que son la maquinaria infernal de perpetuación de las élites. Testimoniamos esa fisiología de la desigualdad todos los días, en todos los nuevos sitios por los que circulamos, y generalmente comprendemos esas situaciones de inmediato. Los migrantes de clase suelen tener talento para el análisis social, lo que raramente compensa el desgaste personal de habitar esa condición escindida.

Nadie ha elaborado el drama de nuestro capitalismo periférico de forma más sofisticada que Machado de Assis, él mismo un habitual de varios mundos sociales. Sus novelas y cuentos están repletos de personajes de la élite brasileña dotados de habilidades y logros mediocres, pero que consiguen, aun así, asegurarse un lugar espacioso en lo más alto de una sociedad perversa, que convivía con el brillo cínico de las ideas liberales europeizadas. En el otro extremo de la pirámide, Machado elabora un amplio conjunto de víctimas de la violencia material y simbólica brasileña: personas libres pero dependientes de los señores blancos e individuos esclavizados para los que el riesgo de la muerte real se unía a la lenta muerte social de la esclavitud.

Mi madre no tuvo más diarios ni casi escribió cartas tras mi nacimiento.

La última entrada en el cuaderno es una nota para mi padre. Firma en su nombre y en el mío, yo acababa de nacer. Esas líneas son la prehistoria de mi escritura y, para ella, algo así como una especie de despedida de la escritura:

> Dido yo te Amo
> solo soy feliz cuando estás a mi lado.
> Tú yo y nuestro hijo
> cada día que pasa te amo más
> ahora son dos corazones que te aman, el mío y nuestro hijo
> Dido, acuérdate de quien mucho te ama y siempre te estará esperando
> Dirce y el fruto de nuestro
> Amor nuestro hijo.

Este fragmento en el que Ernaux habla de su madre me suena extrañamente familiar: «Estaba segura de su amor por mí y de esta injusticia: ella servía patatas y leche de la mañana a la noche para que yo estuviera sentada en un anfiteatro oyendo hablar de Platón». La historia de padres e hijos con trayectorias educativas radicalmente diferentes está siempre atravesada de silencios y desvíos, ya que partes significativas de nuestra vida cotidiana, nuestro trabajo, nuestras lecturas, nuestros gustos y nuestros gastos son difícilmente traducibles al universo de nuestros padres.

Un día, al explicarle a mi padre que en el doctorado estaba estudiando la política en torno a la arquitectura y la vivienda popular, me ordenó sin rodeos: *Diles que los pobres merecen tener casas más grandes.*

En un discurso académico, una afirmación como esa estaría seguida de interminables discusiones sobre la epistemología de la «intervención» del investigador (¿quién debe hablar al poder?), sobre las personas que toman decisiones públicas y privadas acerca de las políticas de vivienda (¿quiénes son los actores?) y sobre la construcción histórica y política de ideas como el «sueño de la casa

propia» (el eterno debate sobre la inserción social de los más pobres a través del consumo).

Nada de esto carece de valor. Me dedico a estas cuestiones en mi trabajo académico y me preocupo de veras por ellas. Pero reconozco que muchas veces basta decir que los pobres merecen tener casas más grandes, y todos sabemos quiénes son.

LO QUE ES MÍO

> El pesimismo ha sido, a veces, «organizado» hasta producir, en su propio ejercicio, el destello y la esperanza intermitentes de las luciérnagas. Destello para hacer que aparezcan libremente palabras cuando las palabras parecen prisioneras de una situación sin salida.
>
> GEORGES DIDI-HUBERMAN

Estoy jugando a las cartas, aunque ya no tengo más en la manga. Voy de farol. Pero de momento voy ganando.

Desde que le diagnosticaron el cáncer, calcula cuánto tiempo va a poder continuar de farol: la mayor parte de las veces cree que le quedan dos años. En días de mayor optimismo, ese número aumenta a tres o cuatro. O se contrae discretamente, como en las palabras que eligió para desearme feliz Año Nuevo a principios de 2022: *Estoy feliz por empezar el año con vosotros*.

La conversación de mi padre, como la de todos los viejos, está poblada de muertos y ruinas. Aparecen trozos de carreteras engullidas por la selva, un taller mecánico convertido en consulta odontológica, burdeles que cedieron su espacio a iglesias evangélicas, selvas de la infancia que se han transformado en plantaciones de caña de azúcar,

ríos repletos de peces que hoy parecen una cloaca. Su madre y su padre murieron, los hermanos y amigos se han marchado. El propio lenguaje participa de ese desmoronamiento: su discurso está tejido en la confusión de tiempos verbales, en la coexistencia de palabras nuevas y otras erosionadas por el tiempo, en los frecuentes ademanes nostálgicos y en la fabulación como antídoto para los deslices de la memoria.

En nuestras charlas, cuando termina de contar alguna historia sobre la vida en la carretera, suele concluir de esta forma: *Así era la vida*. El tiempo verbal de la frase, ese pasado enigmático, multiplica los significados de la palabra «vida»: en un primer sentido, la vida que merece ese nombre fue aquella de la juventud del cuerpo y del trabajo con el camión, y esa ya se fue. O, si no, la vida es algo más grande y todavía continúa; pero es probable que finalice pronto, y por eso recurre al tiempo pasado del verbo como un anuncio, reconocimiento trágico y ademán de solidaridad hacia nuestro luto futuro, un luto que será solo nuestro y no suyo, porque todos sabemos que así es la vida.

La mutación biológica por la que está pasando el cuerpo de mi padre en los últimos meses viene acompañada de otras metamorfosis.

La enfermedad inaugura un nuevo terreno de lo sensible. Él aprende a navegar una compleja fenomenología del cáncer: botes y blísteres de medicamentos que se multiplican, bolsas, pegatinas, materiales de diferentes viscosidades, sustancias que entran y salen del cuerpo para mantenerlo vivo y funcional. Audre Lorde nos dice que cada amputación «es una realidad física y psíquica que debe integrarse en un nuevo sentido de sí misma», y creo que lo mismo se puede decir sobre la incorporación de esos nuevos miembros artificiales que pasan a formar parte del cuerpo: bolsas de colostomía, sondas, drenajes, pañales, catéteres, vendas, andadores, holters, tiritas e injertos químicos que reponen procesos fisiológicos degradados.

A esa parafernalia se suma una vasta cartografía documental, los montones de citas, recetas, números, diagnósticos, pruebas, recibos, comprobantes de vacunación, pulseras de papel, protocolos.

Y una atmósfera de gemidos, campanillas persistentes del panel digital de los números, las sillas arrastrándose, las frases mil veces repetidas: «El doctor todavía no ha llegado», «Debe tener un poco de paciencia», «Tiene que coger otro número», «¿Qué medicamentos toma?», «Tiene que esperar», «Tiene que volver mañana». Un universo de expresiones de amparo bien o mal planteadas: «Todo se va a arreglar», «Debe tener fe», «Usted es fuerte».

Un archivo público de casos comparables, transmitidos de forma selectiva al enfermo para que solo le lleguen los relatos de éxito.

El régimen extenuante de la espera, el lento paso de las horas de operación, de los días de radioterapia, de los meses entre una consulta y otra. El calendario de cambios de la bolsa de colostomía y de la sonda urinaria. Los minutos de agonía antes de atenderle cuando mi padre llevaba cuarenta y ocho horas sin orinar y sentía como si estuviese explotando por dentro.

Un ecosistema de olores y fluidos corporales fuera de sitio, algunos bastante conocidos, otros nuevos. Olores de productos químicos para limpieza a fondo, olores de hospital, olores de la materia no contenida por las nuevas bolsas y sus cierres imperfectos y un nuevo olor que aprendemos a identificar: el olor del tumor y sus materias viscosas.

Una enorme selva de saberes y silencios: los procedimientos son cuestionados, presentados, ocultados, contrastados, mal explicados, incomprendidos, olvidados. Pasamos a convivir con un enigmático sistema de autoridades en disputa, de competencias conectadas como eslabones de una cadena que no sabemos manejar.

La mayor parte de los médicos habla demasiado rápido, demasiado bajo, usan demasiados términos técnicos. Mi padre oye cada vez peor y las máscaras impuestas por la pandemia hacen que no entienda casi nada de lo que le dicen los médicos. Mi hermano y yo nos hemos acostumbrado a hacer de altavoces y traductores de esos mensajes, frase a frase (las enfermeras, por el contrario, siempre hablan más alto

cuando se dan cuenta de que oye mal).

En el centro de todo ese barullo, mi padre dice que las decisiones sobre su tratamiento las tomaremos nosotros: *Lo que João y tú creáis que tengo que hacer, lo hago.*

Para la comunidad que rodea al enfermo, la interpretación de indicios se convierte en una rutina incesante. La enfermedad es una selva de signos, un escenario para la continua lectura de sensaciones, colores, olores, volúmenes, temperaturas, relatos, dolores y consistencias que pueden querer decir algo o no, pueden o no ser síntomas, pueden o no tener sentido, y tener sentido aquí es testimoniar los humores del cáncer.

Los cambios en la coloración de las heces revelan un posible empeoramiento de la situación, un extraño dolor en la espalda quizá sea señal de metástasis o un simple efecto de la edad avanzada, la dificultad para orinar puede o no indicar que el tumor ha llegado a la próstata, y no estamos seguros de si la pérdida de peso es una buena o una pésima noticia.

Es fácil cruzar la frontera entre la atención cuidadosa y la paranoia diagnóstica. No sabemos nunca cuándo debemos dejar de conceder un sentido a las señales del cuerpo. Nos convertimos en intérpretes obsesionados de un cuerpo-texto en mutación constante, una obra abierta que siempre impone una lectura más, una nueva elección de palabras que crean un borde alrededor de ese desbordamiento de dolores, sonidos, fluidos, olores, colores y sensaciones que observamos directamente o por medio de las palabras del enfermo.

Mi padre forma parte de esa comunidad de lectores. Es el único que tiene acceso a varias manifestaciones del cuerpo, a sus camadas profundas e incógnitas para cualquiera de nosotros. Como siente el moribundo Ilich: «Tumbado casi todo el tiempo con el rostro contra la pared, sufría solitario siempre los mismos tormentos sin escapatoria y pensaba solitariamente el mismo pensamiento insoluble: ¿Qué es

esto?». El enfermo vive la realidad de su enfermedad como un naufragio.

Somos terriblemente pobres en palabras-enfermedad. Virginia Woolf, una exuberante ciudadana del mundo de las molestias y las palabras, notó que al inglés le faltaban recursos para hablar del proceso de enfermar, algo asombroso dada la centralidad de la enfermedad en la experiencia humana. «El idioma inglés, capaz de expresar el pensamiento de Hamlet y la tragedia de Lear, carece de palabras para describir el escalofrío y el dolor de cabeza… La más simple colegiala, cuando se enamora, tiene a Shakespeare o a Keats para expresar sus sentimientos; pero dejen a quien lo sufre intentar describirle un dolor de cabeza a un médico y la lengua se vuelve de inmediato árida.»

En el hospital, ante un cuerpo que sufre de forma tridimensional, los médicos repiten la pregunta miserablemente simple: «De cero a diez, ¿cómo es su dolor?». La condición del enfermo se traduce a la lengua extranjera de las pruebas de imagen, los análisis en laboratorio, las medidas de marcadores tumorales, las raras exploraciones, los escasos consejos.

Con el tiempo, oyéndolo y haciéndome más íntimo de sus expresiones, empiezo a aprender los límites de los discursos que usamos para colmar de sentido esa experiencia: el cáncer como lucha; el cáncer como fase para la curación; el cáncer como causa posible de muerte; el cáncer como mal impronunciable; el cáncer como elemento cotidiano. Todos esos discursos que nos presenta la cultura y de los que podemos disponer cuando se hace necesario son parcialmente verdaderos y patéticamente pobres.

Al otro lado de la mesa está el oncólogo, que pocas veces mira a mi padre. Se pasa casi toda la consulta mirando la pantalla del ordenador, añadiendo al informe palabras a las que no tenemos acceso. Médicos de diferentes especialidades se muestran en desacuerdo entre sí a través de la vía opaca de los documentos electrónicos: un urólogo que

recomienda operar, un cirujano que se niega a hacerlo por el riesgo cardíaco que implica, un segundo cirujano que propone la operación en una parte lejos del tumor original, un cardiólogo que no está de acuerdo con el primer cirujano, un segundo oncólogo que no entiende las decisiones del primero, un tercer cirujano que está en desacuerdo con todo y todos.

Los especialistas solo se comunican por medio de esas fichas médicas que consultan apresuradamente cuando el paciente ya está delante de ellos y decenas de otros enfermos esperan a ser atendidos.

Estamos gobernados por los protocolos que orquestan el movimiento de cuerpos y papeles. Nos dice Bernadet en su relato de paciente oncológico: «Eran los médicos de mi cáncer… médicos de protocolo… Una característica de esa faceta robótica es mantener el cuerpo del cliente a distancia. Tocarlo es una excepción, todo está mediado por imágenes, pruebas y diagnósticos. Dar la mano es una mera formalidad». A veces siento que algunos médicos son más guardianes de los protocolos que médicos del propio cáncer, y menos aún del de mi padre.

El territorio del cuerpo de mi padre está dividido en administraciones. Estas tienen al mando especialistas en corazones, maestros en tripas, doctores en uretras, domadores de células cancerígenas. Salen con sus instrumentos a explorar el cuerpo, estableciendo los territorios bajo su jurisdicción, trozos donde pueden clavar la bandera de su especialidad, como geógrafos imperiales que dibujan fronteras en un mapa colonial.

En cada viaje por las unidades del hospital se va configurando el desmembramiento de mi padre, un proceso paulatino que siempre me trae a la cabeza las imágenes de las vacas colgadas en las carnicerías, donde cada parte del animal es localizada y etiquetada.

Un cuerpo enfermo pide una visión que lo vea como totalidad, pero solo oye respuestas parciales. Aun así, sigue con sus frágiles fronteras:

mi padre es uno y sufre.

Hace décadas que el psicoanálisis nos enseña que no nacemos uno. Llegamos al mundo pulverizados en un mar de sensaciones, miembros, sonidos y fluidos que, por un proceso imaginario, va ganando un semblante de unidad. Esa ficción ontológica de que somos uno quizá sea una de las más antiguas piedras sobre las que hemos construido la civilización occidental: la creencia de que tenemos fronteras físicas y psíquicas que nos separan del mundo y de los demás, que permiten alguna promesa de continuidad a lo largo de nuestra historia y un aspecto de coherencia y autonomía en nuestra realidad subjetiva. Sin esa ilusión, somos arrojados al abismo infernal de la indiferencia entre nosotros y el mundo. De ahí nuestro típico pavor ante todo lo que amenaza con despedazarnos, materialmente o como imagen de nosotros mismos. El cuerpo sin fronteras y sin unidad es lo que define la angustia en el centro de la locura, o las utopías políticas de cuerpos y afectos en red típicas de una crítica contemporánea de la identidad, del uno, de la integración.

Sin embargo, el cuerpo de mi padre, fragmentado por el conocimiento médico, no es el cuerpo despedazado del psicótico o el de las alianzas somáticas de Haraway o Deleuze: es más bien el resultado de una operación de poder que divide en partes para poder ver, controlar, tratar y, se espera, curar. Su resistencia es inocentemente moderna: aquí hay una persona, un hombre con nombre e historia, un ser vivo que sufre y necesita de cuidados, un sujeto que ama y que tiene miedo, un ciudadano con derechos, una criatura que continúa alimentando la ficción de ser uno, que reivindica su totalidad más allá de las piezas establecidas por el conocimiento médico.

En el caso de que mi padre fuese abogado, ingeniero o empresario, si tuviese como yo un doctorado, ¿tendría un cuerpo más allá de la suma de sus partes? ¿Podría sostener la imprescindible ilusión de ser uno?

Es verdad que la operación de dividir al paciente es un capítulo de la historia de la medicina fundamental para que pudiese progresar cada una de sus especialidades. Pero esa lógica es también política: en

su operación, en la vida cotidiana de clínicas y hospitales, desvela una estructura social en la que los sujetos de las clases trabajadoras son sometidos a la línea de montaje de los enormes hospitales y sus necesidades, a la violencia burocrática que traspasa la circulación de esos cuerpos de trabajadores por los pasillos y habitaciones de esas inmensas máquinas kafkianas.

Las preguntas del paciente o de sus acompañantes son casi siempre recibidas como una señal de falta de respeto a la autoridad médica. Más de una vez hemos sido sometidos a absurdas escenificaciones de grosería o de desprecio casi tan violentas como la enfermedad a combatir.

Uno de los médicos, a gritos, acusa a mi hermano de querer respuestas para todo. Después dice que en aquel momento lo que él recomienda es «ayuno y oración».

Mi madre se lamenta de que no hay nada que hacer, dependemos de ellos.

Mi padre: *Parece que cuando preguntamos algo, nos tratan peor.*

Soy un desastre ecológico, dice bromeando, refiriéndose al pegajoso material orgánico que se acumulaba en sus pañales geriátricos. Nos reímos juntos de cómo se refiere a esa pequeña reserva de residuos que se va formando allí, mezcla de materia mal encaminada, del desorden de las cosas, de esa convivencia promiscua de orina, sudor y secreciones del tumor en contacto con la piel de la ingle y las nalgas, invadiendo los pliegues de la piel flácida de mi padre.

Nos vamos acostumbrando a convivir con ese cuerpo que duele y ya no se mueve con desenvoltura. Poco a poco, aprendemos una nueva coreografía del cuidado. Es Carolina, auxiliar de enfermería, quien me enseña a limpiar y cambiar la bolsa de colostomía mientras ayudaba a mi padre a ducharse por primera vez. Carolina lo hizo con una simpatía discreta y con la minuciosidad de un artesano japonés. En aquel cuarto de baño de hospital, mi padre vivía uno de sus momentos

más frágiles, y yo me preguntaba si saldría de aquel lugar a una nueva realidad, una vida en la que tendría que asumir el papel de cuidador de un padre enfermo.

Cuando el interior y el exterior se mezclan inevitablemente, alguien tiene que limpiarlo. La mayor parte de los días, ese alguien es él mismo. Pero muchas veces soy yo, mi hermano o mi madre, sobre todo tras cada una de las operaciones, cuando sus movimientos quedan reducidos durante días, a veces semanas.

Philip Roth ha capturado esta escena en algunas de sus mejores líneas, al describir el encuentro con los excrementos de su padre enfermo: «Uno limpia la mierda de su padre porque no hay más remedio que limpiarla, pero después de haberla limpiado, todo lo que hay que sentir se siente como jamás antes se había sentido [...], una vez puesto a un lado el asco e ignorada la náusea, una vez que se arroja uno más allá de las fobias, fortificadas como tabúes, queda muchísima vida por apreciar [...]. Este era mi patrimonio: no el dinero, ni los tefelines, ni el cuenco de afeitar, sino la mierda».

Mi patrimonio son las palabras de mi padre, las palabras de aquellas historias de mi infancia y las que he oído estos últimos años, mientras ayudaba a cuidar su cuerpo frágil.

Se acuerda con nostalgia de cuando trabajaba en la carretera Mogi-Bertioga, según él, uno de los paisajes más bellos que ha conocido. Le impresiona la capacidad humana para recortar laderas, perforar rocas, dinamitar enormes trozos de sierras para dibujar la carretera sinuosa. Y se queda hechizado al ver el mar, un poco más abajo, a pocos kilómetros de distancia. *Trabajé allí unos años, pero la vida de camionero es vida de carretera, así que no metí el pie en el agua en todos aquellos años.*

¿Qué forma es esa de ver un país por sus orillas de asfalto, por sus

lugares de paso? Entró en pocas capitales del país, a pesar de haberlas rodeado todas con el camión. La geografía de los camioneros es la de las conexiones y sus ambientes son los que en los relatos de los demás individuos no son más que sitios de paso y sin importancia. Oyéndolo, me esfuerzo por entender hasta qué punto esa vida de paso acarrea un contenido de verdad. No es por casualidad que la «carretera» sea una metáfora desgastada, usada tantas veces como artificio para referirnos a un largo proceso de aprendizaje, a una travesía existencial, a un proceso de lenta transformación, a la vida, en fin. Muchas veces, es en la carretera a Damasco —y no en Damasco— donde aprendemos a ver de otra forma.

Lo que es mío, solo yo lo puedo afrontar.

Hablaba del cáncer y de su ímpetu destructor. Pero la sombra de la muerte no era solo el tema oculto de aquella frase, era también el lugar desde el cual la enunciaba. Walter Benjamin nos dice que «la muerte es la sanción de todo lo que el narrador puede contar. Su autoridad deriva de la muerte». Al releer esa frase que mi padre pronunció uno de los días más críticos de su tratamiento, pienso que la ausencia casi completa de registros escritos e imágenes de su vida en la carretera era también la garantía de su autonomía de entonces y de ahora, como camionero y como narrador. La libertad de vivir y de contar, de escoger qué compartir conmigo, qué palabras dirigiría a quien le preguntase por su vida. En esa condición, solo él podía encarar su historia y elaborar lo que era suyo.

Asumía su posición como narrador y lo encaraba con el mismo aliento con que se enfrentaba a sus problemas de salud más penosos y a la artillería de procedimientos médicos.

Después de una de las operaciones, cuando despertó con la boca pastosa y el habla confusa por la anestesia, dijo orgulloso: *Soy bueno luchando a navajazos con el médico.*

Tras cada una de las operaciones, siempre hace las mismas tres preguntas a los cirujanos: *¿Cuándo podré volver a conducir? ¿Cuándo puedo beber cerveza? ¿Y comerme un churrasco?*

En abril de 2022, tras meses de compás de espera en su tratamiento y de diversas discrepancias entre los médicos que lo trataban hasta entonces, decidimos oír la opinión de un nuevo oncólogo. Este analiza todas las pruebas, escucha lo que le cuento y nos recomienda una consulta con un cirujano gástrico el mismo día. Los dos describen por separado el mismo escenario de la evolución de la enfermedad si no se amputa inmediatamente el tumor. Oigo escenas de terror descritas con profesionalidad, pero con una honestidad tan gráfica que no he sido capaz de transmitírselas a mis padres ni a mi hermano con todos los detalles.

«Solo no opero a su padre si el cardiólogo me asegura que se va a morir en la mesa de operaciones», me dice el nuevo cirujano. El cardiólogo nos alerta de los riesgos, pero cree que su corazón lo soportaría.

En mayo, el cirujano gástrico le quita el tumor y un trozo grande de colon, de recto, además de una pequeña parte de la próstata donde estaba pegado un pliegue del intestino. No hay señales del tumor fuera del intestino. Tras la cirugía, el médico me pregunta si quiero ver una fotografía de la «pieza» que le han quitado. Le digo que sí. En la pantalla del móvil, veo por primera vez esa masa marrón y rojiza que ya obstruía la parte final del intestino y atravesaba la pared del órgano. El tumor me ha parecido diabólico y ridículo, en la misma medida. También le enseña la imagen a mi padre y le describe cada una de las partes: aquí el tumor, aquí el trozo de intestino que iba hasta la colostomía rehecha, debajo el ano, también amputado.

Doctor, dicen que quien tiene culo tiene miedo. Así que ahora ya no le tengo miedo a nada.

Un día de aquellos comenta al teléfono que en adelante solo iba a vivir para nosotros: mi hermano, mi madre, yo. Claro que hay en ese comentario un gesto sobre su finitud, pero también una afirmación sobre su papel en la vida, algo así como un «Fijaos: importo, sigo aquí».

Y aquí sigue. Como buen camionero, mi padre aprendió a cocinar, cosa rara entre los hombres de su generación. Las largas distancias entre restaurantes y la necesidad de economizar con la alimentación le obligaban a cocinar a la orilla de las carreteras, con un pequeño fogón y unos pocos utensilios. Se convirtió en un cocinero primoroso y desarrolló a lo largo del tiempo un amplio menú propio. Su especialidad son las carnes. Pocos hacen el churrasco como mi padre. Es amigo de su carnicero favorito, el único de la ciudad al que aún admira, tras años discutiendo y rompiendo relaciones con todos los demás, porque jura que ninguno sabía hacer los cortes correctamente, vendían gato por liebre, no le atendían con el interés debido.

Mi plato favorito es la polenta que él prepara en su punto perfecto, más dura que blanda, con una salsa de pollo estofado y un huevo frito por encima con la yema bien tierna. Pero también es conocido entre amigos y parientes por su arroz *carreteiro*, por el pollo asado con patatas y longaniza calabresa, por la *maminha* preparada con cerveza, por la lengua de vaca en salsa roja o por una fabada para comer de rodillas.

Hasta hoy, siempre que hablamos por teléfono me pregunta si ya he cenado. Muchas veces dice: *Mi mayor miedo es que paséis hambre.*

En los últimos años, se ha dedicado a preparar fiambreras para sus dos hijos, que nos llevamos cuando vamos a Jaú. En cada fiambrera pone una etiqueta en la que describe el plato: «carni picada», «feyuada», «arros carreteiro», «longanisa». Las palabras vienen así, escritas de la forma como las oye. Ese es el arte de su ortografía, tan personal y verdadera como la comida que prepara.

Dejé una buena parte de mis libros en Jaú mientras hacía el doctorado en Estados Unidos. Mi padre hizo una estantería para colocarlos. Además de fabricar un mueble, se inventó una broma: cuando los visitaba, me decía que había leído una balda de libros y que pronto los habría leído todos. Antes de eso, cuando nos visitaba a mí o a mi hermano en la residencia de estudiantes de la universidad, le gustaba decir que los alumnos del campus le miraban y decían: *Mira ese profesor veterano*, o *Me han invitado a dar una charla sobre camiones*. Cuando le cuento que estoy escribiendo un artículo académico o preparando una clase, siempre dice: *Bueno, cualquier duda que tengas habla conmigo y yo te oriento.*

En nuestras recientes visitas al hospital, también aprendo a jugar a estar en su mundo. Le digo que echo de menos a mis amigos de la carretera y ver el amanecer en la que va de Mogi a Bertioga. Le comento que, cuando trabajé en el taller de Ítalo, hice un portón que duró más de sesenta años, y que echaba de menos tomar un aguardiente en el bar de doña Iolanda, en la esquina. Y las ganas que me entran de embarcar con el camión en la barcaza del río Negro, de ver otra vez el macareo, de atravesar los lodazales en las carreteras de tierra, de volver a ver la selva del norte del país.

Tras un mes de recuperación en São Paulo, mis padres volvieron a Jaú en junio de 2022. Siguen allí con el tratamiento.

Recientemente, ha comprado unas tarteras más resistentes para preparar la comida. *Así durará más, porque todavía voy a cocinar mucho para vosotros.*

Cuando los visité, poco después de la operación, nos sentamos en el patio de casa después de la cena. En las noches de calor, suele descansar allí en una mecedora.

«Te sientas aquí para tomar el fresco y pensar en la vida, ¿no, padre?».

Ah, pensar en la vida… La vida es la vida, no tiene mucho que pensar.

AGRADECIMIENTOS

A Rita, editora extraordinaria y gran animadora de este proyecto desde el primer momento, y a todo el equipo de Fósforo.

A Michele, Marcela, Felipe y Helena, por las palabras y por los ojos generosos.

A Ana, compañera de travesía.

A Caio, Fred, Lívia y Mathias, colegas en otras invenciones.

A Santiago, mi gato y camarada de escritura.

A mi madre y mi hermano, enormes.

A mi padre, por todo lo ya dicho y por mucho más.



Una proeza de la literatura brasileña actual, publicada en diez países con un éxito insólito y rotundo.
«Una luminosa historia social de Brasil, contada desde la perspectiva amorosa de un hijo académico que se enfrenta a la enfermedad de su padre trabajador».
João Moreira Salles



«Las palabras son carreteras. Con ellas conectamos los puntos entre el presente y un pasado al que ya no podemos acceder [...]. Las palabras eran el regalo que mi padre traía en el camión cuando yo era niño».

En este breve pero inmenso libro es el hijo, el sociólogo y profesor José Henrique Bortoluci, quien nos regala ahora las palabras de su padre, camionero de profesión durante cincuenta años, para relatarnos una vida llena de maravillosas anécdotas en la carretera. La distancia entre el hijo académico, el primero de la familia que pudo estudiar, y el padre jubilado, ahora consumido por el cáncer, parece insalvable, pero Bortoluci consigue acercarse a su mundo y resolver el enigma de un padre ausente que recorrió todo Brasil y participó en enormes proyectos de infraestructuras, como la Carretera Transamazónica: un plan que conllevó la brutal deforestación del Amazonas y que, como tantos otros planes encabezados por la junta militar, carcomió un país

que en su día fue salvaje y que a día de hoy arrastra una profunda herida.

Siguiendo los pasos de autores como Annie Ernaux y Svetlana Aleksiévich, en este conmovedor y brillante testimonio de amor filial Bortoluci revisa la historia reciente de Brasil para mostrarnos las cicatrices inscritas en la piel tanto de las personas como de los países.

La crítica ha dicho:

«La reflexión sobre los problemas brasileños (el desastroso proyecto de integración amazónica, el deterioro político del país) y también sobre cuestiones que se repiten independientemente de la geografía (la explotación de la clase trabajadora y del medio ambiente, las enfermedades, las relaciones entre padres e hijos) son algunos de los triunfos de *Lo que es mío*».
O Globo

«El padre José Bortoluci, Didi, encarna una figura a la vez fundamental y renegada de la historia brasileña, ignorada en las narrativas nacionales o condensada en un estereotipo abstracto… El libro da un nombre y una individualidad al camionero».
Folha de S. Paulo

«Un texto exquisito, que nos guía por la historia y los caminos de este país [Brasil], […] José Henrique Bortoluci demuestra ser un autor cuya sensibilidad y talento no hacen más que potenciar su reconocida trayectoria como investigador. Arrebatador».
Vera Iaconelli

«Recorre con palabras las distancias existentes entre dos brasileños, con una historia común y vidas completamente diferentes. José Henrique Bortoluci nos conduce con delicadeza por la vida de su padre como camionero, mostrándonos gran parte de Brasil».
Manuela D'Ávila

José Henrique Bortoluci nació en Jaú (Brasil) en 1984. Tiene una licenciatura en Relaciones Internacionales y un máster en Historia Social por la Universidad de São Paulo, además de un máster y un doctorado en Sociología por la Universidad de Michigan. Actualmente es profesor de sociología en la Fundação Getúlio Vargas, en São Paulo. Sus conferencias e investigaciones se centran en la política brasileña, la teoría social, la democracia y los movimientos sociales. *Lo que es mío* es su primer libro y ha sido traducido a diez lenguas.



Título original: *O que é meu*

Primera edición: mayo de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Armando Veve

ISBN: 978-84-397-4324-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
X: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



[1] CECAP: Caixa Estadual de Casas para o Povo (Caja estatal de casas para el pueblo); COHAB: Companhia de Habitação Popular (Compañía de vivienda popular); BNH: Banco Nacional da Habitação (Banco nacional de vivienda). *(N. del T.)*

Índice